UN THRILLER DE DANNY PEARSON

NO DEJAR NADA AL AZAR



STEPHEN TAYLOR

NO DEJAR NADA AL AZAR

STEPHEN TAYLOR





Copyright © 2025 Stephen Taylor
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798274487283

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, fotocopia, mecánico, grabación o de otro modo, sin el permiso previo del titular de los derechos de autor.

Todos los personajes de este libro son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

ÍNDICE

Danny Pearson regresará
Otros libros de Stephen Taylor

UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
VEINTISIETE
VEINTIOCHO
VEINTINUEVE
TREINTA
TREINTA Y UNO

TREINTA Y DOS
TREINTA Y TRES
TREINTA Y CUATRO
TREINTA Y CINCO
TREINTA Y SEIS
TREINTA Y SIETE
TREINTA Y OCHO
TREINTA Y NUEVE
CUARENTA
CUARENTA Y UNO
CUARENTA Y DOS
CUARENTA Y TRES
CUARENTA Y CUATRO
CUARENTA Y CINCO
CUARENTA Y SEIS
CUARENTA Y SIETE
CUARENTA Y OCHO
CUARENTA Y NUEVE
CINCUENTA
CINCUENTA Y UNO
CINCUENTA Y DOS
CINCUENTA Y TRES
CINCUENTA Y CUATRO
CINCUENTA Y CINCO
CINCUENTA Y SEIS
CINCUENTA Y SIETE

Por favor, por favor.
Elige tu próxima novela
Acerca del Autor

DANNY PEARSON REGRESARÁ

Para actualizaciones sobre lanzamientos actuales y próximos, así como promociones exclusivas, visite el sitio web del autor en:

www.stephentaylorbooks.com

OTROS LIBROS DE STEPHEN TAYLOR

LA SERIE DE THRILLERS DE DANNY PEARSON

Sangre Sobre Londres

Ejecución de La Fe

Quién Ostenta el Poder

Vivo Hasta Que Muera

Deporte de Reyes

La Sangre Corre Profunda

Orden de Matar

Sin Límite Superior

No Dejar Nada al Azar

Muerto, No Enterrado

Hasta Que la Muerte Nos Separe

Enemigo en la Puerta

Cueste Lo Que Cueste

UNO

—¿Qué te apetece, champán? —dijo Danny, jugueteando con los mandos del asiento en la suite de primera clase del avión de Emirates rumbo a Río de Janeiro.

—¿Champán? ¿Tú? —dijo Nikki desde la suite contigua a la suya.

—Solo lo mejor para la futura señora Pearson —dijo Danny con una sonrisa.

—Mmm, me gusta cómo suena —dijo Nikki, mirando el anillo de compromiso en su dedo.

—Sabes que eso no se aplica a los viajes en avión, ¿verdad? Si tu hermano no paga, volvemos ahí atrás en turista.

—Hasta aquí hemos llegado. Se acabó —dijo Nikki, poniendo una mueca mientras pulsaba el botón para subir el separador entre las dos cápsulas.

Danny lo bajó de nuevo despacio. Se incorporó sonriendo, se inclinó y la besó suavemente en los labios.

—Vale, estás perdonado —dijo Nikki, radiante.

—¿Seguro? Porque aún tengo el recibo; puedo devolver ese anillo de compromiso.

Nikki chasqueó la lengua y le empujó la cabeza aparte.

—Voy a pedir las bebidas —dijo Danny, riéndose mientras pulsaba el botón de llamada.

—Sí, señor, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Podría traer una copa de champán para la señora y una cerveza para mí, por favor?

—Por supuesto, señor, ahora mismo vuelvo.

—Una cerveza, y vuelve el de siempre —dijo Nikki con una sonrisa.

—Ya me conoces. Soy una persona de costumbres.

—Sí, y unas cuantas de esas costumbres casi te cuestan la vida —dijo Nikki en voz baja, poniéndose seria.

—Venga, cariño, te dije que todo eso quedó atrás. Voy a envejecer y engordar contigo. Probablemente también me quedaré calvo, para que lo sepas.

Danny la miró con expresión impasible, sosteniéndole la mirada hasta que ella no aguantó más y soltó una carcajada.

—Me pregunto quién es el cliente de Scott. Tiene que ser pez gordo para pagar todo esto y el hotel de cinco estrellas durante dos semanas —dijo Danny cuando la azafata volvió con las bebidas.

—No lo sé. Scott solo dijo que era una empresa brasileña. Me contó que insistió en billetes en primera y en el hotel para él y su asistente personal, o no estaba interesado en el trabajo —dijo Nikki, bebiendo el champán a sorbitos con aprobación.

—Joder, a mí por mi duro trabajo y años de servicio lo único que me dieron fue que me dispararan y un apretón de manos al irme. De verdad que debería haberme esforzado más en el colegio. En fin, bebe eso de un trago. Yo me voy a mear.

—¿Te he dicho alguna vez que fue tu ingenio y tu encanto lo que me atrajo de ti? —dijo Nikki, poniendo los ojos en blanco.

—¿Ah, sí? Yo pensaba que era mi endiablada buena planta —dijo Danny, guiñándole un ojo mientras se ponía en pie y se dirigía hacia los aseos.

Al entrar en uno de los pequeños cubículos del lavabo situados a ambos lados de la zona de servicio del avión, oyó a un pasajero discutiendo con una azafata en la sección de clase business. Lo ignoró y cerró la puerta del cubículo. Cuando terminó y salió, la discusión seguía.

—¿Cómo que no me vas a servir más copas? Mira, he pagado más por estos asientos de lo que tú ganas en un año. Estás aquí para servirme, ¿no? Así que sé una buena chica y sírveme de una vez. Vamos, corre y tráeme mi copa.

La voz era ronca y arrogante y a Danny se le encendió la sangre al instante, como también por las risas del grupo que viajaba con él.

—Señor, creo que usted y su grupo ya han bebido bastante. Le pediría que bajaran la voz y pensaran en los demás pasajeros. Puedo servirles refrescos si lo desean, pero no les vamos a servir más alcohol.

Hubo murmullos de descontento cuando la azafata los dejó, pasando junto a Danny al entrar en la cocina del galley. Estaba claramente alterada.

—¿Está bien? —dijo Danny.

Tomó aire antes de lograr devolverle una sonrisa—. Sí, estoy bien, gajes del oficio. Gracias por preocuparse —respondió.

Danny le devolvió la sonrisa antes de darse la vuelta para regresar a su asiento. Se detuvo tras avanzar apenas unos pasos.

—Eh, esto no me lo trago. Me acabas de dejar en ridículo delante de mis colegas. Ahora tráenos una ronda, invitación de la casa, o voy a conseguir que te despidan —dijo el borracho, siguiendo a la azafata a la cocina del galley y posando su mano sudorosa en su hombro.

—Eh, colega, no deberías estar aquí, es peligroso —dijo Danny, acercándose por detrás, con el brazo disparándose mientras su mano le englobaba un lado de la cabeza. Con un rápido juego de músculos, Danny le hizo girar la cabeza de lado, estampando el otro costado contra las cajas metálicas de almacenamiento que formaban una pared a un lado del galley.

—¡Agh, joder, cabrón, cómo ha dolido! Eso es una agresión. Tú lo has visto, eres testigo. Le voy a empapelar por esto —gritó el tipo, mirando a la azafata mientras se frotaba con fuerza el costado de la cabeza.

—¿Agresión? Yo no he visto ninguna agresión. Estás borracho, has perdido el equilibrio y te has dado con la cabeza en una zona en la que no deberías estar —dijo Danny, dando un paso para soltarle un corto y seco puñetazo al riñón—. Usted no ha visto ninguna agresión, ¿verdad, señorita? —dijo, guiñándole un ojo a la azafata.

—No, como ha dicho este caballero, está borracho y ha perdido el equilibrio —dijo, apartándose del hombre mientras se doblaba por

el dolor.

—Venga, déjeme ayudarle a volver a su asiento —dijo Danny, sujetando al hombre jadeante por el brazo con un agarre de tornillo antes de maniobrarlo de vuelta a su sitio.

—¿Está bien, jefe? —dijo uno de los suyos cuando Danny lo dejó caer en el asiento.

—¿Quién coño eres tú? ¿Qué le has hec— ¡argh!

Danny le hundió la mano en la entrepierna y le aferró los huevos con todas sus fuerzas. El resto del grupo dio un salto del susto mientras el tipo gimoteaba, con la cara encendida como un tomate.

—Si vuelvo a oír una palabra más de ti o de cualquiera de tus colegas, voy a volver aquí, voy a arrancar este reposabrazos y te lo voy a meter por donde no da el sol —gruñó Danny, mirando al grupo con ferocidad—. Ni una palabra más. ¿Me habéis entendido?

—Ahh, sí, sí, sí. Por favor, por favor, sí —asintió con dolor.

—Bien. Disfruten del vuelo, caballeros —dijo Danny, soltándolo, con el rostro pétreo y la mirada fija, oscura y amenazante sobre ellos antes de girarse despacio y alejarse.

—Gracias. Si hay algo que pueda traerle, solo tiene que pedirlo —dijo la azafata al pasar junto a él.

—En realidad, sí. ¿Tiene gel desinfectante? —dijo Danny, mirando su mano con el ceño fruncido.

—Por supuesto, señor —respondió con una sonrisa.

Danny volvió a su asiento y abrió la cerveza.

—¿Dónde te habías metido? Estaba a punto de mandar un equipo de búsqueda —dijo Nikki, terminando su champán.

—Digamos que quizá prefieras usar los aseos de la parte delantera del avión —dijo con una sonrisa.

—Dios, qué asco das. ¿Por qué me caso contigo, exactamente?

—Ni idea. Tómate otro champán mientras pienso una respuesta.

DOS

Tras el aterrizaje, pasaron el control de pasaportes, recogieron sus bolsas y se dirigieron a la zona de llegadas. Scott esperaba con un traje Armani de algodón color crema; su melena rubio arena, algo desordenada, peinada con esmero sobre unas gafas de sol de Armani. Mostró una dentadura perfectamente blanca al sonreír a Danny y Nikki cuando cruzaron la aduana y entraron en el vestíbulo.

—Scotty, ¿dónde está la cámara? Estarás haciendo un reportaje para la revista Hello, ¿no? —dijo Danny con una risita.

—Oh, muy ingenioso, chaval, me estoy riendo tanto que se me están partiendo los costados —dijo Scott, intentando mantener el gesto serio, pero fracasando cuando se le escapó una sonrisa.

—Ven aquí, hermano, dame un abrazo —dijo Nikki, rodeando con los brazos a su hermano.

—Me alegro de verte, sis. Da gusto saber que al menos con una de vosotros puedo tener una conversación intelectual —dijo Scott, con gesto extrañado ante un grupo de hombres de negocios que miraban nerviosos a Danny y le daban un buen rodeo al salir del edificio de la terminal—. ¿Habéis tenido un vuelo agradable? —continuó Scott, alzando una ceja.

—Genial, gracias. ¿Nos ponemos en marcha? —dijo Danny, negando con la cabeza a espaldas de Nikki para evitar que Scott preguntara a qué venía aquello.

—Sí, creo que será lo mejor. Por aquí —dijo Scott, llevando a Nikki aparte, sin decir nada más mientras salían de la terminal hacia

una limusina que les esperaba.

—Muy bien, Scotty —dijo Danny, dejando que Nikki subiera antes.

—Cortesía del hotel Copacabana Palace, una ventaja para los huéspedes de las suites del ático —dijo Scott con una sonrisa.

—Qué bien para ti, tío. ¿Eso significa que Nikki y yo tenemos que ir en autobús?

—En absoluto. Llámame sentimental, Daniel, pero he pagado la diferencia y nos he subido a todos a las suites del ático. Considéralo un regalo de boda adelantado.

—Ah, gracias, hermano —dijo Nikki.

—Sí, gracias, Scott. Se agradece, tío.

—Bueno, no os pongáis ñoños, es un placer. Además, es un viaje de negocios, así que todo es deducible —dijo Scott con una sonrisa.

—Entonces, ¿quién es el pez gordo que paga todo esto, Scotty? —dijo Danny, mirando por la ventanilla al icónico Cristo Redentor en lo alto del Corcovado.

—Una naviera enorme, Delgado International no-sé-qué. La verdad, no sé gran cosa de ellos, salvo que quieren actualizar todos los sistemas informáticos de la empresa, logística, pedidos, contabilidad, ese tipo de cosas.

—¿Cuál es el plan? —dijo Nikki.

—Mañana tengo una reunión con ellos. Conocer a los clientes, hablar de requisitos, todo eso. Luego, el miércoles me llevan de visita por el puerto y las instalaciones. Si todo va bien, el contrato será aceptable y estaré libre el resto del tiempo.

—Genial, estoy deseando hacer turismo —dijo Nikki, entusiasmada.

La limusina siguió la larga franja de arena blanca de la playa de Copacabana antes de desviarse y detenerse ante el vestíbulo, bajo la imponente fachada blanca del hotel Copacabana Palace. Un hombre con un elegante uniforme del hotel se apresuró hacia la puerta de la limusina y se la abrió.

—Bienvenidos al hotel Copacabana Palace —dijo, mientras un botones se dirigía al maletero para coger sus bolsas.

—Gracias, eh…? —dijo Danny.

—José, señor. José de Silva.

—Gracias, José.

Siguieron al personal del hotel hacia dentro. Scott esperó mientras Danny y Nikki recogían sus tarjetas de la habitación en recepción. Fueron hasta el ascensor y siguieron al botones al interior. Danny se quedó fuera, frunciendo el ceño mientras miraba del ascensor a las escaleras y vuelta al ascensor.

—Venga, que no muerde —dijo Nikki, sonriendo a Danny cuando este entró de mala gana, intentando aparentar relajación mientras subían hasta la última planta.

—Yo estoy en la suite de al lado. Poneos presentables y nos vemos en el bar en… eh, ¿digamos una hora? —dijo Scott, abriendo la puerta de su habitación mientras el mozo del hotel maniobraba el equipaje de Nikki y Danny dentro de su suite.

—Vale, nos vemos en una hora —dijo Danny, dando una propina al mozo al entrar en la habitación.

Cerró la puerta cuando el mozo se fue y se quedó boquiabierto ante el tamaño y el esplendor de la suite que tenía delante, con un salón a un lado y un dormitorio enorme y un cuarto de baño de mármol al otro, todo decorado en blancos y grises de buen gusto.

—Guau.

—Oh vaya que bien—dijo Nikki, saliendo del salón a una amplia terraza soleada con vistas a la playa.

Danny la siguió, rodeándola con los brazos mientras ella contemplaba las vistas—. Bueno, le da mil vueltas a un Premier Inn. Scott quiere que nos veamos en el bar en una hora, así que voy a meterme en esa pedazo de ducha con mampara que acabo de ver en el baño.

—¿Sí? —dijo Nikki mientras él se alejaba.

—Oh, sí —respondió Danny, quitándose la camiseta para tirarla en una tumbona antes de bajarse los pantalones lo justo para que asomaran las nalgas—. ¿Te vienes?

—Mmm, vaya, esa es una oferta que no puedo rechazar —dijo ella, yendo tras él.

Una hora y media después, entraron en el bar y se dirigieron a la mesa de Scott.

—Qué detalle que os dignéis a aparecer —dijo Scott, haciendo un pequeño gesto al camarero cuando se sentaron.

—Sí, perdona, tío, se nos ha pasado el tiempo —dijo Danny, sonriéndole a Nikki, lo que la hizo sonrojarse.

—Dios mío, no me vais a dar dos semanas de miraditas de cachorritos enamorados, ¿verdad?

—Yo puedo mirarte a los ojos a ti también, colega. Ya sabes, por si te sientes desplazado —dijo Danny con una risita.

—Tan tentador como suena, Daniel, creo que paso. A ver, ¿qué os apetece beber?

Los tres tomaron unas copas antes de cenar en el restaurante. Al final, el jet lag del largo viaje empezó a hacer mella, así que Danny y Nikki se retiraron a su habitación.

***

Al poco, un taxi se detuvo frente al vestíbulo. Bajaron tres hispanos con trajes azules. Las gafas de sol ocultaban sus ojos oscuros, del color del café. Dos eran gemelos: jóvenes, de complexión fornida y compacta, con el pelo negro muy corto. El tercero era más alto y más delgado; su lenguaje corporal dejaba claro con facilidad que era el que mandaba.

—Usted, esté aquí por la mañana, a las ocho. Espere fuera hasta que salgamos —dijo, quitándose las gafas de sol para clavar en el taxista una mirada inquietante, manteniéndola unos segundos antes de sacar unos billetes de un fajo y pasárselos.

—Sim, Señor Garcia —dijo el conductor en portugués antes de coger el dinero.

El más alto se caló de nuevo las gafas de sol con calma y condujo a los gemelos escaleras arriba hasta la entrada. El joven portero, José de Silva, los vio llegar y se cuadró, abriéndoles la puerta al aproximarse.

—Bienvenidos al hotel Copacabana Palace.

Los tres pasaron de largo sin hacerle caso y se dirigieron a recepción. José los observó hablar con el director del hotel y recoger

sus tarjetas de la habitación. Antes de irse, el más alto le dio la mano al director. El intercambio de dinero desde la palma del más alto al estrechar la mano, y la tarjeta adicional que el director le deslizó de vuelta por encima del mostrador, no pasaron desapercibidos para José.

Al volver la vista hacia el taxi que se alejaba, José reconoció al taxista. Había habido varias quejas: cobraba de más a los huéspedes del hotel y desaparecían objetos de sus pertenencias. Al mirar de nuevo al vestíbulo, José vio a los gemelos devolviéndole la mirada, desafiándole hasta que apartó los ojos. Aunque ya no los miraba, José sabía que seguían clavados en él como si fuera mierda en sus zapatos. José solo esperaba que a los tres últimos pasajeros del taxista les hubiera sangrado bien.

TRES

Danny se despertó con una brisa templada y un rayo de sol brasileño colándose por la ventana abierta y el hueco de las cortinas. Se puso de espaldas y se quedó mirando al techo.

Maldición, este colchón es comodísimo.

Se giró hacia Nikki, que yacía de lado con la espalda desnuda hacia él, su melena castaña y ondulada cayéndole sobre los hombros. Le pasó la mano con suavidad por la espalda hasta dejarla en la cadera.

La vida no puede mejorar mucho más.

—Mmm, buenos días —dijo Nikki, estirándose y dándose la vuelta para mirarle—.

—Buenos días —dijo Danny, acercándose para besarla—.

Cuando se separaron, Danny alargó la mano y cogió su viejo reloj G-Shock para ver la hora.

—Tenemos dos opciones: una, nos quedamos en la cama —dijo Danny con una sonrisa pícara—. O dos, bajamos a desayunar con tu hermano antes de que se vaya a su reunión de negocios.

—Bueno, por muy tentadora que suene la opción uno, dijimos que desayunaríamos con él y, como se ha tomado todas las molestias de regalarnos estas vacaciones maravillosas, creo que deberíamos hacerlo.

—Sabía que dirías eso. Entonces solo nos da tiempo a un rapidito —dijo Danny, alzando las cejas—.

—Perdona —dijo Nikki, sorprendida—.

—Ducha, cariño. ¿Por qué?, ¿qué creías que quería decir? —dijo Danny, saliendo de la cama con una gran sonrisa—.

—Esto es lo que me espera —dijo Nikki, dándose la vuelta para hundir la cabeza en la almohada—.

—Ya te digo, niña con suerte —gritó Danny desde el cuarto de baño—.

Duchados y listos, Danny y Nikki salieron de la suite justo a tiempo de ver el rostro preocupado de Scott mirándoles desde dentro del ascensor. Estaba encajonado entre los gemelos de aspecto hispano, mientras el más alto, el señor Garcia, pulsaba el botón de la planta baja. Danny, por instinto, se colocó delante de Nikki. Se fijó en que uno de los gemelos le sujetaba la parte alta del brazo a Scott. La otra mano la tenía escondida tras la base de la espalda de Scott, probablemente clavándole una pistola en los riñones. Todas las miradas se clavaron en Danny mientras su expresión se endurecía y su mirada intensa se devolvía a ellos. Las puertas del ascensor empezaron a cerrarse cuando Danny tensó el cuerpo y se lanzó hacia delante, llegando al ascensor justo cuando las puertas se deslizaban del todo, lo que le dejó descargando el puño contra el metal cerrado, frustrado.

—Quédate aquí —gritó Danny a una Nikki conmocionada antes de embestir con el hombro la puerta de las escaleras y atravesarla a toda prisa—.

Saltándose imprudentemente dos plantas de un brinco, Danny giró en el rellano y miró hacia delante, donde un grupo de ancianas ocupaba todo el ancho de la escalera, bloqueándole el paso mientras charlaban y bajaban lentamente con sus tacones repiqueteando en cada peldaño. —Perdonen, señoras.

Ni caso, seguían hablando, ajenas a él.

Venga ya, no tengo tiempo para esto.

Cambiando de dirección, Danny se encaramó a la barandilla, voló por el hueco y agarró la barandilla del lado opuesto cuando las escaleras volvían sobre sí mismas. Un rápido giro por encima de la barandilla y Danny siguió precipitándose hacia la planta baja, ignorando los jadeos y gritos de las ancianas a su espalda.

***

—Salga tranquilamente del hotel, señor Miller, y nadie saldrá herido —dijo el señor Garcia en voz baja, su inglés perfecto con apenas un deje de acento—.

—¿Qué quiere? Usted es, evidentemente, quien manda. ¿Qué le parece si le dice a este gorila que me suelte y lo hablamos de forma civilizada? —dijo Scott, intentando sonar más valiente de lo que en realidad estaba—.

Garcia no contestó. Las puertas del ascensor se abrieron y los gemelos apretaron con más fuerza los brazos de Scott mientras lo llevaban por el vestíbulo y salían por las puertas de entrada, con una pistola clavada en su costado. Garcia abrió la puerta trasera de un taxi que esperaba fuera, dejándoles a los gemelos que subieran con Scott mientras él rodeaba el coche y se sentaba en el asiento del copiloto, junto al conductor.

—Al aeropuerto, vamos —dijo Garcia al conductor—.

Scott miró hacia el vestíbulo justo a tiempo de ver a Danny salir del hueco de la escalera a toda pastilla, derrapando de lado sobre el brillante suelo de mármol hasta que los pies le agarraron. Echó a correr con potencia, las piernas bombeando hacia la puerta de entrada que José, el portero, aún mantenía abierta. Saliendo como una bala, Danny saltó los escalones justo cuando el taxista pisó el acelerador a fondo. Golpeando el lateral del taxi mientras este arrancaba, Danny estiró la mano, los dedos a milímetros de la manilla antes de que se le escapase fuera de su alcance. Desequilibrado, Danny rodó por la calzada mientras Garcia y los gemelos se giraban en sus asientos, sorprendidos.

—¿Quién era ese? —dijo Garcia, el gesto tenso mientras miraba a Scott fijamente a los ojos—.

—Eso, querido, es su peor pesadilla.

Los gemelos sonrieron con sorna ante el comentario de Scott, pero Garcia miró por encima de ellos hacia la luna trasera, los ojos fijos en la figura de la carretera, que se ponía en pie frente al hotel y les devolvía la mirada.

CUATRO

—¡Joder! —gritó Danny a pleno pulmón al ver cómo el taxi se alejaba.

Un claxon sonó detrás de él mientras se quedaba plantado en mitad de la zona de desembarque frente al hotel. Danny se volvió despacio. Una pareja de mediana edad, en un pequeño Fiat 500, se encogió en los asientos ante la furia escrita en su cara.

—¡Fuera, ahora! —gritó Danny.

Rodeó el coche hasta la puerta, sacó al hombre del asiento del conductor mientras su mujer chillaba y salía a la carrera por el lado del copiloto, presa del pánico. Saltó dentro, metió a golpes la marcha en el coche con volante a la izquierda y pisó a fondo. Salió disparado del hotel a la carretera entre el estruendo de bocinazos, el tráfico desviándose para evitarle mientras hacía aullar el motor en persecución del taxi.

¿Dónde estás? Joder, ¿dónde estás?

—Disculpe, joven, ¿es usted el aparcacoches?

La voz desde la parte de atrás hizo que Danny diera un volantazo y serpentease por la calzada. Levantó la vista hacia el retrovisor y vio a una anciana confundida con unas gafas gruesas que le agrandaban los ojos mientras le miraba.

—¿Qué co—? Esto... sí, señora, es un servicio nuevo, una visita turística por Río —dijo Danny, adelantando al coche de delante para no perder de vista el taxi a lo lejos.

—Oh, qué maravilla, pero ¿no iremos demasiado deprisa? —dijo ella, mirando por la ventanilla.

—Es una visita relámpago, señora, hay que ir rápido, hay mucho que ver.

Revolviendo el motorcito al máximo, Danny empezó a darle alcance al taxi, hasta que se quedó a dos coches para seguirlo. La vía de doble calzada los llevó por el túnel de Santa Bárbara antes de internarse en una zona industrial de Río, cruzar una hilera de vías del tren y girar para subir por la rampa a una autovía.

—Oiga, joven. ¿Cuánto tardaremos? No recuerdo que Gerald mencionara nada de una visita —llegó de nuevo la voz de la anciana desde atrás, sorprendiendo por segunda vez a Danny; concentrado en el taxi, se había olvidado por completo de que ella iba allí.

—¿Gerald?

—Sí, mi hijo, Gerald Crompton. Estoy aquí con él y su esposa.

—Ah, sí, el señor Crompton. Reservó la visita con antelación. Pensó que le gustaría ver la ciudad. No tardaremos mucho —dijo Danny, intentando mantenerla tranquila.

***

—Eh, creo que nos siguen —dijo el taxista, lanzando la mirada al retrovisor cada pocos segundos para cazar un destello del Fiat 500.

Calcaba cada giro y cada adelantamiento, siempre a uno o dos coches por detrás.

—¿Dónde? —dijo Garcia, retorciéndose en el asiento para mirar por encima de Scott hacia la luna trasera.

—El Fiat gris, metido dos coches atrás.

—¿Estás seguro?

—Mira —dijo el conductor, poniendo el intermitente antes de salir y adelantar al coche de delante.

Dos coches atrás, Danny hizo lo mismo, indicó antes de acelerar y adelantar un par de coches, hasta colocarse finalmente a uno solo

del taxi.

—Es él, el del hotel. Y tú, ¿quién es? ¿Eh? ¿Qué es, tu guardaespaldas? —dijo Garcia a Scott, con un deje de aprensión en la voz.

—Se lo he dicho. Es su peor pesadilla. Ahora, si tiene la amabilidad de detener el vehículo y dejarme bajar, le prometo que ninguno de ustedes saldrá herido y podremos dejar atrás este malentendido —dijo Scott, mirándole a los ojos mientras hablaba, aparentando toda la bravuconería que pudo reunir.

Garcia miró a uno de los gemelos y dio una leve señal con la cabeza. Antes de que Scott pudiera parpadear, un puño de acero le estalló en un lateral de la cara. A Scott le supo la boca a sangre donde el interior de la mejilla se le había cortado con los dientes.

—¿Quién es? —repitió Garcia. Esta vez, el otro gemelo le apoyó el cañón de la pistola en la sien a Scott.

—Mi buen señor, no soy idiota. Si se han tomado tantas molestias para secuestrarme, supongo que me quieren vivo por algún motivo —dijo Scott, devolviendo a Garcia la mirada con desafío.

La expresión de Garcia se suavizó un poco y luego sonrió. —Muy bien —dijo, apartándose de Scott para dirigirse al conductor—. Sal por la próxima salida. Es hora de deshacernos de nuestro... ¿cómo has dicho? Peor pesadilla.

***

El taxi puso el intermitente y salió de la autovía. Danny indicó y le siguió a unos cincuenta metros, acelerando un poco cuando el ramal de salida giró en seco, ocultándole el taxi de delante. Cuando la carretera volvió a enderezarse, Danny se sorprendió al ver que el taxi había acelerado y estaba entrando en un polígono industrial, a unos cien metros a la derecha. Temiendo perderlos, Danny azotó al pequeño coche tras ellos, los neumáticos chillando al tomar la curva a la derecha a toda velocidad.

Supo al instante que era un error cuando vio que el taxi se había detenido delante. Los gemelos estaban de pie a ambos lados del coche, las pistolas alzadas con los brazos estirados, rostros carentes de emoción mientras sus ojos oscuros y fríos le apuntaban por las miras. Empezaron a disparar con un ritmo controlado y alterno.

—¡Agáchese! —gritó Danny a la señora Crompton en el asiento de atrás, deslizándose él mismo bajo en el asiento.

—¿Cómo dice, querido?

Bala tras bala atravesó el parabrisas, abrió boquetes en la carrocería y destrozó los retrovisores. Tirando de instinto, Danny giró el volante hacia un lado, deslizando el cochecito de costado por una puerta de muelle de carga abierta a la derecha. La esquina trasera del coche chocó contra el marco al entrar, haciendo que el coche trompeara sobre el pulido suelo de hormigón de la nave, antes de estamparse contra una pila de palés de madera mientras los empleados gritaban y se lanzaban a cubierto.

—¿Está bien, señora Crompton? —dijo Danny, girándose, esperando que no la hubieran alcanzado.

—Ay, Dios mío, ¿eso formaba parte de la visita? —dijo, incorporándose, con las gafas medio colgándole de la cara.

Sin responder, Danny dio una patada a la puerta doblada del conductor y salió de un salto. Agarró una palanca de hierro junto a los palés y echó a correr a toda velocidad hacia la puerta, ignorando los gritos en portugués de los trabajadores. Se pegó de espaldas al muro de ladrillo junto a la puerta de carga. Al oír un coche acelerando, asomó la cabeza para mirar, solo para ver el taxi desapareciendo a lo lejos.

—¡Aaarg, joder! —berreó Danny, lanzando la palanca al suelo de pura frustración.

Tras unos segundos se recompuso, se dio la vuelta y pasó junto a los trabajadores, que le miraban con recelo, mientras volvía a meterse en el Fiat. Metió la marcha atrás a cabezazos, lo despegó de los palés y lo sacó marcha atrás de la nave; salía vapor a borbotones de debajo del capó y el neumático del lado izquierdo chirriaba contra la aleta doblada mientras metía primera a regañadientes y volvía renqueando por donde habían venido.

—¿Podemos volver ya al hotel?
—Sí, señora Crompton, se acabó la visita.

CINCO

Danny regresó al hotel y sorteó varios coches de policía aparcados en ángulos extraños en el aparcamiento. Se detuvo frente al vestíbulo, el motor se caló antes de que pudiera apagarlo, y Danny consiguió ayudar a una señora Crompton temblorosa a bajar del coche antes de que dos agentes lo agarraran y le pusieran las esposas. Una conversación a mil por hora entre ellos, la señora Crompton, su hijo y su nuera empezó a desarrollarse en portugués y en un inglés macarrónico, con mucho gesticular y señalando tanto a él como al Fiat destrozado. Un grito los dejó clavados cuando un hombre con traje color crema salió del hotel con Nikki a su lado.

—Señor Pearson, detective Lucas Souza. Si no le importa subir al coche patrulla, vamos a llevar a todos a comisaría para aclarar esto.

—Mire, detective, no tengo tiempo para esto. Han secuestrado a mi amigo y necesito encontrarlo antes de que se enfríe la pista —dijo Danny, irritado por la intromisión de la policía.

—Por supuesto, señor Pearson, y nos ocuparemos de la desaparición de su amigo a su debido tiempo, pero antes necesitamos recopilar todos los hechos y decidir qué vamos a hacer con el secuestro de la señora Crompton y el robo de este vehículo —dijo el detective Souza, indicando con un gesto a los agentes que metieran a Danny en la parte de atrás del coche patrulla.

—Nikki, llama a Edward Jenkins. Dile lo que ha pasado y que llame a Simon para sacarme de aquí. No te preocupes, volveré enseguida —gritó Danny hacia Nikki.

—Vale, ¿qué ha pasado con Scott?

—Quédate aquí y llama a Edward. Hablaremos cuando vuelva.

Con eso, los coches de policía y el detective Souza se marcharon con Danny y los Crompton.

***

La sala de interrogatorios era de un gris deprimente, calurosa y opresiva. Danny estaba sentado con los brazos cruzados, el ceño fruncido, mientras sus ojos oscuros seguían al detective Souza al regresar a la sala.

—¿Bien?

—Los empleados del almacén y la señora Crompton han corroborado su versión. Estrelló el coche para evitar los disparos de los hombres que se llevaron a su amigo.

—Se lo he dicho hace una hora. ¿Qué está haciendo para encontrar a Scott?

La puerta se abrió antes de que el detective Souza pudiera responder. Un agente entró y le susurró algo al oído antes de apartarse a un lado.

—Discúlpeme —dijo, levantándose y saliendo de la sala.

Veinte minutos después se abrió la puerta y un hombre bajo, rechoncho, de mediana edad, sudando a mares dentro de un traje arrugado, entró y se sentó frente a Danny.

—Lawrence Milton, embajada británica. Puede irse, señor Pearson —dijo con un acento exageradamente inglés.

—¿Y qué pasa con el secuestro de la señora Crompton y los cargos por robo del coche?

—Ah, buenas noticias. Los Crompton han retirado todos los cargos. En cuanto les expliqué el secuestro de su amigo, el señor Miller, y sus servicios a Gran Bretaña, se mostraron de lo más complacientes. Además, me han instruido para arreglar lo de su coche con la empresa de alquiler y pagar su factura del hotel, cortesía del Gobierno de Su Majestad.

—Mmm, complacientes, ya me lo imagino.

—Ah, y tengo un recado de arriba. Alguien del MI6, un tal Simon. No dio apellido; solo me dijo que le dijera que usted le debe una. No me pregunte qué significa. Yo solo transmito el mensaje —dijo Lawrence con una sonrisa.

—¿Qué pasa con Scott? —dijo Danny, poniéndose serio.

—Ah, me temo que eso es un poco más complicado. Por desgracia, la matrícula que les dio del taxi resultó ser falsa. Pertenece a un vehículo totalmente distinto. Tendrá que dejar la desaparición de su amigo en manos del detective Souza. Tiene todos los detalles y estoy seguro de que investigará de forma exhaustiva y profesional. Me temo que la embajada británica no tiene capacidad para influir en la policía en su investi—

—¿Tiene coche aquí? —dijo Danny con brusquedad, cortando en seco a Lawrence.

—Eh... sí, ¿por qué?

—Bien, puede llevarme de vuelta al hotel. Cortesía del Gobierno de Su Majestad —dijo Danny, con una expresión que dejaba claro que no estaba pidiendo, sino ordenando.

SEIS

Danny no dijo gran cosa en el camino de vuelta al hotel. Se sentó mirando por la ventana, absorto en sus pensamientos. La promesa que le había hecho a Nikki de que se habían acabado sus días en primera línea de fuego le pesaba en la cabeza. La gente que se había llevado a Scott jugaba en serio y la ventana de tiempo antes de que la pista se enfriara se estrechaba minuto a minuto. Si no iba a por ellos de inmediato, sus posibilidades de encontrar a Scott se reducirían a cero. Le dio las gracias a Lawrence y le cogió una tarjeta con su contacto cuando se bajó en el vestíbulo del hotel, por si acaso.

José de Silva le abrió la puerta cuando se acercaba. Parecía que quería decir algo, pero pilló al director del hotel mirándole desde detrás del mostrador de recepción y se calló en seco. Danny se dio cuenta, pero siguió hacia dentro, ignoró el ascensor y subió las escaleras de tres en tres. Al llegar a la última planta, se detuvo a mirar la puerta de la suite de Scott antes de deslizar la llave en la suya, empujándola justo cuando el cierre zumbó. Nikki corrió y le abrazó en cuanto cruzó el umbral, con las lágrimas rodándole por la cara.

—Eh, eh, tranquila, ya estoy aquí —dijo Danny, devolviéndole el abrazo.

—¿Qué ha dicho la policía sobre Scott? —dijo ella, recomponiéndose.

—Ven aquí y siéntate —dijo Danny, guiando a Nikki hasta el sofá para sentarla.

La miró directamente a los ojos—. La policía no va a encontrar a Scott. Son demasiado lentos; la pista estará fría mucho antes de que se pongan a investigarlo. Si vamos a recuperarlo, voy a tener que romper la promesa que te hice e ir a por él yo mismo. Es la única manera.

Ella sostuvo su mirada, dándole vueltas en la cabeza a lo que sus palabras implicaban.

—Recupera a mi hermano, cueste lo que cueste —dijo por fin.

Danny asintió antes de inclinarse para besarla.

—Ten cuidado —dijo ella cuando Danny se levantó.

—Siempre. Quédate aquí. Te llamaré cuando averigüe algo —dijo Danny.

Cogió el móvil de la encimera y salió a la terraza. Antes de que ella pudiera parpadear, Danny trepó la barandilla y quedó colgado del frente del edificio. Saltó por el lateral del hotel para agarrarse y pasar por encima de la barandilla hasta la terraza de la suite de Scott, al lado. Sin detenerse, sacó la sombrilla de su pesado soporte y usó el extremo para abrir un boquete en las puertas del patio, agitándolo para despejar los millones de cristalitos antes de entrar. La cartera intacta de Scott, el pasaporte y un fajo de dinero para gastos seguían sobre la mesa baja junto a su caro portátil, confirmando los temores de Danny de que aquello no era un robo ni iba de dinero. Era otra cosa.

¿Quién era su cliente?

Danny registró el maletín de Scott y encontró una tarjeta de visita de Delgado International Import Export. Se la metió en el bolsillo, junto con el dinero de Scott para gastos.

Ahora, a tener una charla con el portero.

Tras salir de la suite por la puerta principal, Danny bajó las escaleras de tres en tres hasta recepción. Fue directo al director en el mostrador.

—Sí, señor —dijo el director al verle acercarse.

—Hola, soy el señor Pearson, de la suite ático junto a la del señor Miller. Acabo de oír cristales rompiéndose y gente moviéndose ahí

dentro. No sé qué clase de seguridad de pacotilla tenéis aquí, pero creo que están robando —dijo Danny en una voz deliberadamente alta, observando la mueca de dolor en el rostro del director mientras miraba alrededor con nerviosismo, intentando aparentar tranquilidad ante los demás huéspedes que se volvían hacia el alboroto.

—Estoy seguro de que debe de estar equivocado, señor. Nunca hemos tenido ese tipo de problema en el hotel Copacabana Palace. Le aseguro que lo comprobaré de inmediato —dijo, hablando rápido antes de abandonar el mostrador de recepción.

En cuanto se hubo ido, Danny se volvió y se dirigió directo al portero.

—José, ¿verdad? —dijo Danny cuando José le abrió la puerta.

—Sí, señor.

—¿Qué sabe de los hombres a los que perseguí esta mañana?

José miró alrededor para comprobar que nadie les prestaba atención—. No sé quiénes eran esos tres caballeros. Llegaron anoche. Vi cómo le deslizaron dinero al director por una tarjeta de habitación, quizá para la habitación de su amigo.

—¿Los ha visto aquí alguna vez antes?

—No, señor.

—Gracias, José. Supongo que tendré que hablar con su director —dijo Danny, sacando unos billetes del bolsillo para dárselos a José antes de estrecharle la mano.

—No creo que los conozca. Se le notó cuando los saludó; trabajando en la puerta aprendes a leer a la gente. Carlos es un hombre muy codicioso. Le ofrecieron un soborno. Lo aceptó.

—Vale, bien saberlo —dijo Danny mientras empezaba a alejarse.

—Sé quién es el taxista —dijo José, deteniendo en seco a Danny.

—Se llama Paulo Fontes; no es buena persona.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo? —dijo Danny, deslizando más billetes del bolsillo.

—Lo sé, pero no quiero su dinero. Solo espero que encuentre a su amigo.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—En Rocinha, pero puede ser un lugar peligroso para que un turista ande por ahí solo. Si espera, termino en veinte minutos; le

llevo yo.

—Gracias, José, es usted un buen hombre —dijo Danny, metiéndole los billetes en el bolsillo superior antes de que pudiera objetar.

Volviendo la vista, Danny centró su atención en el director, que regresaba al mostrador de recepción.

—¿Carlos, verdad?

—Sí, señor, Carlos Ferreira, director del hotel.

Danny sacó del bolsillo el fajo de dinero para gastos de Scott y lo sostuvo con naturalidad en la mano.

—Los tres caballeros que llegaron anoche y se marcharon con mi amigo esta mañana —dijo Danny con educación.

—Señor, ya le he dicho a la policía todo lo que sé.

—Que era nada, ¿no?

—Correcto, señor.

—¿Seguro que no había nada más? —dijo Danny, separando unos billetes mientras veía cómo los ojos codiciosos de Carlos seguían el dinero.

—Bueno, hubo una cosa.

—Continúe —dijo Danny, deslizando los billetes por el mostrador.

Carlos miró alrededor para asegurarse de que nadie miraba antes de guardarse los billetes en el bolsillo.

—El alto me habló en inglés. Al dejar el mostrador, no se hablaron en portugués. Hablaron en español y uno de ellos, el gemelo, dijo que esperaba que en la habitación hubiera buen café. Lo llamó tinto. Tinto es como llaman al café en Colombia.

—Colombianos. Vale, gracias, Carlos —dijo Danny, alejándose hacia la salida y guiñándole un ojo a José cuando le abrió la puerta para dejarle salir. Al cruzar la calle, Danny se sentó en un banco con vistas a la playa y esperó a que José terminara su turno.

SIETE

La espera por José se le hizo eterna. A Danny se le pasó por la cabeza subir a la habitación para ver a Nikki, pero pensó que no era buena idea. No tenía el tiempo de su parte. Necesitaba concentrarse y centrarse. ¿Por qué iba nadie a secuestrar a Scott? Si era por dinero, les habría salido mejor secuestrar a Nikki y pedir un rescate. La gente desesperada por dinero no deja dinero en efectivo y objetos de valor en la habitación del hotel, ¿y qué pintaba Colombia en todo esto? Aparte de provocarse un dolor de cabeza, no tenía respuestas, y se sintió aliviado cuando José por fin apareció por la salida de personal del lateral del hotel. Le hizo un gesto con la cabeza a Danny, que se levantó y le siguió hasta su viejo Nissan oxidado. Alguna vez había sido rojo, pero el tiempo y el sol tropical lo habían apagado hasta un mate rosa desvaído.

Condujeron algo más de veinte minutos, atravesando un largo túnel que pasaba por debajo de una de las altas montañas rocosas, antes de salir por el otro lado y volver a entrar en el distrito de Rocinha. El distrito yacía encajado entre las montañas, una mezcla de chabola y suburbio urbanizado. Los edificios de tres y cuatro plantas, de hormigón y ladrillo, pintados en multitud de colores vivos, trepaban por las laderas empinadas de las montañas que los contenían.

—¿Por dónde anda ese tal Paulo Fontes?—dijo Danny.

—Un taller y una base de taxis ahí arriba, cerca de donde vivo—dijo José, señalando más arriba por las pendientes escarpadas.

Abandonaron la carretera principal, con sus tiendas y bares para turistas cobijados bajo un embrollo de cables de luz y teléfono que se desparramaban a lo largo y a lo ancho de la calle desde lo alto. José se adentró por calles cada vez más estrechas al dejar atrás la zona turística y entrar en viviendas y pequeños negocios locales. Deteniéndose un poco antes de un taller, José señaló tres taxis aparcados fuera, todos rotulados igual que el que Danny había perseguido aquella mañana.

—Ese es él, Paulo Fontes, el de la camiseta roja—dijo José, señalando a un hombre treintañero, curtido por la vida, sentado en una vieja silla de plástico ajada junto a la carretera, delante del taller. A su lado, otros dos taxistas se sentaban junto a una mesa de plástico igual de hecha polvo, con una sombrilla de bar, raída, asomando por arriba para mantenerles el sol a raya.

—Gracias, José, puedes irte. Ya has hecho bastante por ayudar—dijo Danny, sonriendo y ofreciéndole la mano a José.

—Vale, pero me quedaré aquí un rato, por si me necesitas.

Danny asintió, le estrechó la mano y salió del coche. Caminó por el lado opuesto de los vehículos, manteniéndose fuera de la vista hasta quedar frente a los hombres sentados. Paulo alzó la vista para verlo, primero sorprendido, con la esperanza de otro turista blanco con pasta al que desplumar, y luego reconociendo al hombre que lo había perseguido esa misma mañana. Se puso en pie a trompicones y empezó a retroceder hacia el interior del taller, gritando algo en portugués mientras avanzaba. Los otros dos conductores miraban de Danny a Paulo, confundidos.

—¿Dónde está Scott Miller?—gruñó Danny, con el rostro de granito, los ojos firmes, oscuros y peligrosos.

—Será mejor que te largues de aquí, inglés, mientras aún puedas—dijo Paulo, justo cuando un grupo de mecánicos aparecía por detrás de los coches, con una variedad de herramientas en las manos y unas caras que dejaban claro que no les importaba meterse en líos.

—Última oportunidad, ¿adónde te llevaste a Scott Miller?—dijo Danny, viendo cómo Paulo se escoraba hacia el fondo del taller mientras controlaba a los mecánicos con la visión periférica.

Paulo no eligió el camino fácil. Sus ojos se desviaron a la izquierda cuando un mecánico se le echó encima a Danny, blandiendo una llave de rueda hacia su cabeza. Los movimientos del mecánico eran lentos y torpes. Danny agachó el golpe y soltó dos puñetazos relámpago al cuerpo seguidos de un gancho ascendente que lo enganchó bajo la barbilla. La cabeza se le fue hacia atrás, arrastrando al cuerpo, antes de caer de espaldas, con la llave de rueda repiqueteando en el suelo de hormigón aceitoso.

Los ojos de Danny ya estaban en el ataque por el otro flanco antes de que el hombre tocara el suelo. Giró a un lado para evitar a otro mecánico que intentaba clavarle en el cuello un destornillador largo. Agarrando el mono del tipo antes de que pudiera incorporarse para otro intento, Danny tiró de él con toda su fuerza, inclinó la cabeza hacia delante y le soltó un cabezazo en el tabique nasal. Hueso y cartílago se deshicieron mientras los ojos del tipo se le ponían en blanco y se desplomaba. Con un hilo de la sangre del hombre deslizándosele por la frente, Danny se volvió despacio para encarar al último mecánico. Este le echó una sola mirada a la cara y dejó caer el martillo, retrocediendo hacia la calle con las palmas en alto.

—¿Qué coño está pasando ahí fuera?—gritó alguien desde detrás de una puerta al fondo del taller. Un segundo después, un hombre con un rifle AK-47 en las manos entró en el taller.

Agachándose detrás de un coche con el capó levantado, Danny recogió la llave de rueda caída antes de incorporarse de un salto y lanzársela al hombre del fusil. Giró rápido por el aire, y el extremo pesado del vaso le golpeó de lleno entre los ojos, mandándolo al suelo inconsciente y dejando a Paulo en la línea de visión de Danny cuando salió disparado por la puerta abierta.

¡Mierda! ¿Por qué nunca es nada fácil?

Echó a correr tras él, con sus zapatillas peleándose por encontrar agarre en el hormigón aceitoso, y saltó por la puerta abierta a un pasillo de bloques de hormigón detrás del taller. Ganando velocidad, Danny embistió una puerta aún oscilante al otro extremo del pasillo y irrumpió en una sala con un guardia armado y cuatro mujeres cortando y pesando bloques de cocaína para meterlos en bolsitas de

plástico para la venta. El guardia armado apenas se estaba incorporando, alarmado al ver a Paulo entrar a la carrera y salir por la puerta trasera hacia la azotea. Danny agarró el extremo de la mesa y la alzó delante del guardia con tanta fuerza que dio una voltereta, envolviendo la sala en una densa nube blanca de polvo de cocaína. Dejando atrás el caos, Danny siguió persiguiendo a Paulo por la puerta trasera, con el polvo de cocaína deshilachándose de su mata de pelo rebelde como si estuviera en llamas. Alcanzó a ver a Paulo justo antes de que desapareciera por el borde del tejado, cayendo fuera de su vista sobre el techo de la casa construida más abajo. Cuando Danny llegó al borde, Paulo ya estaba saltando al siguiente edificio.

Un mar de azoteas de hormigón y chapa se escalonaba ladera abajo hasta el bloque de lujo junto al mar, a lo lejos. Saltando, Danny se lanzó tras Paulo, con las piernas bombeando y las pisadas retumbando al pasar del hormigón a un tejado de chapa. Dio unos pasos y una oleada súbita de adrenalina le atravesó. El corazón le martilleaba y sentía la mente trabajando al doble de velocidad. Todo a su alrededor parecía moverse más despacio de lo normal. Tardó un segundo en darse cuenta de que había inhalado una buena cantidad de polvo de cocaína cuando volcó la mesa en la sala de corte.

Paulo estaba en el borde del edificio inferior, acuclillado para saltar a un tejadillo de una tienda más bajo que le daba acceso a una callejuela trasera. En pleno subidón de cocaína, Danny se lanzó a lo loco contra Paulo, y los dos se fueron del tejado, atravesaron el toldo de la tienda y se estrellaron contra unas cajas de fruta y verdura alineadas en la acera. Al caer encima de Paulo, el peso de Danny se transmitió por la rodilla y le partió la pierna a Paulo a mitad de camino entre el tobillo y la rodilla. Rodando fuera de Paulo mientras este gritaba de dolor, Danny lo agarró del cuello de la camiseta. Ignorando al dueño de la tienda y a los curiosos de la calle que salían por patas, asustados por su entrada violenta, Danny arrastró a Paulo hasta el centro de la calle.

—¿Adónde te llevaste a Scott Miller?—bramó Danny, a un palmo de su cara, con las pupilas dilatadas y una mirada desquiciada.

—No puedo decírtelo, me matarán si hablo—dijo Paulo, con el dolor y el miedo escritos en la cara.

—Voy a matarte yo si no lo haces—gruñó Danny, agarrándole el tobillo a Paulo y retorciendo los huesos rotos.

Paulo chilló y arqueó la espalda mientras el dolor insoportable lo dejaba sin aliento.

—¿Adónde lo llevaste?

Danny soltó el tobillo y dejó que Paulo cogiera aire.

—Que te jodan.

Le agarró el tobillo de nuevo y le dio un pequeño giro.

—No, no, vale. Los llevé al aeropuerto de Jacarepaguá, se subieron a un jet privado.

—Jet privado, ¿a dónde?—dijo Danny, retorciendo un poco la pierna.

—¡Argh, no! Van al aeropuerto de La Vanguardia. Está a un par de horas de Bogotá.

—¿Quiénes son y qué quieren de él?

—Trabajan para El Diablo. Todos trabajamos para él. Él suministra la droga desde Colombia. No sé qué quieren de él.

—¿El Diablo, cómo? ¿El demonio? ¿Cómo se llama de verdad ese tal El Diablo? Dímelo—dijo Danny, amenazando con volver a retorcerle el tobillo.

—El Diablo, se llama Balthasar.

Se oyó un disparo antes de que Paulo pudiera decir el apellido; la bala le entró por una sien y le arrancó un boquete enorme por la otra. Sangre y sesos salpicaron la calle. Danny giró la cabeza y vio al tipo de la sala llena de cocaína en mitad de la calle, apuntándole a la cabeza con una pistola. No había posibilidad de apartarse. Danny aceptó su destino y lo miró desafiante mientras esperaba que apretara el gatillo. En su lugar, vio un destello de rosa herrumbroso cuando José arrolló al pistolero por detrás, el golpe lanzando al hombre contra el capó. La parte posterior de la cabeza le golpeó el parabrisas con fuerza, haciendo que la grieta se abriera en estrella desde el impacto antes de dejar un reguero de sangre al deslizarse por encima del coche y caer hecho un trapo en la calle, detrás.

—Rápido, sube—dijo José, abriendo la puerta del pasajero de un empujón.

Danny se lanzó al interior del coche y dio un portazo justo cuando José salía rugiendo calle arriba.

OCHO

Scott volvió en sí con el zumbido palpitante de los reactores. Tardó un rato en sacudirse la niebla de la cabeza y enfocar lo que le rodeaba. Recordó que uno de los gemelos le había agarrado del brazo en el taxi mientras el otro le inyectaba algo. Luego, todo se volvió negro. Sentado en el mullido asiento de cuero de un jet privado, Scott parpadeó varias veces y miró hacia los asientos de delante. Los gemelos estaban sentados cerca de la parte delantera del avión. Le devolvieron la mirada, impertérritos, y luego se volvieron, debidamente indiferentes.

—Señor Miller, ¿le traigo algo, una bebida, algo de comer? —dijo una voz a su izquierda. El inglés era perfecto, con apenas un matiz de acento.

Scott miró a los asientos de enfrente. Diego Garcia le sostuvo la mirada y sonrió.

—Mi querido amigo, me gustaría mucho que me explicara exactamente cuáles son sus intenciones —dijo Scott, intentando parecer lo más valiente y seguro posible.

—Todo a su debido tiempo, señor Miller. Intente relajarse. No estamos aquí para hacerle daño. Tenga, beba algo; le despejará la cabeza. Todo se explicará cuando lleguemos a nuestro destino —dijo Diego, pasándole una botella de agua.

Con la boca como un esparto, Scott cogió a regañadientes la botella y bebió un poco.

—¿Nuestro destino? ¿Adónde me llevan?

—A Colombia, señor Miller. Hay allí alguien que está deseando conocerle.

—¡¿Colombia?! ¿Por qué demonios vamos a Colombia?

—Todo a su debido tiempo, señor Miller, todo a su debido tiempo.

Sin ningún sitio adonde ir y sin nada que pudiera hacer mientras estaban en el aire, Scott terminó la botella de agua y se recostó, esperando que la fe que tenía en su mejor amigo no le fallara esta vez.

¿Cómo demonios va a encontrarme Daniel en Colombia?

NUEVE

—Gracias, José, no tenías por qué hacerlo, amigo. No quería ponerte en peligro —dijo Danny, despejándosele la cabeza a medida que se le pasaban los efectos de la cocaína.

—No lo hice por ti. Esa gente infecta este lugar como una enfermedad con sus drogas y sus redes de prostitución. Les tengo asco.

—Bueno, gracias igualmente. Toma, esto es por los daños del coche. ¿Puedes llevarme al aeropuerto Tom Jobim? —dijo Danny, sacando un fajo de billetes de los vaqueros y metiéndoselos en el bolsillo de la camisa a José mientras conducía para que no pudiera rechazarlo.

—Gracias, pero no puedo llevarte con ese aspecto.

Danny bajó el parasol y se miró en el espejo. Tenía polvo blanco en el pelo y más pegado a la sangre de la frente, por no hablar de las manchas de sangre y fruta en la camisa de cuando Paulo y la tienda de ultramarinos.

—Tienes razón, un perro detector del aeropuerto se pondría las botas con todo esto. ¿Puedes llevarme de vuelta al hotel? —dijo Danny, dedicándole a José una sonrisa de oreja a oreja.

—Vale, no hay problema.

Danny sacó el móvil del bolsillo y llamó a Nikki.

—Danny, ¿qué está pasando? —respondió Nikki, nerviosa, menos de medio tono después y antes de que él pudiera decir nada.

—Voy de camino. Entra en el portátil y cómpranos vuelos a Bogotá, Colombia. Cualquier aerolínea, cualquier asiento, los primeros que haya, y empieza a hacer las maletas. Estaré de vuelta en veinte minutos —dijo Danny, colgando antes de que Nikki pudiera responder.

Desplazándose por sus contactos, llamó a su amigo y jefe del Servicio Secreto de Inteligencia, Edward Jenkins.

—Daniel, así que nuestro hombre de la embajada te sacó de la comisaría.

—Sí, gracias, Ed, pero eso ya es agua pasada. Necesito un favor.

—Te escucho —respondió Edward.

—Se han llevado a Scott del país en un jet privado al aeropuerto de La Vanguardia. Está en las afueras de Bogotá, Colombia. Los hombres que se lo llevaron trabajan todos para alguien apodado El Diablo; de nombre real Balthasar algo. Está metiendo una burrada de cocaína aquí en Río. Esperaba que algunos de tus amigos al otro lado del charco, en la DEA, pudieran echarnos una mano.

—Déjalo en mis manos. Supongo que vais en esa dirección.

—Sí, me subiré al próximo vuelo que salga de aquí —dijo Danny, mirando su reloj.

—Vale, llámame cuando aterrices —dijo Edward, colgando antes de que Danny pudiera darle las gracias.

—Déjame aquí, José. No quiero causarte más problemas —dijo Danny, pensando en cómo quedaría bajar del coche de José delante de su lugar de trabajo.

—Vale, espero que recuperes a tu amigo —dijo José cuando Danny se bajó.

Danny le dio un asentimiento solemne antes de cruzar la calle hacia el hotel. Atravesó la recepción y subió las escaleras, ignorando las miradas a la cocaína, la sangre y la fruta aplastada que le cubrían la cabeza y el torso.

—Dios mío, ¿estás bien? —dijo Nikki, llevándose las manos a la cara al ver la sangre en la camisa de Danny.

—¿Qué? Eh, sí, estoy bien, no es mía. ¿Has conseguido reservar los vuelos? —dijo Danny, dejando un reguero de ropa sucia por la suite mientras se desnudaba y se metía en la ducha.

—No ha sido fácil, pero he conseguido dos billetes para las 17:45. ¿Qué es toda esa cosa blanca en tu pelo? —dijo ella, mareada por la velocidad a la que iba todo.

—Cocaína, échale un buen olfato. Puedes volar a Bogotá sin billetes —dijo Danny, desapareciendo en el baño.

—Eh, espera, ¿cómo? ¿Cocaína? ¿Puedes bajar un cambio y decirme qué demonios está pasando? —dijo Nikki, siguiéndole.

—Vale, a Scott se lo han llevado secuestrado un grupo de matones colombianos. Trabajan para algún capo llamado Balthasar no sé qué. Le apodan El Diablo. Llevaron a Scott al aeropuerto y lo subieron a un jet privado rumbo a Bogotá, Colombia. Por eso cogemos un vuelo a Bogotá: para traerlo de vuelta —dijo Danny, dedicándole una sonrisa y un guiño mientras se bajaba los pantalones y entraba en la ducha.

—Ah, ¿solo eso? Pues no sé por qué me preocupaba —dijo Nikki, saliendo del baño para terminar de hacer la maleta.

Unas horas después, Danny y Nikki embarcaron en un vuelo de Latam Airlines con destino a Bogotá y se acomodaron para el viaje de seis horas y media.

—Espero que Scott esté bien —dijo Nikki, apretando con fuerza la mano de Danny mientras el avión despegaba.

—Mira, quieren a Scott por algo, y sea lo que sea, lo quieren vivo y lo bastante entero para hacerlo —dijo Danny, tratando de tranquilizarla.

—¿Qué podrían querer de Scott?

—Es un genio de la informática. Igual El Diablo necesita ayuda con su declaración de la renta —dijo Danny, en un pobre intento de aliviar el ambiente.

—Eso no ayuda en absoluto —dijo Nikki con un ceño preocupado.

—Ya, lo siento. Intenta no preocuparte, lo encontraré y lo traeré de vuelta.

—Sí que me preocupa; me preocupa que un día se te acabe la suerte y te pierda —dijo Nikki, con los ojos llenos de lágrimas.

—Eh, venga, ya te lo he dicho, he terminado con todo eso. Esta es la última vez. Recuperamos a Scott y ya está. Nada de heroicidades, ¿vale? Seré súper cuidadoso.

DIEZ

Scott notó cómo el avión se inclinaba al iniciar su lento descenso hacia el aeropuerto de La Vanguardia. Dio una pasada para alinearse con la aproximación; Scott miró por la ventanilla el aeródromo privado, con su pequeño edificio terminal y su hilera de hangares y avionetas aparcadas.

¿Qué haría Daniel? Si pudiera noquear a uno de estos matones, podría echar a correr hacia la terminal. Tiene que haber algún tipo de policía o seguridad allí dentro.

Miró a los gemelos fornidos mientras repasaba lo que había aprendido en su media docena de clases de jiu-jitsu.

Un directo frontal, un pequeño jab de izquierda mientras preparo el golpe bueno con la derecha, y luego correr como si Hacienda me pisara los talones hasta el edificio de la terminal.

El avión tomó tierra en la pista mientras Scott repasaba el plan en la cabeza, su confianza creciendo a medida que todo salía perfecto en su imaginación, terminando con las autoridades arrestando a García y a los gemelos antes de aclamarlo como un héroe. Rodó más allá del edificio de la terminal y se detuvo frente a un hangar, junto a una avioneta más voluminosa, un Piaggio P-180 biplaza de doble turbohélice, cuyo piloto saludó con un gesto al del jet privado desde el pie de sus escalerillas mientras los motores empezaban a apagarse. El piloto del jet salió de la cabina y accionó la palanca de la puerta, abatiéndola para formar unas escaleras hasta el suelo. Se apartó y regresó con rapidez a la cabina. Su

discreción bien pagada significaba que no sabía lo que pasaba, ni quería saberlo. Detrás de él, los gemelos salieron a la pista y se quedaron observando los alrededores en busca de cualquier indicio de problemas.

—Después de usted, señor Miller —dijo García, levantándose de su asiento para situarse detrás de Scott.

Vale, viejo, esta es tu oportunidad. Ahora o nunca.

Se levantó y bajó del avión, satisfecho al ver que uno de los gemelos se había acercado a la avioneta mientras su hermano se quedaba de cara a Scott al pie de las escaleras.

—¡Ja! —chilló Scott, girando el cuerpo mientras lanzaba un jab de izquierda a la cara del gemelo y lo retiraba de un latigazo—. ¡Guah! —gritó, golpeando de nuevo con la derecha. Solo al recoger el puño tras el segundo golpe notó lo que le dolían las manos y lo poco que se había movido el hombre. Scott alzó la vista a la cara del gemelo, que le devolvía la mirada con furia. Siguiendo el ejemplo de Danny, le metió una patada en los cojones con todas sus fuerzas. Dejando al gemelo doblado de dolor a su espalda, Scott echó a correr, zumbando hacia el edificio de la terminal tan rápido como le daban las piernas. Se arriesgó a mirar atrás justo antes de llegar a las puertas de entrada, sorprendido de ver que ni García ni el otro gemelo le seguían.

Probablemente están preparándose para salir por piernas y despegar de aquí en la otra aeronave.

—¡Ayuda, ¿alguien habla inglés?! Me han secuestrado, eh, secuestrada... me han secuestrada-do —gritó Scott, tratando de recordar sus CDs de «aprenda español usted mismo.»Al ver a dos guardias armados y a un hombre con traje que lo miraban extrañados desde el otro lado de la sala, Scott corrió hacia ellos.

—Sí, señor, hablo inglés —dijo el hombre trajeado con una sonrisa tranquilizadora.

—Gracias a Dios. Los hombres de ahí fuera, del avión que acaba de aterrizar, me secuestraron en Brasil y me trajeron hasta aquí. Rápido, arréstelos. Están ahí fuera ahora mismo.

El hombre dijo algo en español a los guardias, que sacaron las pistolas de las cartucheras de inmediato.

—Muéstremelos, señor… ¿?

—Miller, Scott Miller.

—Señor Miller.

Henchido de una confianza recién estrenada, Scott condujo a los hombres fuera del edificio y se dirigió hacia García y los gemelos, que seguían de pie junto a la avioneta.

—Son ellos, arréstenlos —dijo Scott cuando se acercaron.

—¿Le hizo esto a Rico? —dijo el hombre de traje, mirando al gemelo con una mancha roja en la cara y encorvado, mientras se sujetaba los testículos magullados.

—Sí, pero ¿cómo sabía que se llamaba Rico? —dijo Scott, volviéndose hacia el hombre de traje con un nudo en el estómago.

En ese momento el hombre soltó una carcajada, mientras los guardias a ambos lados sonreían. Confuso, Scott se volvió y vio a García sonreír también.

—Discúlpeme por haberme divertido un poco a su costa. Permítame que me presente. Balthasar Delgado y, por favor, considérese mi invitado, señor Miller. ¿Vamos? —dijo Balthasar, haciendo un gesto con la mano hacia la avioneta.

—¿Tengo elección? —dijo Scott, mirándole a los ojos.

—En absoluto, amigo mío, pero podemos hacerlo por las buenas o por las malas —replicó Balthasar, dejando caer por un segundo su fachada afable para revelar una mirada fría y despiadada.

Sin otra opción, Scott cedió y subió las escalerillas de la avioneta, seguido por García, los gemelos y el señor Delgado. Scott observó cómo el piloto cerraba la puerta mientras los guardias de fuera se alejaban de vuelta hacia el edificio de la terminal.

—Póngase cómodo, señor Miller. Nos esperan un par de horas de vuelo antes de llegar a nuestro destino.

—¿Qué quiere de mí? —dijo Scott a Delgado.

—Cuando lleguemos, señor Miller. Se lo revelaré todo cuando lleguemos.

Las hélices tomaron régimen, con un zumbido más fuerte y completamente diferente al del jet, mientras rodaba hasta el final de la pista, viraba y aceleraba hasta velocidad de despegue. Alzándose sobre las aguas marrón barroso del río Guatiquía, el avión trepó con

fuerza por las laderas montañosas, verdes y cubiertas de árboles, antes de poner rumbo norte hacia la costa.

Scott se sentó en silencio, mirando por la ventanilla. Los minutos pasaban lentamente. Balthasar llevó la voz cantante; su español rápido sonaba como un torrente airado de exigencias para el oído inexperto de Scott. García y los gemelos daban breves respuestas cuando se les requería, con expresiones pétreas que apenas cambiaban.

Finalmente, Scott notó que el avión empezaba a descender. Se acercó más a la pequeña ventanilla, esforzándose por ver adónde iban. Las montañas, densamente cubiertas de árboles, se extendían millas y millas hasta chocar con una costa rocosa. Solo de cuando en cuando se distinguía una parcela despejada entre los árboles, con pequeños campos de cultivo y desvencijadas chozas de madera esparcidas aquí y allá. El avión salió sobre el mar antes de virar de nuevo hacia tierra. Al girar, apareció a la vista una gran casa blanca con barandillas ornamentadas enmarcando sus numerosas terrazas y balcones de los dormitorios. Tenía una gran piscina en la parte trasera con jardines primorosamente cuidados dentro de su perímetro amurallado.

Una torre de comunicaciones de cien metros de altura se alzaba rodeada de hileras de paneles solares en la pendiente detrás de la casa. Antenas parabólicas y transmisores de telefonía estaban atornillados a su estructura triangular a distintas alturas, con un transmisor de radio encaramado en lo más alto. Al enderezarse el avión, la vista cambió. Edificios más pequeños, hangares y una pista de hierba que corría por un lado de la finca hasta el borde del acantilado aparecieron ante ellos. Unas escaleras talladas en la roca bajaban por la pared del acantilado hasta un embarcadero. Una lancha motora se mecían suavemente en el cristalino mar Caribe. En la cabecera de la pista, un camino de tierra muy transitado se abría paso serpenteando entre los árboles, perdiéndose en la distancia sin que se adivinara destino alguno.

El avión se aproximó rápido y tomó tierra ruidosamente sobre la superficie bacheada. Se detuvo junto a las pesadas verjas de acceso a la finca. Un grupo de hombres armados que parecían más

soldados o guerrilleros que personal de seguridad se cuadró ante la llegada de su jefe. Las verjas se abrieron cuando las hélices se pararon y la puerta se abrió, dejando entrar una ola de aire caliente y húmedo en el avión. Dos carritos de golf salieron a recibirlos, cada uno conducido por un miembro del servicio de Balthasar, vestido con elegancia.

—Señor Miller —dijo Delgado, indicando a Scott que se sentara a su lado en el primer carrito.

Scott obedeció, entornando los ojos cuando el carrito giró de cara al sol poniente y volvió hacia la casa. García y los gemelos iban en el carrito detrás de ellos.

—Le pido disculpas por la manera poco ortodoxa en que le he traído hasta aquí, pero tengo un trabajo que requiere a un hombre de su talento. Un trabajo de gran importancia para mi país. Un trabajo que exige la máxima discreción. Venga, le enseñaré su habitación. Por favor, póngase cómodo, refrésquese y cámbiese. Me he permitido conseguirle algo de ropa para su estancia —dijo Delgado, bajándose del carrito y haciendo un gesto para que Scott lo siguiera alrededor de la piscina y al interior de la casa.

El interior era magnífico, con un brillante suelo de mármol blanco que se extendía por todas las estancias pintadas de blanco. Balthasar lo condujo a un gran vestíbulo en el centro del edificio. Dos escaleras gemelas ascendían a ambos lados, enmarcando una enorme lámpara de araña que colgaba del techo en el centro del hall. Subieron hasta el rellano del primer piso. Scott siguió a Balthasar por un largo pasillo hasta una habitación al fondo. Junto a la puerta, un hombre de rasgos típicamente colombianos estaba de pie, vestido con elegancia con pantalones y zapatos negros, y una camisa blanca impecablemente planchada con corbata negra.

—Este es Quinto, señor Miller. Está a su disposición. Tenemos una cocina bien surtida. Dígale a Quinto qué le gustaría comer y beber. Él pedirá a mi chef que se lo prepare y se lo subirá a su habitación. Ahora, si me disculpa, tengo asuntos urgentes que atender. Por favor, relájese y disfrute de su cuarto. Hablaremos de lo que se requiere de usted en el desayuno de mañana —dijo

Balthasar, dándose la vuelta y marchándose sin esperar respuesta de Scott.

—Supongo que ahora va a encerrarme en mi habitación, ¿no? —dijo Scott a Quinto.

—Lo siento, eh... no. Señor, es libre de moverse por la casa y pasear por los terrenos.

—¿Ah, sí? ¿Y si decido irme? —dijo, mirándole a los ojos.

—Por favor, señor, no le recomendaría que lo hiciera. Hay cincuenta guardias armados en la finca y veinte millas de selva lluviosa deshabitada y terreno montañoso en cualquier dirección.

Cansado y abatido, Scott entró en la habitación y cerró la puerta en las narices de Quinto.

ONCE

Tras un vuelo de seis horas y media, el avión de Latam Airlines aterrizó en el aeropuerto internacional El Dorado de Bogotá. Danny se estiró y bostezó, agotado. Cayó en la cuenta de que en los últimos tres días había volado del Reino Unido a Australia, a Brasil y ahora a Colombia, mientras se metía en una persecución de coches, un tiroteo y una pelea a puñetazos en un antro de drogas.

—Busquemos el hotel más cercano. Necesito dormir y despejarme antes de poder encontrar a Scott.

—Vale —dijo Nikki. Le miró la cara de cansancio, se inclinó y le besó.

Pasaron por aduanas y recogida de equipaje antes de coger un taxi a la salida del aeropuerto. Danny le pidió al conductor que los llevara al hotel decente más cercano. El taxista los condujo a un hotel Hyatt a unos kilómetros del aeropuerto. Danny los registró en una habitación de la cuarta planta. Demasiado cansado para subir por las escaleras, se resignó a tomar el ascensor hasta la cuarta. Las agujas de su reloj pasaban de medianoche cuando cerró la puerta tras de sí. El Reino Unido estaba cinco horas por delante de Colombia, así que allí eran solo las 5 a. m. Le envió un mensaje a Edward.

He llegado tarde. Te llamo cuando me levante, será primera hora de la tarde para ti.

Para su sorpresa, el teléfono empezó a sonar antes de que tuviera tiempo de tirarlo sobre la cama.

—Edward, ¿es que no duermes nunca?

—Muy rara vez últimamente, me temo, cosas de los tiempos que corren. Demasiados malos y pocos buenos —dijo Edward, aún con la vista clavada en el terminal del ordenador detrás de su mesa en el edificio del Servicio Secreto de Inteligencia con vistas al Támesis.

—Ya, sé cómo te sientes. ¿Qué tienes para mí?

—¿Seguro que quieres saberlo?

—Así de mal, ¿eh? Venga, suéltalo —dijo Danny con un gran suspiro, seguido de una sonrisa sin muchas ganas para tranquilizar a Nikki, que lo miraba desde el baño en suite.

—Bien, verás, he llamado al general Dale Parnell. ¿Te acuerdas de él, de la saga de Marcus Tenby? En fin, el nuevo departamento del general Parnell trabaja mano a mano con la CIA y la DEA.

—Perdona, Edward, estoy reventado. ¿Esto va a algún lado? —dijo Danny, empezando a perder el hilo.

—Perdón, sí. La DEA tiene una oficina dentro de la Embajada de EE. UU. en Bogotá. El general Parnell ha gestionado tu acreditación y plena cooperación. Si vas mañana y pides por el agente de la DEA Gabriel Anderson, te ayudará en todo lo que pueda.

—Genial, gracias, Edward. ¿Qué más has averiguado?

—Tu Balthasar, el tal El Diablo, es un tal Balthasar Delgado, antiguo cabecilla del mayor y más despiadado cártel de la droga del mundo. Su apodo, El Diablo, se lo ganó por las terribles torturas y asesinatos que infligía a cualquiera que se le pusiera por delante. El agente de la DEA debería poder contarte más, pero por lo que he visto en un primer vistazo, Balthasar Delgado al parecer le dio la espalda al negocio de la droga hace unos seis años. Va de redimido: obras benéficas, centros de desintoxicación… mientras escala peldaños en la política. Tanto, que se presenta a presidente pese a los rumores de intimidación y compra de votos.

—Todo un encanto. ¿Qué crees que quieren de Scott?

—Tiene que ser algo de ordenadores. Aparte de los coches rápidos y salir con supermodelos, ¿qué más tiene Scott? —dijo Edward, logrando soltar una risilla.

—Ya, cierto. Gracias, Edward, te lo agradezco —dijo Danny, sonriendo al pensar en el estilo de vida de Scott.

—Cuando quieras, mantenme al tanto.

Danny colgó y se rascó la melena indomable, bostezando.

—¿Has averiguado algo?

—Bastante, la verdad.

—¿Y bien? —dijo Nikki con impaciencia.

Danny sopesó edulcorar lo que había descubierto, pero pensó que eso nunca le había salido bien en el pasado, así que dijo la verdad.

Nikki se sentó en la cama y escuchó hasta que terminó.

—¿Puedes traerlo de vuelta? —dijo tras un largo silencio.

—Si consigo averiguar dónde está. Esa gente nunca espera que alguien les plante cara. Les preocupará más que Scott logre salir que que yo consiga entrar.

—Será peligroso, podrían matarte —dijo, no con pánico, sino serena al recordar cómo se había deshecho Danny de los hombres de Theodore Blazer en Australia.

—Muchos lo han intentado. Yo sigo aquí —dijo Danny con una leve sonrisa.

—Entonces hazlo, trae de vuelta a mi hermano y mata a quien se te ponga por delante —dijo, con los ojos fijos en los de él.

—Sí, señora, a primera hora de la mañana. Pero ahora necesito dormir.

Se prepararon para acostarse. Danny se durmió en cuestión de minutos, mientras Nikki yacía a su lado, con el brazo sobre su pecho, mirando la oscuridad de la habitación del hotel, con la mente dándole vueltas sin parar a posibles desenlaces. Algunos buenos, otros malos.

DOCE

A las 7:30 a. m. llamaron a la puerta. Quinto entró un par de segundos después.

—El desayuno estará en la terraza de la piscina dentro de media hora, señor Miller. El señor Delgado ha solicitado su presencia.

Scott se dio la vuelta y lo vio marcharse sin decir una palabra. Tenía la cabeza embotada; apenas había conseguido dormir un par de horas, con la mente trabajando horas extra dándole vueltas a su situación. Miró el armario lleno de ropa y escogió un traje de lino ligero color crema, con una camisa blanca impecable y una corbata azul marino.

El hecho de estar cautivo de algún gánster colombiano chiflado no es razón para dejar que decaigan los estándares personales.

Scott se hizo un nudo Windsor perfecto, comprobando que la longitud de la corbata era la correcta antes de salir de la habitación para bajar por una de las dos escaleras gemelas hasta el vestíbulo. Salió al exterior y se dirigió a una mesa grande en la terraza de la piscina. Los gemelos, Rico y Felipe, vestían trajes caros y lo observaban tras gafas de sol oscuras mientras permanecían inmóviles junto a la casa.

—Señor Miller, venga, siéntese —dijo Delgado en voz alta desde la cabecera de la mesa, alzando el brazo y chasqueando los dedos para que el servicio de la casa apartara una silla para Scott—. Por favor, es mi invitado. Tome lo que quiera.

—Lo que de verdad me gustaría es saber de qué va todo esto —dijo Scott, sosteniendo la intensa mirada de Delgado.

Inclinándose hacia su izquierda, Delgado susurró algo al oído de Garcia. Asintiendo, Garcia se levantó de la mesa y desapareció en la casa.

—Permítame que le cuente una pequeña historia, señor Miller. Mi familia era de agricultores, aquí mismo, en este lugar, cuando esto no eran más que unas chozas. Cultivaban maíz, caña de azúcar, algo de ganado. Eran muy pobres. Cuando me hice cargo después de mi padre, en los locos sesenta, Estados Unidos acababa de cogerle el gusto a la marihuana. Vi una oportunidad. Se daba bien en nuestro clima y, por aquel entonces, era fácil volarla al otro lado de la frontera hacia América.

—Los sesenta dieron paso a los setenta y América descubrió la cocaína. La procesábamos aquí mismo, toneladas, a un coste de 1.500 dólares el kilo; se vendía en las calles de Estados Unidos a 50.000 dólares el kilo. Yo dirigía la organización más poderosa del mundo, con miles de personas en nómina: policías, senadores, el FBI y la DEA; a todos los llevaba yo. Luego, poco a poco, la tecnología complicó el negocio: el FBI pinchó mis teléfonos, los escáneres escuchaban mis conversaciones por móvil, los satélites nos vigilaban desde el espacio mientras llenábamos los hangares del aeródromo con tanto efectivo que no sabíamos qué hacer con él. En fin, evolucionamos, aprendimos a ser más cautos. El efectivo se volvió electrónico y la droga se fue al subsuelo.

—Algún día, en un futuro no muy lejano, todo habrá desaparecido. Sintetizarán la cocaína hasta hacerla demasiado barata como para que merezca la pena o la legalizarán, de un modo u otro, como la marihuana, y la procesarán en Estados Unidos bajo licencia. No tiene importancia, todo eso quedó muy atrás para mí. Ya no me da lo que quiero —dijo Delgado, haciendo una pausa para alzar la vista al cielo, como si pudiera ver los satélites devolviéndole la mirada desde el espacio.

—¿Y qué es lo que quiere? —dijo Scott, haciendo que Delgado volviera a centrarse.

—Poder, señor Miller; quiero gobernar Colombia. Las elecciones presidenciales son la semana que viene y, pese a mi considerable influencia, hay ciertos individuos que siguen resistiéndose a mi influencia y hacen campaña en mi contra. Las encuestas me sitúan por detrás del actual presidente, Alejandro Perez, lo que le convierte en el favorito para la reelección. Aquí es donde entra usted, señor Miller. Por favor, si me sigue —dijo Delgado, levantándose de la mesa.

Scott lo siguió, plenamente consciente de que los gemelos caían a unos pasos por detrás. Delgado caminó hasta una habitación en la esquina más alejada de la casa. Garcia estaba de pie fuera y abrió la puerta cuando llegaron. Dio un paso atrás para que Scott viera el interior. Un colombiano pequeño y de aspecto frágil giró en su silla y miró a Scott a través de unas gafas redondas. Varios terminales de ordenador descansaban entre un conjunto de monitores sobre los escritorios detrás de él, con cables que salían por la parte trasera hacia un gran armario de datos en la esquina. Scott miró por la ventana, más allá de él, y siguió con la vista la torre de comunicaciones hasta llegar a una gran antena parabólica VSAT de internet fijada a media altura.

—Veo que está admirando nuestra torre de comunicaciones, señor Miller. Tenemos internet de gigabit y un enlace celular punto a punto desde Santa Marta para poder usar el teléfono. El transmisor de la parte superior es para mantener el contacto con los trabajadores de mis tierras. Cubre unas diez millas en todas direcciones, según los montes y los valles —presumió Delgado.

—Scott Miller, ¿eres tú, Scott Miller? —dijo el hombrecillo, sorprendido.

—Este es Luis Rojas. Según Luis, usted es el mejor en lo suyo, por eso está aquí. Luis ha fallado una y otra vez al intentar romper el cifrado AES de 256 bits del gobierno que protege el programa electoral. Necesito que hackee el sistema y manipule los resultados de los votos a medida que vayan llegando desde los colegios electorales y de los votantes en línea. ¿Puede hacerlo?

—Mmm, diría que sí.

—¿Para el viernes que viene? —añadió Delgado con frialdad.

—¡¿El viernes?! No estoy seguro, quizá.

Delgado asintió a Garcia. Este sacó un teléfono del bolsillo y le enseñó a Scott una foto de Nikki y Danny cuando salían anoche del aeropuerto de Bogotá.

—«Posiblemente» no es la respuesta que quiero oír, señor Miller. Mis hombres están en todas partes. Una llamada y su hermana y su problemático novio están muertos. Así que se lo pregunto de nuevo: ¿puede hacerlo?

A Scott se le cayó el alma a los pies. Sabía que Delgado nunca lo dejaría marchar, pero tenía que proteger a Nikki y a Danny. Al menos sabía que Danny había seguido su rastro hasta Bogotá.

Limítate a hacer lo que diga Delgado y gana el tiempo suficiente para que Danny me encuentre y me saque de aquí.

—Sí, puedo hacerlo.

—Bien; haga lo que le pido y le devolveré en avión a Río con una maleta que contendrá dos millones de dólares por las molestias y su discreción.

Hmm, eso no me lo creo ni por un segundo.

—Diego, saca al señor Rojas. Ya no lo necesitamos —dijo Delgado con calma.

Garcia agarró a Luis con brusquedad del brazo y lo arrancó de la silla. Por la mirada aterrorizada de su rostro, Scott no albergaba duda de que algo muy malo estaba a punto de sucederle a Luis.

—Espere, no—yo... yo lo necesito. Nos harán falta los dos para romper el cifrado. No puedo hacerlo yo solo. No en el plazo que usted quiere —dijo Scott, presa del pánico.

Delgado miró directamente a Scott, tratando de averiguar si le estaban tomando el pelo o no. Los segundos pasaron con una lentitud exasperante. —Muy bien. Tengo asuntos que atender en Bogotá. Espero un informe completo de los progresos a mi regreso —dijo por fin antes de darse la vuelta y salir de la sala.

Garcia siguió a Delgado sin decir una palabra, dejando a Luis temblando, con gotas de sudor en la frente.

—¿Estás bien, viejo? —dijo Scott, sentándose junto a Luis.

—Gracias. Siento muchísimo haberte metido en esto. Nunca pensé que llegaría a traerte hasta aquí —dijo Luis, secándose la cara

con un pañuelo.

—No pasa nada, querido amigo, no es culpa tuya. Ahora, ¿por qué no me enseñas en qué has estado trabajando?

TRECE

Danny se despertó temprano, despejado y descansado, tras ocho horas de sueño ininterrumpido. Después de un desayuno de café y cruasánes, iban a coger un taxi hasta la embajada de Estados Unidos, hasta que la recepcionista les dijo que estaba a unos ochocientos metros calle abajo. Salieron a un sol radiante y a un agradable calor de veinte grados.

La carretera era moderna y ancha, con dos carriles de tráfico bullicioso en ambos sentidos. A ambos lados se alineaban tiendas, puestos de comida para llevar y pequeños negocios, salpicados de bloques de apartamentos y una generosa selección de hoteles para dar servicio al flujo continuo de viajeros hacia y desde el aeropuerto.

Siguiendo a una distancia discreta, dos de los hombres de Balthasar se mantuvieron al ritmo de Danny y Nikki a unos treinta metros detrás. No aparecieron en el radar de Danny hasta que él y Nikki giraron para salir de la carretera principal junto a un parque y una hilera de tiendas, en dirección a la embajada de Estados Unidos según les había indicado la recepcionista del Hyatt. Danny captó un destello de los dos hombres en el reflejo del parabrisas delantero de un camión de reparto. Algo en su manera de andar le puso en alerta: erguidos, avanzando con determinación, la cabeza alta y la mirada clavada en la nuca de Danny y de Nikki. Con cuidado de no alertar a Nikki, Danny siguió caminando con naturalidad, esperando la oportunidad de obtener una mejor vista de los hombres en el reflejo de un escaparate un poco más adelante.

Definitivamente les estaban siguiendo. Su zancada seguía siendo demasiado deliberada, demasiado intencionada, sin desviar la vista mientras fijaban los ojos en sus objetivos. No se lo dijo a Nikki. De momento estaban a salvo. Era de día, y la calle estaba llena de gente ocupada en sus asuntos. Si hubieran querido matarlos, un tiroteo desde un coche al salir del hotel habría sido la opción más fácil.

La embajada de Estados Unidos no era difícil de encontrar, retirada de la carretera y rodeada por un muro alto y unas pesadas puertas metálicas que ceñían un imponente edificio blanco coronado por antenas parabólicas y antenas. Entraron en el edificio de recepción junto a la puerta y se fijaron en unas grandes letras de Embajada de los Estados Unidos grabadas en una pared ornamental de piedra. Mientras la mujer de recepción llamaba al agente de la DEA Gabriel Anderson, Danny miró a la carretera a través del cristal tintado negro. Sacó el teléfono del bolsillo justo cuando los dos hombres que les habían estado siguiendo entraron en su campo de visión, girando la cabeza hacia su lado para mirar el edificio de recepción al pasar. Dudaba que pudieran verle tras el cristal tintado, y acercó la imagen de sus caras para tomar una foto.

—¿Qué haces? —dijo Nikki, mirando hacia él.

—Solo estoy haciendo unas fotos de vacaciones —dijo, sin dejar de observar a los dos hombres mientras pasaban con aparente calma frente a la embajada y desaparecían de la vista.

—Si quieren pasar al edificio principal, el agente Anderson les recibirá allí —dijo la recepcionista, devolviéndoles los pasaportes y los pases de visitante por encima del mostrador.

Cruzaron el aparcamiento dentro del perímetro de seguridad y entraron por la puerta principal del edificio. Un hombre alto, de pelo rubio oscuro, con bigote, traje barato y un aspecto de estar explotado y mal pagado, sonrió y se dirigió hacia ellos.

—Señor Pearson, señorita Miller. Gabriel Anderson, DEA, encantado de conocerles —dijo, extendiendo la mano.

Danny y Nikki se la estrecharon antes de seguirle por los pasillos hasta su pequeño despacho.

—Por favor, tomen asiento —dijo, quitando una pila de expedientes de una de las sillas para visitas. Se volvió para dejar la pila en la mesa, pero como ya estaba a rebosar, se giró y encontró un hueco encima del archivador.

—Tiene amigos muy bien situados, señor Pearson. El general Dale Parnell me ha despertado a las tres de la mañana ordenándome que le ayude en todo lo que pueda. Así que, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo Gabriel con una sonrisa cansada.

—¿Qué puede contarnos sobre Balthasar Delgado, también conocido como El Diablo? —dijo Danny, yendo al grano.

—El Diablo... hacía tiempo que no oía que le llamaran así. Eh... bien, un momento.

Gabriel apartó una pila de expedientes de su mesa y la dejó en el suelo antes de ir hasta un archivador. Abrió el cajón y lo hurgó hasta sacar un tocho de expediente y colocarlo sobre la mesa.

—Nuestro trabajo en Colombia es recabar información y reunir pruebas que podamos usar en un tribunal estadounidense. Cualquier información operativa sobre delitos cometidos en Colombia se comparte con la Policía Nacional de Colombia y con la Fiscalía colombiana. Hace seis años estuvimos a punto de atrapar a Balthasar Delgado. Teníamos agentes encubiertos de la DEA en su organización en Estados Unidos, un confidente de alto nivel en Colombia y fotos por satélite de la cocaína entrando y saliendo en avión de su finca familiar en la Sierra Nevada de Santa Marta, en la costa del Caribe. Luego todo se fue al garete. Despedazaron a los agentes encubiertos en Estados Unidos. La red de distribución de Delgado allí se esfumó, y al confidente lo encontraron colgado del campanario de una iglesia, con el cuello cortado y el corazón arrancado como aviso para otros. La Policía Nacional de Colombia allanó la casa de Delgado aquí en Bogotá y su finca en la Sierra, y no encontró nada. Caso cerrado.

—Así que ya está, se limpió la imagen y se metió en política —dijo Nikki.

—No exactamente. El suministro de droga hacia Estados Unidos nunca se detuvo. Delgado, o mejor dicho el nombre de El Diablo, sigue circulando en el inframundo criminal. Lo que no sabemos es

cómo la saca del país. Las imágenes de satélite no muestran aviones ni barcos saliendo de su finca en la costa caribeña. De vez en cuando encontramos y quemamos una plantación de coca o un laboratorio de procesamiento en las zonas remotas de selva que rodean su finca, pero no tenemos pruebas de que sean suyos, y nadie habla. Sería como firmar su propia sentencia de muerte —dijo Gabriel, entregándole a Danny imágenes de satélite de la finca de Delgado y de su casa en Bogotá.

—¿Puedo quedarme con copias de esto y con las direcciones?

—Por supuesto, el general Parnell le ha dado autorización total. Pero, ¿puedo preguntar cuál es su interés en Balthasar Delgado?

—Secuestró a mi amigo, Scott Miller, en Río de Janeiro y lo voló a Bogotá en un jet privado —dijo Danny, sin apartar la vista de las imágenes de satélite.

—No es el modus operandi habitual de Delgado. Los tiroteos, los ajustes de cuentas, el soborno y la intimidación son más su estilo, no el secuestro. ¿Tiene alguna idea de por qué secuestraría a su amigo?

—Evidentemente no es por dinero. Scott está bastante bien, pero no es nada comparado con Delgado. Haría más de lo que tiene Scott con un solo envío de cocaína. Lo único que queda son los ordenadores. Scott Miller es un experto informático de fama mundial —dijo Danny, deteniéndose al ver que Gabriel se incorporaba al oír lo de los ordenadores—. ¿Qué ocurre?

—Eh, espera, está por aquí en alguna parte —dijo Gabriel, moviendo expedientes a toda prisa mientras buscaba algo—. Ah, aquí está.

Gabriel le entregó a Danny un ejemplar de The City Paper, un periódico en inglés.

—¿Bogotá, conmocionada por macabros asesinatos de pandillas? —dijo Danny, alzando la vista, desconcertado.

—No, no, la noticia de debajo —dijo Gabriel, señalando más abajo en la página.

—¿Asesor informático sénior del Gobierno y su esposa desaparecen?

—Sí, esa.

—El consultor informático del Gobierno Luis Rojas y su esposa, Tia Rojas, fueron dados por desaparecidos el martes por la tarde después de que encontraran su coche abandonado a una milla de su casa en Rosales. El señor Rojas, CEO de Kincade Computer Systems, y su esposa desaparecieron cuando se dirigían a una fiesta ofrecida por el presidente Alejandro Perez.

—Vaya coincidencia, ¿no le parece? Ese es el periódico de la semana pasada, así que lleva desaparecido diez días.

—Sí, lo es —dijo Danny, mirando la foto del señor y la señora Rojas en el periódico.

—¿Tiene algo que relacione a Delgado con la desaparición de su amigo? Puedo ayudarle a coordinar con la policía, pero necesitaré alguna prueba para que abran una investigación, sobre todo porque el rapto de su amigo tuvo lugar en otro país.

—No. El hombre que me dijo que habían traído a Scott aquí está muerto —dijo Danny con frialdad.

—Ya veo. Entonces no estoy seguro de qué más puedo hacer —dijo Gabriel, mirando con disculpa hacia Nikki al ver cómo se le venía el mundo encima.

—No pasa nada, nos ha sido de gran ayuda. Si pudiera darme esas copias, nos iremos.

—Por supuesto —Gabriel se levantó y llevó los papeles a la fotocopiadora del despacho de fuera—. Tome mi tarjeta. Llámeme si encuentra algo que pueda llevar a las autoridades.

Danny cogió las copias y la tarjeta de visita de Gabriel, y luego él y Nikki le siguieron de vuelta a la recepción.

—Suerte, señor Pearson, señorita Miller. Espero que encuentren a su amigo —dijo Gabriel, estrechándoles la mano.

—Gracias —dijo Nikki, mientras Danny se limitaba a asentir.

—Ah, y señor Pearson, puede que Balthasar Delgado quiera que pensemos que se ha limpiado, pero es un hombre muy poderoso y peligroso. Tiene gente en todas partes. Tengan mucho cuidado.

—Siempre lo soy —dijo Danny, tomando la mano de Nikki mientras salían de la embajada.

CATORCE

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?—dijo Nikki en la calle, frente a la embajada.

—Lo segundo que voy a hacer es alquilar un coche para ir a echar un vistazo a la casa de Delgado en Bogotá—dijo Danny, con los ojos recorriendo la calle sin mover la cabeza, barriendo el entorno antes de comprobar en los reflejos de escaparates y vehículos qué había detrás de ellos.

—¿Y lo primero?—preguntó Nikki, mirándole hacia arriba.

—¿Ves esa calle ahí delante, a tu derecha, junto al jardinero que está al lado de su camioneta?

—Sí, la veo.

—Vamos a girar por ahí; luego tú sigues andando cuarenta pasos, te das la vuelta y esperas a que los dos tipos que nos siguen te alcancen.

—Espera, ¿cómo? ¿Nos están siguiendo?

—Sí. No te gires. Limítate a hacer lo que te he dicho, cariño. No pasa nada. ¿Vale?—dijo Danny, captando otro destello de los dos hombres que les seguían en el escaparate de una tienda.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Oh, un poco de excavación—dijo Danny con una sonrisa.

Doblaron la esquina. En cuanto se perdieron de vista de sus seguidores, tapados por la casa de la esquina, Danny se descolgó, desapareciendo por delante de un monovolumen aparcado. Se agachó y avanzó pegado al borde de la calzada hacia la parte trasera

del monovolumen antes de cruzar el hueco a toda prisa para agazaparse detrás de la camioneta del jardinero. Cuando los dos hombres pasaron por la acera, Danny se movió hacia la parte de atrás de la camioneta y deslizó con cuidado el brazo dentro para coger algo. Los dos dieron unos pasos más antes de detenerse, sorprendidos al ver a Nikki girarse para encararlos, desconcertados por la desaparición de Danny. Antes de que pudieran reaccionar, se oyó un golpe metálico seco y uno se desplomó en el suelo, inconsciente. El otro se volvió justo a tiempo para ver la pala que Danny había sacado de la camioneta del jardinero volando hacia su cara. Hubo otro fuerte golpe metálico antes de que el segundo se uniera a su compañero en el suelo.

Danny se agachó en cuclillas y los palpó a ambos, metiendo la mano dentro de sus chaquetas para sacar las pistolas de sus sobaqueras. Se guardó una en la parte trasera de los vaqueros antes de arrodillarse sobre el pecho del tipo al que había golpeado en la cara. Le faltaban los incisivos y Danny le había roto la nariz, pero con unas cuantas bofetadas en la mejilla empezó a volver en sí.

—¿Hablas inglés?—gruñó Danny, apretándole el cañón de la pistola contra la frente.

El tipo entrecerró los ojos y le sostuvo la mirada con desafío.

—Vale, tú verás, colega—dijo Danny, amartillando la corredera de la Glock para poner una bala en recámara.

Los ojos del tipo se abrieron de par en par y se fijaron en el dedo de Danny mientras flexionaba sobre el gatillo; luego subieron, presa del pánico, para suplicar ante el semblante cada vez más oscuro de Danny.

—Vale, vale—soltó a toda prisa.

—¿Dónde está Scott Miller?

—¿Qué?

—¿Dónde está Scott Miller?—repitió Danny despacio, clavándole aún más el cañón en la frente.

—No conozco a ningún Miller. Solo nos dijeron que os siguiéramos y diéramos parte.

—¿Dar parte a quién?

—Diego Garcia—dijo el tipo con rapidez cuando el dedo de Danny volvió a apretar el gatillo.

—¿Quién es?

—La mano derecha del señor Delgado.

Danny se levantó del hombre e hizo un gesto a Nikki para que se acercara mientras se metía la pistola en la parte trasera de los vaqueros junto con la otra, procurando taparlas con la chaqueta.

—No nos sigáis—gruñó Danny, levantando la pala con una mano y cogiendo la mano de Nikki con la otra—. Gracias, amigos—dijo, sonriendo mientras le devolvía la pala al jardinero, que observaba paralizado, con el rastrillo en la mano, en el césped de la casa de la esquina.

—Vale, no ha sido nada aterrador. Supongo que pasamos a lo segundo—dijo Nikki, intentando quitar hierro al asunto.

—No, eso ha sido una reacción improvisada. Lo primero que vamos a hacer es dejar el hotel y ponerte en un avión fuera de Colombia—dijo Danny, mirando por encima del hombro para asegurarse de que los hombres no les seguían.

—No, quiero ayudar—dijo ella, tirando de él para que se detuviera.

—Lo sé, pero lo de ahí atrás no ha sido nada. Esto se va a poner muchísimo más peligroso. No puedo vencer a estos tipos y encontrar a Scott si a la vez tengo que protegerte.

Contuvo las ganas de protestar, le sostuvo la mirada durante un buen rato y al final asintió.

—Bien, vamos a hacer el check-out del hotel y te pondré en el primer vuelo que salga de Colombia.

Dejaron el hotel y tomaron un taxi al aeropuerto. Tras hacer cola en tres mostradores de distintas aerolíneas, por fin encontraron uno con plazas para un vuelo a Jamaica en un par de horas.

—Reserva un buen hotel. Te llamaré en cuanto averigüe dónde está Scott—dijo Danny.

—Iba a decirte que tuvieras cuidado, pero ya sé que siempre lo tienes. Solo tráeme a mi hermano y vuelve conmigo, ¿vale?

Danny se limitó a asentir y la besó de nuevo antes de dejarla en la puerta de embarque para dirigirse al mostrador de alquiler de

coches de Alamo. Veinte minutos después seguía el GPS del móvil mientras conducía hacia las colinas a las afueras de Bogotá.

Cuanto más subía por las empinadas laderas, más grandes y más separadas estaban las casas, con un bosque verde y frondoso llenando los huecos entre ellas. Al ver la gran casa moderna de Delgado más adelante, Danny pasó de largo el alto muro y las grandes puertas eléctricas para aparcar en un apartadero medio kilómetro más arriba. Se bajó y, en lugar de volver por la carretera, se internó entre los árboles, ascendiendo unos treinta metros antes de girar y bordear en paralelo a la carretera hacia la casa de Delgado. Tardó diez minutos en negociar la densa maleza hasta salir junto al muro perimetral de la propiedad. Con una pequeña carrerilla, Danny clavó la puntera de su zapatilla en el revoque rugoso a media altura del muro, lo justo para hacer palanca y enganchar las yemas de los dedos sobre el borde superior. Se izó poco a poco hasta poder ver al otro lado.

Abajo, junto al muro, discurría un largo camino adoquinado. Recorre toda la propiedad hasta una amplia zona de aparcamiento cerca de la piscina, detrás de la casa. Había dos coches aparcados: un Hyundai viejo y un reluciente Toyota 4x4. Danny supuso que el Hyundai viejo sería de algún empleado doméstico. Ignorando el ardor de los músculos por mantener la posición, Danny giró la cabeza hacia la puerta principal. Un tipo de complexión baja y robusta deambulaba cerca, con vaqueros y camisa, y una pistola en una funda en el cinturón. Parecía aburrido mientras fumaba un cigarrillo.

Se oyó un grito desde algún lugar frente a la casa. El tipo levantó la vista y asintió a alguien antes de caminar en esa dirección, desapareciendo tras la esquina. Danny se subió para sentarse encima del muro, aliviando hombros y brazos. Un chasquido le hizo mirar al otro lado del muro, justo al suelo bajo sus pies. Un guardia como el de la puerta se apoyaba en el muro, encendiendo un cigarrillo con un mechero Zippo. Moviéndose despacio, Danny balanceó los pies y se colocó en cuclillas en silencio. Comprobó que no hubiera nadie más alrededor y luego miró hacia la coronilla del guardia.

Es una idea realmente mala. Uno, dos, tres

QUINCE

—No se puede. Llevo más de una semana intentándolo y no he avanzado nada. La encriptación AES no se puede romper con ningún programa de generación de claves de descifrado —dijo Luis, dejándose caer en el asiento.

—Querido muchacho, en Inglaterra tenemos un dicho: hay más de una manera de despellejar un gato —dijo Scott, tecleando sin parar mientras miraba con atención tres pantallas distintas.

—Eh, ¿y qué pinta despellejar un gato en todo esto?

—Solo significa que hay más de una forma de enfocar el problema que tenemos entre manos.

—¿Cómo? Solo hay una forma de entrar, y es generar una clave para desbloquear la encriptación —dijo Luis, frotándose la frente mientras intentaba aliviar el dolor de cabeza.

—¿Estás bien, viejo?

—Solo me preocupa mi mujer.

—¿Dónde está? —Scott dejó de teclear para mirarle.

—No lo sé. La tienen en otro sitio, en Bogotá, creo. Delgado la pone al teléfono cuando está fuera de aquí para que trabaje más duro. Me ofreció el mismo trato que a ti: dos millones cuando esté hecho y mi mujer y yo quedamos libres. Nos va a matar en cuanto consiga lo que quiere. Lo sabes, ¿no?

—Sí, viejo, me lo imagino, pero aún me quedan unos cuantos trucos en la manga. Vamos, hagamos una pausa, cojamos un café y demos una vuelta por los jardines —dijo Scott con una sonrisa.

Luis suspiró y siguió a Scott fuera de la habitación. Quinto apareció de la nada antes de que llegaran a la cocina.

—¿Puedo traerles algo?

—Sí, un café estaría muy bien, Quinto. Lo tomaré en la terraza de la piscina. ¿Y tú, Luis?

—Sí, café para mí también —dijo Luis, mirando nervioso por detrás de Scott.

—Se lo llevo ahora mismo —dijo Quinto, desviando los ojos para mirar por detrás de ambos, y volviendo a centrarlos antes de sonreír y dirigirse a la cocina.

Scott se volvió para ver qué había mirado Quinto. Uno de los gemelos salió por una puerta bajo la escalera izquierda. Scott ignoró la mirada intimidatoria, fijándose en las escaleras que bajaban por debajo del nivel del suelo detrás de él. Al notar la mirada de Scott, dio un portazo y se plantó delante, apartando la chaqueta del traje hacia un lado para enseñar la pistola enfundada debajo.

—Buenos días —dijo Scott, sonriendo mientras pasaba con toda naturalidad a su lado hacia la terraza de la piscina, con Luis tratando de volverse invisible mientras le seguía.

Bajo el sol brillante, Scott y Luis se sentaron en silencio hasta que Quinto trajo el café. Dejó las tazas en la mesa antes de dejarlos a solas.

Por el rabillo del ojo, Scott vio a los gemelos salir de la casa para quedarse inmóviles junto a los grandes ventanales correderos, observándole tras sus gafas envolventes.

—¿Damos un paseo? —dijo Scott, lanzando una mirada en su dirección antes de coger su taza y pasear con parsimonia alrededor de la piscina.

Captando la indirecta, Luis le siguió fuera del alcance del oído de los gemelos, dándole alcance junto a los escalones que bajaban al césped.

—Vaya parejita encantadora —murmuró Scott.

—Ten cuidado con los gemelos, Rico y Felipe. Los hombres de Delgado trajeron aquí a una mujer la semana pasada. Dijeron que le había estado robando. Bastó una palabra de Delgado y Rico le pegó

un tiro en la cabeza —dijo Luis, caminando aún con nervios junto a Scott.

—Puede que sea así, viejo, pero hasta que le demos a Delgado lo que quiere, no pueden tocarnos.

—¿En qué nos ayuda eso? Si fallamos, nos matan; si lo logramos, nos matan.

—Tiempo, querido muchacho. Nos compra tiempo —dijo Scott, volviendo la cabeza al oír un camión que se acercaba entre la selva.

Al mirar de nuevo hacia la casa, Scott se fijó en Rico hablando por una radio. Cuando volvió la vista hacia el sonido del camión que se acercaba, vio a un guardia hablando por otra emisora mientras miraba en la dirección de Rico. El guardia asintió y se dirigió al hangar del aeródromo, abrió la gran puerta y se apartó a un lado.

—Tiempo. ¿Tiempo para qué? —dijo Luis, poniéndose delante de Scott para detenerle.

—Tiempo para que alguien nos encuentre —dijo Scott, observando cómo el camión aparecía al otro lado del muro. Condujo junto a la pista antes de desaparecer por la puerta abierta del hangar. El guardia cerró la puerta tras él.

—¿Que nos encuentre? ¿Cómo va a encontrarnos nadie aquí en medio de la nada? —dijo Luis, totalmente desalentado.

—Mi querido Luis, no he dicho nadie; he dicho alguien. Alguien especialmente bueno encontrando gente. Ahora, me pregunto qué está pasando ahí dentro —dijo Scott, más interesado en el camión que en Luis.

—Estás loco. ¿A quién le importan los camiones? Los camiones no nos ayudan a salir de aquí. Entran y salen todo el tiempo. Desaparecen en el hangar; cuarenta minutos después salen y se vuelven a perder en la selva. ¿Sabes qué es raro? Entran de frente y cuando salen están orientados en sentido contrario. ¿Cómo es posible? Ese hangar no es lo bastante ancho como para dar la vuelta a un camión dentro.

—Mmm, qué extraño —dijo Scott, apurando el último trago de café.

—Entonces, ¿cómo rompemos la encriptación AES y accedemos al sistema? —dijo Luis, intentando sacudirse el mal presentimiento

concentrándose en el problema que tenían entre manos.

—El programa del censo electoral es solo una parte de un sistema de servidores que alimenta multitud de servicios nacionales: militares, policía, el propio gobierno, y esos están protegidos con la máxima encriptación AES. Lo que has pasado por alto, querido amigo, son los sistemas menos protegidos: las bibliotecas y escuelas, hospitales y farmacias, etcétera. Todos se conectan a una base de datos nacional que está en el mismo servidor que el programa del censo del gobierno. En lugar de intentar encontrar la llave para abrir el servidor principal, buscamos la manera de entrar por uno de los sistemas menos protegidos y cambiamos la cerradura para que encaje nuestra propia llave. A trabajar, viejo; por lo menos nos mantenemos ocupados mientras esperamos —dijo Scott con una sonrisa, encaminándose de nuevo hacia la casa.

Luis siguió a Scott mientras dejaba la taza en la mesa y rodeaba la piscina hacia la casa.

—Con su permiso, caballeros —dijo Scott, provocando deliberadamente a los gemelos para que se apartaran y poder entrar.

Ignorando sus ceños fruncidos, Scott se dirigió a la sala de ordenadores. Se detuvo un momento en el vestíbulo, pensativo, mirando la puerta bajo la escalera antes de echar a andar por el pasillo. Entró en la sala de ordenadores, se sentó frente al equipo y empezó a teclear furiosamente.

DIECISÉIS

Danny se puso en pie antes de dejarse caer del muro. Con una pierna flexionada, apuntó la rodilla al punto donde el cuello se unía entre los omóplatos del guardia. Le golpeó como un mazazo: el impacto lo aplastó contra el pecho antes de que todo el peso en caída de Danny lo hundiera en el suelo, expulsándole el aire de los pulmones. Antes de que pudiera tomar aliento y procesar el shock de lo ocurrido, Danny le sacudió repetidas veces en la sien con la culata de la pistola que había conseguido de los hombres de Delgado más temprano. Cuando el guardia se quedó inerte, Danny permaneció agachado y barrió con la mirada los terrenos en busca de guardias alertados. El que patrullaba el frontal seguía fuera de su campo de visión, y no vio a nadie asomado desde la casa. Agarrando la pierna del guardia inconsciente, Danny lo arrastró a través del camino de entrada hasta un parterre de arbustos y plantas perfectamente cuidados junto a la casa, ocultándolo bajo el follaje y fuera de la vista.

Ahora, a encontrar una forma de entrar.

La mejor manera de describir la casa era un diseño moderno con dos plantas de volúmenes cúbicos apilados, con partes en voladizo sobre otras, de modo que los balcones de las habitaciones de arriba, con ventanas de vidrio y vistas panorámicas, sobresalían sobre las zonas de estar de abajo. Danny se dirigió hacia la parte trasera de la propiedad, asomando la cabeza por cada tramo de ladrillo para echar un vistazo rápido por las ventanas de la planta baja. Tras

comprobar que no había moros en la costa antes de moverse con rapidez hasta el siguiente tramo de pared, llegó a la puerta trasera que daba a una gran zona diáfana de salón y cocina, con puertas plegables hacia la terraza de la piscina exterior. Con la pistola en una mano, Danny bajó el picaporte despacio y entornó la puerta, dejando que sus ojos barrieran el área frente a él antes de deslizarse dentro. Posando los pies del talón a la punta, avanzó en silencio por la cocina, el arma extendida, el punto de mira alineado con su línea de visión. Al llegar a una puerta al fondo de la cocina, Danny oyó movimiento al otro lado.

Sigue siendo una idea pésima. Una, dos, tres.

De un solo movimiento, empujó la puerta un par de palmos, la pistola barriendo por delante, para sorpresa de una anciana que estaba haciendo la colada en el lavadero y que le devolvió la mirada. Abrió mucho los ojos al ver el arma y se santiguó con devoción, farfullando algo en español. Danny alzó la palma para pedir silencio y luego se llevó un dedo a los labios. Ella asintió, indicando que había entendido.

—*Quédate*—acertó a decir Danny. Quiso añadir «quédate aquí en silencio», pero solo recordaba el español de «quédate».

Retrocediendo y cerrando la puerta tras él, Danny rezó para que la anciana guardara silencio mientras se dirigía al pasillo. Se detuvo fuera y escuchó el silencio al otro lado antes de entrar. Sabiendo que estaba tentando a la suerte, Danny siguió moviéndose rápido, despejando las habitaciones de la planta baja, el arma cubriendo cada centímetro al compás de su mirada. Las estancias estaban vacías, pero al asomarse al frente por las ventanas, vio al guardia que había estado junto a la verja, ahora de pie con otros dos hombres armados.

Será mejor que te des prisa, Danny, vas con tiempo prestado.

Subiendo las escaleras, Danny comprobó dos dormitorios, ambos vacíos. Probó la puerta de una tercera habitación y la encontró cerrada con llave. Al pegar la oreja, oyó a alguien moverse dentro.

—Scott, ¿eres tú? —dijo todo lo alto que se atrevió.

Antes de que llegara respuesta, se abrió la puerta del baño de enfrente. Apareció un colombiano fornido, secándose las manos en

los vaqueros tras enjuagárselas en el lavabo. Se quedó clavado, atrapado en un instante de sorpresa. Danny no se quedó clavado. Le encajó la pistola en la cara y lo empujó de nuevo al baño, adelantando la mano libre para quitarle la pistola que llevaba en la sobaquera.

—De rodillas —gruñó Danny.

El tipo no se movió; lo miró como alguien a quien ya le han encañonado antes. Danny lo giró y le dio una patada detrás de las rodillas. Las piernas le fallaron y cayó de bruces. Dejando la pistola en el borde del lavabo, Danny le desabrochó el cinturón y le llevó las manos a la espalda, atándoselas con fuerza. Arrodillado sobre su espalda, Danny cogió las toallas de una estantería y las rasgó en tiras. Le ató rápido los tobillos y luego le inmovilizó atándole los tobillos a las muñecas por detrás. Recogiendo la pistola del lavabo, Danny le clavó el cañón en el costado.

—Abre, eh... joder... *abi* algo. *Abierto* —dijo Danny, dándole una bofetada en la cara mientras hacía el gesto de que abriera la boca.

Cuando lo hizo, Danny le metió un taco de toalla y le ató otra tira alrededor de la cabeza a modo de mordaza. Cacheándolo, Danny encontró unas llaves y supuso que eran de la puerta del otro lado del pasillo. Cerró la puerta del baño tras de sí, cruzó el pasillo, abrió la puerta y la empujó.

—¿Scott?

En lugar de Scott, una colombiana esbelta le sostuvo la mirada.

—Mierda. Ven. Eh, nos vamos. Eh, estás libre. *Vamos*, ¿vale? —dijo Danny, dándose la vuelta para irse, desanimado.

—Buscas a Scott Miller, ¿sí? —dijo la mujer, para su sorpresa.

—Sí. ¿Sabes dónde está?

—Está con mi marido. Delgado los tiene en su hacienda, en las montañas de Pico, en la costa del Caribe.

—¿También te secuestró a ti?

—Sí, para obligar a mi marido a hacer lo que él diga —dijo la mujer, nerviosa sin saber qué hacer a continuación.

—¿Cómo te llamas? —dijo Danny, dedicándole una sonrisa para tranquilizarla.

—Tia, Tia Rojas; mi marido es Luis Rojas.

—Vale, Tia. Una cosa cada vez. Primero, vamos a sacarte de aquí y luego puedo llevarte a la comisaría.

—No, no, no puedes. La policía trabaja para Delgado. Fue la policía quien detuvo nuestro coche cerca de donde vivimos. Fue la policía quien nos llevó con Delgado —dijo Tia, con un gesto de pavor en el rostro.

—Mierda, vale, vale. Entonces iremos a la costa y recuperaremos a tu marido y a Scott.

Una expresión de esperanza y alivio le cruzó la cara a Tia cuando Danny le tendió la mano para que se agarrara. Con la otra mano en alto, la pistola preparada, Danny la condujo escaleras abajo y por la puerta trasera. Echó un vistazo rápido hacia la puerta principal. No había moros en la costa, así que la llevó a toda prisa por el camino de entrada hasta el muro. Pegando la espalda a él, se metió la pistola en el cinturón y entrelazó los dedos para que ella apoyara el pie. En cuanto lo hizo, la impulsó hacia arriba hasta que el cuerpo de ella quedó vencido sobre el borde superior. En cuanto ella se encaramó y cayó al otro lado, Danny tomó carrerilla, saltó al muro, se izó y se dejó caer al otro lado junto a Tia.

—Vale, por aquí, rápido; no tenemos mucho tiempo antes de que encuentren al guardia.

En lugar de abrirse paso a machete por la maleza densa durante el kilómetro hasta el coche, Danny se arriesgó a salir a la carretera tras unos cien metros y correr el resto al ritmo de Tia, que era sorprendentemente rápido.

—Gracias —dijo Tia, cerrando la puerta del acompañante antes de que Danny subiera por la pendiente.

Danny se limitó a asentir con una sonrisa tranquilizadora.

DIECISIETE

Las grandes puertas eléctricas se deslizaron hacia atrás para dejar pasar la procesión de tres coches. Balthasar Delgado y Diego Garcia se bajaron del coche que iba delante, con la mirada clavada de forma inquietante en los guardias que rodeaban al vigilante sobre el que Danny se había lanzado desde el muro. Estaba sentado en los escalones del porche con una toalla fría y húmeda en la sien. Ocho hombres duros con traje salieron de los dos coches que venían detrás. Se quedaron algo apartados de Delgado y Garcia, con un ligero bulto bajo cada chaqueta por sus pistolas encajadas en fundas de sobaquera.

—¿Qué ha pasado aquí? —exigió Delgado, al notar la reticencia de cualquiera de ellos a hablar primero.

—Alguien atacó a Roberto en la parte trasera de la casa.

—¿Visteis quién fue?

Roberto alzó la vista y negó con la cabeza. Por sus caras, Delgado supo que había más.

—¿Qué más? —gritó, con el temperamento subiéndole a toda velocidad.

—Entró en la casa, me encañonó y me ató, y se llevó a la mujer.

—¿Qué? ¿Y dónde estabais vosotros tres, inútiles, cuando pasó eso? —gruñó Delgado con fiereza, acercando la cara a escasos centímetros de su nervioso empleado.

—Estábamos vigilando la puerta principal, señor Delgado. Debe de haber pasado por encima del muro.

—Ah, ¿sí? Solo tenéis un trabajo, incompetentes. Os pago para vigilar, solo eso, vigilar, y ni siquiera sois capaces de hacerlo bien. ¿Dónde está Arvin?

—En la cocina, señor.

—Diego —llamó Delgado, alejándose de los cuatro hombres hacia la entrada de la casa. Se detuvo justo antes de entrar y se volvió hacia los ocho hombres con los que había llegado—. Mátenlos. No me sirven para nada.

Delgado se volvió y entró en la casa.

—No, no, por favor.

—No, señor Delgado.

Delgado ni se inmutó cuando los disparos resonaron a su espalda. Atravesó la casa hasta la amplia cocina, donde Arvin se levantó de un taburete a toda prisa y se puso firme junto a la barra de desayuno.

—¿Qué ha pasado, Arvin? —dijo Delgado, con la ira algo más contenida.

—Apareció de la nada. Me plantó una pistola en la cara y me ató antes de llevarse a la señora Rojas. No pude hacer nada.

—¿Lo reconociste?

—Sí, era el inglés, el amigo de Scott Miller. El que fotografié con su hermana en el aeropuerto, el que les tomó la delantera a nuestros dos hombres en Bogotá esta mañana.

—Otra vez el novio problemático —dijo Delgado, paseando de un lado a otro de la cocina, sumido en sus pensamientos—. Arvin, haz la maleta. Mi contacto en el aeropuerto dice que Nikki Miller ha tomado un vuelo a Jamaica esta mañana. Llévese a Roberto y encuéntrela.

—¿Quiere que la mate?

—No, solo llámeme cuando la haya encontrado. De momento nos es más útil viva.

—Sí, señor —dijo Arvin saliendo de la habitación, aliviado por librarse del marrón de haber perdido a Tia Rojas.

—¿Y el novio, ese tal Pearson? Irá a la policía, ¿verdad? ¿Quiere que llame a Jozano? —dijo Garcia cuando Arvin ya no podía oírles.

Delgado se quedó pensando un rato antes de hablar por fin—. No. Ese hombre, Pearson, quienquiera que sea, o fuera, no es de los que van a la policía. Además, utilicé a los hombres de Jozano para recoger a Luis Rojas y a su esposa, así que ella no querrá acudir a él. No, está con él y sabe dónde están su marido y Miller. Intentarán coger un vuelo a Santa Marta. Llame a los aeropuertos. Si intentan volar desde Bogotá, haremos que los detengan. Si vuelan desde el aeropuerto de La Vanguardia, asegúrese de que embarquen en uno de nuestros aviones. Dígales a los gemelos que esperen a más invitados.

—¿Quiere que cancele sus compromisos y organice el vuelo de regreso a su hacienda?

—No, tengo que mantener el ritmo de la campaña electoral. Esta tarde tenemos una visita al hospital y mañana, a un colegio. Volaremos de vuelta pasado mañana.

—Vale —dijo Diego, sacando el móvil para hacer los arreglos necesarios.

DIECIOCHO

A cuarenta minutos de Bogotá, Danny se dio cuenta de que no había comido en todo el día y cedió ante el rugido del estómago. Se desvió hacia el siguiente restaurante de carretera y entró con Tia.

—Ven, siéntate, pide lo que te apetezca —dijo Danny, deslizándose en un reservado.

—Estoy bien, tomaré solo algo. No creo que me entre nada —dijo, aún mirando alrededor con nerviosismo, esperando que los hombres de Delgado aparecieran en cualquier momento.

—Deberías intentar comer algo.

—Vale.

Danny pidió unas arepas y empanadas y no dejó ni las migas antes de pedir otra ronda. Tia logró comer un poco entre las miradas por la ventana a cada coche que pasaba o entraba en el restaurante.

—¿Qué quiere Delgado de tu marido y de Scott? —preguntó Danny tras dejar el plato limpio.

—No lo sé, algo que ver con programación informática y las elecciones.

—Vale. Entonces, ¿alguna idea de cómo llegamos a la finca de Delgado en…? ¿Dónde era?

—Está en una zona remota de la costa, cerca de las montañas del Pico. Tendremos que volar a la ciudad de Santa Marta. Es el aeropuerto más cercano a la finca.

—¿Y a qué distancia queda?

—Unas dos horas en coche por selva densa.

—¿De verdad? Entonces, ¿cómo entra y sale Delgado? —dijo Danny, mitad para ella, mitad para sí mismo.

—Vuela desde y hacia su propia pista privada —respondió Tia sin dudar.

Danny apartó la vista de la ventana y la miró de frente. —¿Cómo sabes tanto sobre la casa de Delgado?

—Mi familia es de una aldea en la selva, cerca de Santa Marta. Llevamos muchos años viviendo con miedo al cártel de droga de El Diablo. Conocí a mi marido, Luis, en la universidad y me mudé a Bogotá.

—¿Aún tienes familia allí?

—Sí: mi tío, mis hermanos, primos… mucha familia.

—¿Nos ayudarán?

—Sí, algunos, seguro. Son agricultores. Delgado los echó de sus tierras para obligarlos a cultivar coca para la producción de cocaína, al amparo de la selva.

—Vale, ¿podemos volar desde Bogotá? —dijo Danny, sacando el teléfono para buscar vuelos.

—Delgado tiene gente en el aeropuerto. Creo que sería mejor conseguir un charter privado desde el aeropuerto de La Vanguardia. Es más pequeño, a unas dos horas en coche desde aquí.

Danny miró la hora. El sol ya se había puesto y, con el trayecto, no llegarían hasta tarde.

—Dudo que podamos conseguir un vuelo esta noche. Buscaré un hotel cerca del aeropuerto y podremos intentar volar a primera hora de la mañana.

Fueron conduciendo hasta Vanguardia, pasando varios hoteles cerca del aeropuerto, hasta que Danny vio un hotel pequeño y tranquilo a las afueras. La recepcionista parecía aburrida y aceptó encantada el efectivo y saltarse las fichas de registro. Danny iba a reservar dos habitaciones contiguas cuando Tia intervino y pidió una habitación con dos camas.

—Si no te importa, no quiero estar sola —dijo, esperando que él no pusiera pegas.

Danny le dedicó una sonrisa cálida y dijo: —Vale.

Mientras Tia se duchaba, Danny hizo una videollamada a Nikki.

—Danny, ¿estás bien? ¿Has encontrado a Scott? —dijo ella, hablando deprisa.

—Eh, una cosa cada vez, cielo. Sí, estoy bien, y sí, sé dónde está Scott. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, te echo de menos.

—Yo también te echo de menos —dijo Danny justo cuando Tia pasaba detrás de él, con el pelo chorreando y solo una toalla alrededor.

—¿Quién demonios es esa? —dijo Nikki, con el gesto cayéndosele.

Danny sonrió y soltó una risita. —Esa es Tia Rojas, la esposa de Luis Rojas, los que desaparecieron.

—Sí, recuerdo quiénes son, pero ¿por qué está ella en un dormitorio contigo y sin ropa?

—La saqué de la mansión bogotana de Balthasar Delgado. Tienen a su marido y a Scott en la finca de Delgado, en la costa del Caribe. Le daba miedo dormir sola en una habitación, así que cogimos una con dos camas, ¿de acuerdo? Se estaba duchando. Ha sido un día largo —dijo Danny en voz baja y tranquila, moviendo el teléfono para enseñarle las dos camas.

—Mmm, vale. Pero ni se te ocurra tener ideas raras, ¿me oyes? —dijo Nikki, comprensiva pero pinchando a Danny.

—No te preocupes, las únicas ideas raras que tengo te tienen a ti dentro.

Nikki sonrió y se ruborizó un poco. —¿Y ahora qué, la policía?

—No, la policía aquí es corrupta. Mañana vamos a coger un vuelo a Santa Marta. Tia tiene familia allí que nos ayudará.

—Vale, id con cuidado. Quiero a ti y a mi hermano de vuelta enteros.

—A eso aspiro. Te llamaré otra vez cuando tenga más noticias.

—Vale, te quiero —dijo Nikki, reacia a colgar.

—Sí, yo también te quiero. No te preocupes, lo traeré de vuelta.

Después de colgar, Danny se tumbó boca arriba en la cama. Se quedó mirando al techo, sumido en sus pensamientos.

—Gracias por ayudarnos a Luis y a mí, señor Pearson —dijo Tia, metiéndose en la cama.

Danny se volvió para mirarla. Sonrió y asintió antes de apagar la luz, apoyar la cabeza en la almohada y cerrar los ojos.

DIECINUEVE

Scott bajó por una de las grandes escalinatas, con la mirada fija en la puerta que había debajo de la de enfrente. Había visto salir por esa puerta a los gemelos y a varios de los otros hombres de Delgado, y su curiosidad natural le estaba matando. Antes de llegar al último escalón, Quinto apareció delante de él.

—¿Puedo traerle algo, señor Miller? —dijo con cortesía.

—No, no, buen hombre, solo voy a por un vaso de agua. Puedo cogerlo yo mismo —dijo Scott con una sonrisa falsa.

—Muy bien, señor. En el frigorífico hay agua sin gas o con gas.

—Gracias, Quinto.

Cielo santo, ese hombre se me pega como una maldita sanguijuela, ¿es que no se acuesta nunca?

Scott entró en la cocina y se sirvió una bebida. Quinto se quedó merodeando junto a la puerta, vigilándole hasta que terminó y pasó a su lado.

—Bien, me voy a la cama, viejo. Sin duda nos veremos por la mañana —dijo Scott, alejándose.

Echó un vistazo rápido a su espalda al entrar en el vestíbulo, complacido al ver que Quinto no le seguía como una sombra. Moviéndose deprisa, Scott fue a la puerta bajo las escaleras y probó el picaporte. La puerta se abrió y dejó ver una escalinata de piedra iluminada que bajaba al sótano.

A ver qué hay tan interesante aquí abajo para que tenga tantos visitantes.

Tras comprobar rápido que Quinto o cualquier otra persona no le estuviera mirando, Scott se coló dentro y cerró la puerta suavemente a su espalda. Descendió los peldaños, que desembocaban en una enorme bodega.

—Mmm, vaya, menuda decepción. Ah, un Château Ausone. Muy bien, te vienes conmigo, querida —murmuró Scott, deslizando la botella fuera del botellero. Estaba a punto de volver escaleras arriba cuando oyó un chirrido fuerte al otro lado de la bodega. Escabulléndose, colocándose detrás del botellero, Scott se replegó todo lo que pudo en las sombras. Observando por los huecos entre las botellas, vio cómo una sección de pared, con su botellero incorporado, se abría hacia fuera, tirada desde el otro lado por uno de los guardias de Delgado. El guardia se volvió y cerró la puerta secreta antes de subir por las escaleras del sótano, sin percatarse de que Scott le observaba desde las sombras.

Volviendo a salir a la bodega, Scott deslizó la botella de nuevo en el botellero y se acercó a echar un vistazo. Incluso plantado justo delante del hueco, era imposible verlo. Empujó, pero no se movió. Mirando las botellas del botellero central, Scott se fijó en una que no le sonaba de nada. Además, era la única botella del botellero que no tenía polvo. Cuando la tiró hacia delante, vio que tenía una varilla sujeta a la base. La varilla accionó un pestillo dentro del muro y la puerta hizo clic y cedió hacia dentro un par de centímetros. Scott la empujó del todo, con una rueda en la parte inferior de la puerta chirriando al rodar por el suelo de piedra. Detrás, un túnel se prolongaba unos cincuenta o sesenta metros con luces de mamparo fijadas a un lado a intervalos de diez metros.

Qué deliciosamente intrigante.

Cerrando la pesada puerta a sus espaldas, Scott se internó por el túnel, que se extendía muy por fuera de los límites de la casa, en dirección al mar. El túnel, llano al principio, terminaba por desembocar en unas escaleras que bajaban y bajaban a través de roca sólida. A medida que descendía, Scott empezó a oír sonidos que le llegaban rebotados por el túnel: gritos de gente y ruido de motores mezclados con el chapoteo del agua. Las escaleras terminaron por fin y el túnel se niveló, con una salida visible más

adelante. Scott no dio crédito a sus ojos cuando el túnel desembocó en una inmensa cueva subterránea, iluminada por potentes focos colocados muy arriba, en la pared de roca.

Al fondo, la pared de la cueva descendía hasta una enorme poza de agua de mar profunda. Rayos de luz solar danzaban y rielaban bajo la superficie a través de la abertura submarina hacia el Caribe exterior. A la izquierda de Scott habían construido un gran muelle de hormigón para alojar al submarino nuclear Yasen-M exruso que acababa de emerger. Aún chorreaba agua de su superficie desde las profundidades del fondo de la cueva cuando se abrieron las escotillas de arriba.

Al oír voces, Scott se puso fuera de la vista detrás de una pila de cajas en el muelle. Se asomó entre ellas y vio un camión al otro lado. Una carretilla elevadora reculó y giró mientras retiraba el último palé cargado de ladrillos de cocaína. Recorrió el muelle y dejó el palé junto al submarino. Un grito le hizo volver la vista hacia el camión. Avanzó unos metros y se detuvo. Sonó el zumbido de un motor eléctrico y el camión empezó a rotar sobre una gran placa metálica circular en el suelo. Cuando quedó orientado en sentido contrario, el camión subió por una rampa y desapareció de la vista.

Hacia el hangar. Mmm, por un lado se entra y por el otro se sale. Muy inteligente.

En el submarino había más actividad. Los hombres salieron a su superficie negra, amarrando el submarino a noráis en el embarcadero antes de abrir una gran escotilla de carga en la proa. En cuestión de minutos, una cadena de hombres empezó a pasarse paquetes del tamaño de maletines, fajados en plástico y llenos de billetes, hacia el embarcadero, mientras los guardias apilaban uno tras otro hasta formar un cuadrado perfecto sobre un palé vacío.

Mmm, eso de haber dejado el contrabando de drogas, y una mierda; una forma ingeniosa de meterla y sacarla de Estados Unidos sin ser detectados.

Satisfecha la curiosidad, Scott regresó por el largo túnel hasta la bodega. Cerró a su espalda la pesada puerta secreta y estaba a punto de subir las escaleras hacia la casa cuando se detuvo y volvió al botellero tras el que se había ocultado antes.

—Perdona, querida, casi me olvido de ti —dijo, riéndose para sí mientras sacaba la botella de Château Ausone.

Salió de la bodega entre gritos. Rico corrió hacia él y le agarró por el cuello, empujándole contra la pared.

—¿Qué hacías ahí abajo? La bodega está fuera de límites. Tú no bajas ahí —dijo, con la cara a pocos centímetros de la de Scott.

—Tranquilo, hombre, no querrías hacerme daño, ¿verdad? Sobre todo cuando aún no he completado mi encargo para tu jefe. El señor Delgado me dijo que me sintiera como en casa, así que solo estaba cogiendo una botellita de tinto para antes de dormir. ¿Te apetece unirte? —dijo Scott con más que un punto de suficiencia en la voz.

Rico le fulminó con la mirada, a punto de estallar, pero el miedo a lo que su jefe haría si hería a Scott y ponía en riesgo el proyecto superó con creces sus ganas de pegarle un tiro en la frente, así que le soltó.

—Eso está mejor. Buen chico. Bien, me voy a la cama, hasta luego —dijo Scott, subiendo las escaleras hacia su cuarto sin volver la vista.

VEINTE

Danny se despertó temprano. En cuanto salió de la cama, Tia abrió los ojos con un destello de pánico. Se relajó un segundo después, cuando su cerebro procesó dónde estaba y que estaba con el hombre que la había rescatado.

—¿Estás bien? Perdona, qué pregunta más tonta —dijo Danny, todo lo tranquilizador que pudo.

—Estoy bien —dijo ella, incorporándose.

Se vistieron y bajaron al comedor del hotel. Danny se puso morado a huevos, pan y una especie de mezcla de arroz, alubias y tomate, todo ello regado con litros de café. Le alegró ver que Tia comía algo de huevos revueltos y pan. Cuando terminaron, condujeron hasta el aeropuerto de La Vanguardia. Danny desmontó las pistolas y las limpió en el coche antes de bajar. Soltó discretamente las balas y las correderas por una alcantarilla y metió a continuación el resto de piezas bien al fondo de una papelera fuera del edificio de la terminal antes de entrar. Danny dejó que Tia negociara los billetes a Santa Marta. Su español era pésimo y el hecho de que ella fuera local parecía conseguir una respuesta más colaboradora. Se quedó atrás mientras hablaban. Hubo muchos señalamientos a este mostrador y a aquel. Pasaron por cuatro mostradores de operadores diferentes hasta que logró conseguir asientos en un pequeño avión de carga que salía hacia Santa Marta en un par de horas. Sin nada más que hacer, cruzaron el arco

detector de metales y el control de equipaje de seguridad y se sentaron en una sala de espera pequeña, calurosa y sofocante.

Las horas pasaron lentamente hasta que un tipo vagamente vestido de piloto —camisa blanca con galones en los hombros, vaqueros y chanclas— les hizo señas para que le siguieran por la pista hasta una vieja Cessna 408 SkyCourier, un pequeño avión de carga biturbohélice de los años sesenta, pintado a mano con un mate verde a parches.

—Joder, ¿tú crees que esto despegará? —murmuró Danny mientras subía a bordo.

—Sí. Tengo fe —dijo Tia con una pequeña sonrisa.

La parte trasera del avión estaba llena de cajones y cajas, todos bien sujetos, dejando el espacio justo para las seis plazas de pasajeros detrás de la cabina del piloto. Sentado en los asientos de atrás, Danny pilló al piloto mirándole raro a través de la cortina entreabierta que separaba la cabina del cuerpo principal del avión. No le gustó, pero lo atribuyó al hecho de que probablemente era el primer extranjero que se dejaba llevar de un lado a otro de Colombia que había tenido jamás.

A última hora, subieron dos colombianos fornidos, y el copiloto cerró la puerta en cuanto ocuparon los asientos justo delante de Danny y Tia. Se le erizó el vello de la nuca cuando advirtió un intercambio de miradas entre los tres, seguido de un rápido gesto de ojos en su dirección cuando el copiloto volvió a la cabina. Los motores arrancaron y el avión, viejo, ruidoso y temblón, rodó hasta la pista. Danny observó las nucas de delante mientras los motores rugían y el avión aceleraba hasta velocidad de despegue.

No seas paranoico. Dos horas, solo eso, en dos horas aterrizamos. No va a pasar nada.

Y no pasó nada, no hasta que notaron que el avión empezaba a descender suavemente. Danny pilló a Tia mirando por la ventanilla con el ceño fruncido de preocupación.

—¿Qué pasa?

—Esto está mal, acabamos de sobrevolar los montes Pico y ya estamos bajando para aterrizar. Santa Marta está más adelante, por la costa.

Incluso por encima del zumbido de los motores, Danny oyó el sonido metálico tan conocido de una corredera al echarse atrás y el clic de una bala entrando en la recámara. Inclinándose hacia delante, metió la mano bajo el asiento y arrancó el chaleco salvavidas de su funda. Cuando los dos hombres de delante se levantaron y se volvieron, Danny se abalanzó y enganchó el chaleco por la cabeza del más cercano, tirando de él con fuerza hacia abajo. Le bajó la barbilla contra el reposacabezas, sujetándosela con una mano antes de soltarle con la otra un puñetazo en la cara con toda la fuerza que pudo. Cuando la cabeza se le fue hacia atrás con el golpe, Danny agarró los cordones rojos de inflado y tiró. Sin perder ni un segundo, se volvió contra el otro, que se encogía al ver a su compañero salir despedido hacia atrás con el chaleco inflado.

Danny le agarró la muñeca de la mano del arma y la empujó hacia la parte delantera del avión. Sacudido por el movimiento brusco, el dedo del hombre apretó varias veces el gatillo, enviando balas que desgarraron la cortina entre el avión y la cabina; una de ellas abrió un agujero limpio en la parte posterior de la cabeza del piloto. El avión se precipitó casi en picado cuando el piloto muerto se desplomó sobre los mandos, haciendo que Danny y los dos hombres, que forcejeaban, salieran despedidos ingrávidos hacia la zona de carga. Tia soltó un chillido mientras seguía sujeta al asiento por el cinturón, con el pelo erizándosele sobre la cabeza.

Los segundos se hicieron eternos hasta que el copiloto tiró de los mandos con todas sus fuerzas, niveló el avión y mandó a los tres hombres estamparse encima de las cajas y cajones del fondo, sus pistolas repiqueteando entre la carga al salir rodando.

—¿Qué pasa ahí atrás? ¿Lo tenéis? —gritó el copiloto desde la cabina, en español.

—Date prisa y aterriza en la finca. Los guardias de Delgado se encargarán de él —respondió a gritos el del chaleco salvavidas y la nariz ensangrentada, arrancándose el chaleco de la cabeza.

Danny atacó primero, pateando desde su posición sobre una caja y cazando de lleno al otro en la mandíbula. De un salto, se abalanzó sobre el de la nariz ensangrentada justo cuando este metía la mano entre los cajones para recuperar su arma. El tipo era rápido. Entró

con una combinación de golpes al cuerpo y uno a la cabeza de Danny, que lo estrellaron contra la gran compuerta de carga del lado izquierdo del avión. Sacudiéndose el aturdimiento, Danny lo agarró por el cuello de la chaqueta y hundió la rodilla en los riñones del tipo antes de levantar el codo en un latigazo y encajárselo bajo el mentón. La cabeza se le fue hacia atrás y repiqueteó contra la puerta. Danny estaba a punto de rematar cuando un grito por detrás lo detuvo.

—Eh, *gringo*, quietecito.

Danny se volvió y vio un arma apuntándole a la cabeza. Levantó las manos y retrocedió.

—¿Estás bien, Pablo?

—No, creo que el cabrón me ha roto las costillas.

—Bastardo. Yo digo de tirarlo por la compuerta —dijo el tipo, pasándose al español para que Danny no entendiera.

Pablo se enderezó como pudo y sonrió antes de tirar de la palanca para abrir la puerta. Hubo una bocanada de aire que te hacía estallar los oídos y un torrente de ruido de motor cuando la puerta se deslizó hacia dentro por un carril superior e inferior. Danny siguió de cerca los ojos del hombre. En cuanto se le fueron hacia Pablo, giró y lanzó una patada hacia atrás, clavándosela en pleno abdomen. El golpe lo expulsó directamente por la puerta; pareció quedarse suspendido en el aire un segundo, con un gesto de terror congelado en la cara, antes de que el viento y la velocidad del avión lo escupieran hacia un lado, desapareciendo detrás del aparato.

Satisfecho de haber dejado fuera de combate al menos a uno, Danny se volvió para aceptar su destino. El estruendo ensordecedor de un disparo llenó el avión. Para su sorpresa, no sintió dolor. Alzó la vista, confundido, para ver al pistolero mirándole con asombro antes de desplomarse en el suelo, con un agujero de bala en el centro de la espalda, y a Tia detrás de él empuñando la pistola de Pablo.

—Eh, ¿qué está pasando ahí atrás? ¿Lo habéis cazado? —gritó el copiloto desde delante.

—Está preguntando si te han cogido —dijo Tia, traduciendo el español del copiloto.

—Eh... *Sí*. *Sí* —gritó Danny, encogiéndose de hombros ante Tia.

—Bien, la finca está ahí delante. Sentaos. Voy a entrar a aterrizar.

Danny miró a Tia.

—Va a aterrizar en la finca de Delgado —dijo ella.

Danny miró por la compuerta de carga y vio la casa y los terrenos de Delgado pasar por debajo mientras el avión salía sobre los acantilados para virar sobre el mar Caribe en su aproximación a la pista.

—Tia, ven conmigo y repite lo que yo diga —ordenó Danny, recogiendo la otra pistola junto al cadáver del suelo.

Ella le siguió hasta la cabina y se plantó a su lado mientras él encajaba el cañón de su arma contra la cabeza del copiloto.

—Haz lo que digo. Vuela bajo sobre la pista, pero no aterrices.

Danny esperó a que Tia tradujera.

—No puedes dispararme. El avión se estrellará y moriremos todos —dijo el copiloto con desafío.

—Dile que tengo licencia de piloto y que le voy a volar los sesos y pilotar yo mismo este puto avión si no hace lo que digo —gruñó Danny, furioso, tras oír por boca de Tia la respuesta del piloto.

Mientras Tia traducía, la cara del copiloto se desmoronó. Asintió con solemnidad para indicar que obedecería.

Bajando el arma, se volvió hacia Tia—. Cúbrele y, por lo que más quieras, no le dispares. No tengo ni idea de cómo se vuela esta chatarra —dijo, manteniendo el tono airado para beneficio del copiloto—. Tú vuela, o pum pum. ¿Vale?

Dejando a Tia apuntando con la pistola al copiloto, Danny sacó al piloto muerto del asiento de al lado y arrastró el cuerpo hasta la zona de carga, colocándolo junto al hombre al que Tia había disparado, junto a la compuerta abierta. Al mirar la pista, ya frente a ellos, Danny distinguió a uno de los gemelos que habían secuestrado a Scott en Brasil. Estaba a un lado de la pista, delante de cinco hombres armados con uniformes de corte militar. Cuando el avión pasó bajo sobre la pista, Danny arrojó primero a Pablo y después al piloto. La furia dibujada en la cara de los gemelos se veía clarísima y, al alzar la vista hacia la casa, habría jurado que veía a Scott y al marido de Tia, Luis, mirándole desde la terraza de la piscina. Un

segundo después, la finca quedó atrás. Danny cerró la compuerta y volvió a la cabina.

—Vale, a Santa Marta no podemos ir. Seguro que Delgado tendrá gente esperándonos. Tia, el pueblo del que es tu familia, ¿tiene campos o carreteras? ¿Algún sitio donde podamos aterrizar?

—*Sí*, eh, sí, tiene campos.

—Bien, dile adónde ir.

VEINTIUNO

Scott y Luis se tomaban un breve descanso tras una mañana rompiendo códigos. El ruido de una aeronave que se acercaba despertó su curiosidad, así que salieron a la terraza de la piscina para echar un vistazo.

—¿Qué te parece? ¿Será que vuelve el mismísimo? —dijo Scott, observando el avión que viraba sobre el mar antes de dirigirse de nuevo a tierra.

—No, él tiene su propio avión, en el que llegaste tú. Ese es de carga, probablemente suministros —replicó Luis, llevándose la mano a la frente para tapar el deslumbrón del sol mientras intentaba ver mejor.

—Mmm, todavía va demasiado alto. Se va a pasar la pista de aterrizaje. ¿Qué hace? ¿Una pasada antes de aterrizar, quizá?

—No lo sé. Mira, la puerta de carga está abierta —dijo Luis, al ver movimiento dentro del avión.

Para su sorpresa, un cuerpo salió despedido por la abertura. Lo vieron caer y rebotar en la franja de hierba de la pista antes de volver a mirar al avión. En la abertura apareció un segundo cuerpo, flácido e inerte, con los brazos de otro hombre alzándolo por detrás. Contuvieron el aliento mientras seguía el mismo camino que el primero, dejando en su lugar una figura plantada en el umbral. Permaneció allí unos segundos, mirando desafiante a Felipe y a los hombres de Delgado antes de deslizar la puerta de carga y cerrarla.

Scott sonrió al ver el avión seguir bajo sobre las copas de los árboles antes de ganar altura y virar hacia el oeste.

—Buenos días, Daniel, qué detalle caerte por aquí —dijo Scott con una sonrisa, alzando su taza de café en saludo.

—¿Cómo? ¿Le conoces? —dijo Luis, sorprendido.

—Sí, amigo mío, y me da que tú también le conocerás pronto.

Los gritos que llegaban de la pista desviaron su atención hacia el gemelo, Felipe. Estaba que echaba humo, vociferando a sus hombres que despejaran la pista de los cuerpos.

—Vamos, Luis, viejo amigo, con el ambientazo que hay por aquí, será buena idea dar ejemplo y volver al curro —dijo Scott, apurando el café.

—Sí, me parece una idea excelente.

Ambos volvieron al interior y se dirigieron a la sala de ordenadores. Tuvieron que echarse atrás antes de llegar: el otro gemelo, Rico, irrumpió de la sala contigua. Les lanzó una mirada de reojo que mataba y salió disparado hacia la pista con un móvil pegado a la oreja. Aún se le oía, con la voz en alto, hablando a cien por hora con Delgado cuando ellos reanudaron el camino.

—Le está contando lo de tu amigo.

—Sí, Daniel suele provocar ese tipo de reacción en la gente —replicó Scott, cuyo interés le llevó a asomarse por la puerta que Rico había dejado abierta. Dentro debía de estar el despacho de Balthasar Delgado en la casa—. ¿Qué tenemos aquí, entonces? Luis, viejo amigo, échame un ojo un minuto mientras doy un vistazo —dijo Scott, entrando.

—No, Scott, vuelve. Nos van a matar —dijo Luis, mirando alrededor, nervioso.

Scott no escuchaba. Había visto el monitor del ordenador sobre la mesa del despacho, aún mostrando la pantalla de inicio de sesión abierta en el equipo de Delgado.

—Vaya, vaya, qué descuido —murmuró Scott, sonriendo para sí mientras hurgaba entre los archivos de programas y la configuración de red del ordenador.

—Scott, viene alguien —dijo Luis con voz de pánico desde la puerta abierta.

—Un par de segundos más.

Luis volvió la vista por el pasillo. Oía pasos que se acercaban desde la terraza de la piscina. Miró otra vez a Scott, que tecleaba sin parar, y volvió al pasillo.

—Ay, por el amor de Dios, date prisa. Mierda —murmuró, antes de salir disparado por el pasillo y chocar de bruces con Felipe al doblar la esquina del fondo.

—¿Qué está haciendo? Vuelva al trabajo —gruñó Felipe, furioso.

—Perdón, solo quería saber qué estaba pasando allí, en la pista —balbuceó Luis, intentando entretener a Felipe.

—Eso no es asunto suyo. Ahora, vuelva al trabajo.

—Oiga, no hace falta ser tan borde. Solo teníamos curiosidad. No todos los días ve uno a gente echar a otros de un avión. Espero que no fueran amigos suyos —dijo Scott, con un punto de sarcasmo, apareciendo detrás de Luis.

—Al trabajo. Ya.

—Vamos, Luis, querido amigo, dejémosle que se calme antes de que monte una rabieta —dijo Scott, dándose la vuelta y echando a andar.

Felipe les siguió de vuelta a la sala de ordenadores, cerrando de un tirón la puerta del despacho de Delgado en cuanto se dio cuenta de que la había dejado abierta. Scott y Luis se sentaron en sus sillas y repasaron todas las pantallas mientras ejecutaban los programas de ruptura de código creados por Scott.

—¿Qué estabas haciendo en el despacho de Delgado? —dijo Luis en cuanto Felipe se aburrió y salió de la sala.

—Hay otro refrán en Inglaterra, Luis, amigo mío: quien tiene tejado de cristal no debería tirar piedras —dijo Scott, cambiando la vista en una pantalla.

Tecleó veloz; el cursor y las carpetas volaban por la seguridad y la configuración de red a velocidad de vértigo. En un abrir y cerrar de ojos, los archivos personales del ordenador de Balthasar Delgado llenaron la pantalla.

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—Aún no lo sé; algo debidamente creativo. Bingo —dijo Scott, esbozando una sonrisa mientras quitaba de su pantalla los archivos

hackeados de Delgado para mirar una red nueva que aparecía en otro de los monitores.

—¿Dónde está?

—A ver… es la red del campus de CUMC en la Universidad Antonio Nariño, en un sitio llamado Buenaventura.

—¿Podemos entrar desde ahí?

—Deberíamos poder. Está conectada a la red nacional de escuelas, que forma parte del mainframe del gobierno —dijo Scott, moviéndose por la red del campus CUMC a toda velocidad.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Pues ahora el juego ha cambiado. En vez de intentar romper el cifrado AES, buscamos puertas traseras, enlaces para escalar por la red hacia el programa del censo electoral nacional. Llevará tiempo, pero creo que podré hacerlo —dijo Scott con su habitual aire de superioridad.

—Es verdad lo que dicen de ti. Eres un genio, amigo mío —dijo Luis, acercándose para ver qué hacía Scott.

—Lo sé. Es un don —dijo Scott con una sonrisa.

—¿Podremos a tiempo? Las elecciones son en tres días.

—El timing lo es todo, amigo mío. Crucemos los dedos para no tener que hacerlo. Pero, si toca, necesito asegurarme de que tenemos algunos ases en la manga.

VEINTIDÓS

—Gracias, director. Recordad: votad a Balthasar Delgado para presidente. Vamos a construir más colegios, dar presupuestos de educación más ambiciosos, invertir en la juventud de hoy para un mañana mejor—dijo Delgado, estrechando la mano del presidente del consejo escolar mientras desplegaba una sonrisa de millón de dólares para la prensa y los equipos de noticias allí reunidos.

—Señor Delgado, ¿qué dice de las acusaciones de que su campaña se financia con dinero del narcotráfico?

—Gracias a todos por venir. Eso es todo por hoy. Recordad votar a Balthasar Delgado por un futuro más brillante para Colombia—dijo Delgado en voz alta, sin hacer el menor caso del hombre entre la multitud.

Garcia se colocó a su lado mientras él saludaba y se dirigía al coche.

—Es la tercera vez que esa cucaracha de periodista aparece en una de mis visitas. Cógelo antes de que se vaya—susurró Delgado al oído de Garcia.

Garcia se alejó con rapidez sin decir una palabra. Rodeó a la multitud y se dirigió a uno de los coches de la comitiva de Delgado. La ventanilla bajó para que pudiera hablar con los hombres de dentro. Al alejarse para reunirse con Delgado, le sonó el teléfono. Detrás de él, dos de sus hombres salieron del coche y se adentraron en la multitud. Se plantaron a ambos lados del periodista: uno le susurró al oído mientras el otro le clavaba una pistola en el costado.

La cara del periodista palideció cuando lo sacaron de la multitud hacia atrás y lo condujeron de vuelta al coche. Tras empujarlo al centro del asiento trasero, se metieron uno a cada lado, emparedándolo mientras él temblaba en medio.

—Tengo una llamada de Rico—dijo Garcia cuando volvió junto a Delgado.

—La cogeré en el coche—dijo Delgado en voz baja, dejando que Garcia se adelantara hacia el vehículo mientras él saludaba a los niños, a los profesores y a la prensa antes de seguirle.

El conductor le sostuvo la puerta al entrar. Delgado esperó a que la puerta se cerrara y el coche estuviera en marcha antes de cogerle el teléfono a Garcia.

—Rico.

—Tenemos un problema, señor Delgado. Pearson y Tia Rojas se subieron a uno de nuestros aviones en el aeropuerto de La Vanguardia. Pablo y Jarell subieron a bordo para asegurarse de que no hubiera problemas cuando el piloto aterrizara aquí, en la hacienda.

—Ve al grano, Rico, ¿cuál es el problema?—gruñó Delgado, impaciente.

—Cuando salimos a recibir el avión, no aterrizó. Hizo una pasada baja mientras Pearson arrojaba los cuerpos de Pablo y del piloto. No sé qué pasó con Jarell. El avión viró hacia Santa Marta al irse.

—Dios… ¿es que nadie me librará de ese maldito? ¿Has hablado con Jhon en Santa Marta?

—Sí, el avión nunca llegó al aeropuerto. Cayó por debajo del radar a unos quince kilómetros al oeste de aquí.

—Vale. Rico, coge una docena de hombres y adéntrate en la selva. Encuéntralos.

—Quedan solo unas pocas horas de luz. No podemos seguirles el rastro en la oscuridad. Sería mejor salir al amanecer—dijo Rico, sin saber si Delgado iba a estallar, enfadado por el retraso.

Delgado apretó los dientes con rabia, pero sabía que Rico tenía razón.—Diles a los soldados de los cocales y de las plantas de procesamiento que estén atentos. Salid al amanecer; quiero que los encontréis, y rápido. ¿Me oyes, Rico?—bramó Delgado.

—Sí, jefe. ¿Me llevo a Felipe?

—No, deja a tu hermano allí. Quiero que vigile a Miller y a Rojas.

—Vale.

Cuando Balthasar Delgado colgó, en el coche se hizo un silencio nervioso. El conductor y Garcia sabían que era mejor no opinar cuando su jefe—con su bien ganado apodo, El Diablo—estaba tan encendido.

—Llévame al almacén de la Calle 22.

Los tres coches arrancaron y condujeron unos quince minutos antes de entrar por unos portones viejos y oxidados, abiertos. Cruzaron el aparcamiento y se adentraron en un almacén abandonado, formando en el centro una herradura. Delgado bajó del coche de cabeza con Garcia. Sus dos hombres del coche del medio y los dos del de atrás se bajaron, empujando al periodista delante de ellos.

—¿Sabe quién soy?—dijo Delgado, con el rostro severo pero la voz calmada.

El hombre, temblando, asintió con debilidad.

—Dígalo—le gritó de pronto Delgado.

—Balthasar Delgado.

—No, diga quién soy en realidad—gruñó Delgado, a escasos centímetros de su cara.

—El Diablo—dijo el reportero, con la voz quebrada por el miedo.

—Eso es. Soy El Diablo, y se atreve a avergonzarme delante de esa gente.

—Lo siento, yo… yo le pido perdón, no volveré a hablar de ello, yo… yo lo prometo.

—¿Cómo se llama?

—Emil, Emil Diaz, por favor, déjeme ir. No me volverá a ver—dijo Emil, con lágrimas deslizándose por sus mejillas temblorosas.

—¿Sabe cómo me gané mi apodo, El Diablo, Emil? ¿No? Me lo gané porque nunca dejo ir a mis enemigos. Les sigo la pista a ellos y a sus familias y luego mato a la familia delante de ellos, despacio. Cuando, y solo cuando, veo la derrota en sus ojos, los despacho al infierno. ¿Es usted mi enemigo, Emil?

—No, señor, por favor, haré lo que usted quiera, solo no me mate —soltó Emil tan rápido como pudo.

—Quizá hoy sea su día de suerte, Emil. Soy un hombre ocupado y me gusta este traje. No querría mancharlo de sangre—dijo Delgado, dando un paso atrás con una sonrisa.

Emil inspiró hondo, sonriendo por una mezcla de miedo y alivio.

—Nos vemos en el infierno, Emil—dijo Delgado, alzando un instante la mirada mientras asentía a su hombre, detrás de Emil.

No sintió dolor cuando la hoja, afilada como una navaja, le cruzó el cuello. La sangre salió a borbotones al abrirse las arterias; el pegajoso fluido rojo le bajó por la tráquea seccionada, ahogándolo. Emil se llevó las manos a la garganta en un intento desesperado de recomponerla. Mientras tosía burbujas de sangre y caía al suelo, Delgado perdió el interés y volvió al coche. Sus hombres hicieron lo mismo; la herradura de coches rodeó el cuerpo convulso de Emil, dejándolo solo sobre el frío hormigón para morir en el almacén vacío.

—Llévame de vuelta a la sede de campaña, y averigua si Arvin ya ha encontrado a la mujer—dijo Delgado, con la mente ya en otras cosas, Emil olvidado.

—¿Y si la ha encontrado?

—Dile que la quiero aquí. Quiero mirarle a ese tal Pearson a los ojos mientras la mato despacio.

Siguieron conduciendo por las calles de Bogotá y se detuvieron ante la sede de campaña justo cuando Garcia localizó a Arvin.

—Arvin la ha encontrado. Se aloja en un hotel pequeño en Montego Bay.

—Bien, dile que flete una avioneta, con un piloto que coja el dinero y no haga preguntas. Luego que coja a la chica y la traiga a la hacienda.

En cuanto transmitieron el mensaje, Delgado accionó el interruptor y dejó que la sonrisa del político y la falsa sinceridad le cubrieran la cara. Salió del coche, estrechó algunas manos y entró en sus oficinas de campaña.

—Buenas tardes a todos, ¿cómo vamos en las encuestas?

—Me temo que seguimos diez puntos por debajo de la oposición, señor Delgado—dijo un becario recién licenciado con aspecto nervioso.

—No te preocupes, amigo, recuperaremos la diferencia para el día de la votación—dijo Delgado, sonriendo al despedirlo para charlar con los demás trabajadores de campaña.

La visita duró cerca de una hora. Delgado interpretó a la perfección su papel de candidato, sonrisas y entusiasmo motivador, antes de despedirse con la mano y salir por la puerta entre vítores y aplausos. En cuanto cerró la puerta del coche, el ceño se le frunció y los ojos le ardieron de furia.

—Diego, llama a Felipe. Quiero que se asegure de que Miller y Rojas avanzan. Vamos diez puntos por detrás en las encuestas y necesitamos ese programa del padrón electoral hackeado para la votación. No voy a perder estas elecciones—gruñó Delgado.

VEINTITRÉS

Con la pistola relajada pero aún en la mano, apoyada en el regazo, Danny habló a través de Tia para conseguir que el piloto bajara por debajo de la altura del radar a unas pocas millas del pueblo donde Tia había crecido. Rozaron la espesa cubierta de la selva hasta que se abrió sobre una aldea a orillas de un río serpenteante. Había una larga franja de pradera que cruzaba el centro de la docena de casas, aproximadamente, y que llevaba a unos campos toscos y desiguales sembrados de cultivos.

—Pregúntale si puede aterrizar ahí—

Tia tradujo mientras Danny aguardaba la respuesta del piloto.

—Dice que se supone que eres piloto, que se lo digas tú— dijo Tia.

Los ojos de Danny se entrecerraron y se le tensó la cara. Se inclinó hacia delante. —Aterrice de una vez el maldito avión— dijo entre dientes, señalando hacia abajo con una mano y clavándole la pistola en las costillas al piloto con la otra.

—Vale, vale— respondió enseguida el piloto, sin necesidad de que Tia tradujera.

Danny se abrochó en el asiento del piloto, junto al copiloto, mientras Tia iba a abrocharse en la zona de carga. Pasaron muy bajo sobre la aldea, dispersando a la gente que se metía en la pista de aterrizaje improvisada, atraída por el estruendo de los motores. En la segunda pasada, el piloto cayó en picado sobre el río, volando entre los edificios de tejados de chapa, con las puntas de las alas a

escasos centímetros de las paredes de bloque. Las ruedas tomaron tierra con fuerza en la pradera, botando un par de veces antes de que el avión se quedara pegado al suelo. El piloto tiró con fuerza de los flaps, pisando los frenos a fondo mientras intentaba detener el avión antes de que se pasara del pueblo y se metiera en un campo lleno de maíz alto. No lo logró. El avión entró en la tierra blanda, rebotando mientras plantas de maíz salían despedidas por los aires, hechas trizas por las hélices, hasta que por fin se detuvo.

—¿Estás bien?— dijo Danny, soltándose el cinturón para mirar hacia Tia.

—Sí, estoy bien—.

Empezó a dirigirse a la parte trasera del avión, pero se detuvo y se volvió hacia el panel de instrumentos. Alzando una pierna, descargó el peso del talón sobre la unidad de radio, hundiendo la pequeña pantalla LCD y la multitud de botones. El copiloto dio un respingo cuando la pantalla se cuarteó y parpadeó antes de morir, mientras la mitad de los botones desaparecían dentro de la carcasa metálica, seguida de una bocanada de humo. Sin hacerle caso, Danny pasó atrás y abrió la puerta de carga. Tres aldeanos enfurecidos estaban de pie entre el maíz destrozado, apuntándole con fusiles M-16.

—Eh, tranquilos, chicos. ¿Hablan inglés?—

—¿Quién es usted? ¿Trabaja para Delgado?— dijo un hombre corpulento de mediana edad que estaba en medio.

—Baja el arma, tío. Este es Danny. Es amigo—.

—¿Tia, eres tú?— respondió, bajando el arma antes de alzarse la mano a modo de visera para ver el interior oscuro del avión.

Siguió un intercambio rápido en español mientras ella saltaba del avión y abrazaba, por turno, a cada uno de los tres.

—Perdona. Danny, este es mi tío, Edgar Alvarez, mi primo Miguel y mi hermano Samuel—.

Danny saltó al suelo y les dio un asentimiento con la cabeza.

—Tia me dice que su marido, Luis, y tu amigo están retenidos por Delgado en su hacienda— dijo Edgar.

—Eso es. Voy a recuperarlos— dijo Danny sin dudar.

—¿Tú solo?— dijo el hermano de Tia, Samuel.

—Si hace falta— respondió Danny, con el gesto mortalmente serio.

—Estás loco, tío. Ni siquiera vas a encontrar el sitio, y mucho menos entrar— dijo Samuel, negando con la cabeza.

—Entonces ayúdame, enséñame dónde está—.

—¿Quién es ese?— dijo Edgar, dando un salto ante un movimiento dentro del avión.

—El copiloto, uno de los de Delgado— dijo Danny, mirando a su alrededor para ver al hombre merodear por la bodega de carga.

Los tres hombres alzaron las armas al instante. El copiloto entró en pánico, levantando las manos mientras hablaba atropelladamente. Hubo mucha conversación y gestos con el dedo, y luego silencio cuando el copiloto saltó del avión. Echó a correr entre el maíz hecho picadillo, tomó la pista de tierra que salía del pueblo y desapareció en la selva.

—¿Qué dijo?— dijo Danny, sorprendido de que lo dejaran ir.

—Dijo que no tenía elección, y le creo. La mano derecha de Delgado, Diego Garcia, le ordenó a él y al piloto que te llevaran a ti y a sus dos hombres a su hacienda, sin hacer preguntas. Dijo que la gente que defrauda a El Diablo no vuelve a verse— dijo el tío de Tia, Edgar.

—¿Qué dijiste?—

—Le dije que siguiera la pista de tierra durante cinco kilómetros. Enlaza con la carretera principal a Santa Marta. Desde allí puede hacer autostop—.

—¿Me ayudarás a llegar a la hacienda de Delgado?— preguntó Danny, mirándole a los ojos a Edgar.

—Balthasar Delgado nos ha echado de nuestras tierras y ha matado a gente a la que queremos. Por mi sobrina y su marido, por ti y por todos en el pueblo, te ayudaré—.

—Yo también te ayudaré— dijo Samuel.

—Yo también— dijo Miguel.

—Gracias— sonrió Danny, mientras Tia se acercaba y abrazaba a su tío.

—Pero tendremos que esperar hasta mañana. Pronto anochecerá, y hay muchas millas de selva hasta la hacienda. Venid,

sois mis huéspedes. Esta noche cenáis con nosotros— dijo Edgar, llevándolos fuera del campo hacia la aldea.

La casa de Edgar era la mayor del pueblo, construida con bloques de hormigón, enfoscada y pintada de blanco. Unas escaleras de madera subían a una galería que rodeaba toda la casa, cuyo suelo quedaba a más de un metro ochenta del terreno por si el río crecía mucho en la estación de lluvias. El interior era sorprendentemente espacioso, limpio y ordenado, con la esposa de Edgar, Maria, orgullosa de su casa, moviéndose a su alrededor y ofreciéndoles comida y bebida.

A lo largo de la velada, Danny supo que la familia Alvarez solía vivir y cultivar junto al padre y el abuelo de Balthasar Delgado. Cuando Balthasar alcanzó la mayoría de edad y se hizo cargo de la finca, pronto se cansó del trabajo duro y de los beneficios escasos. Prefería sembrar marihuana y luego pasó a la coca para fabricar cocaína; el apetito creciente de Estados Unidos por la droga devoraba todo lo que podía suministrar. Pronto la hacienda de los Delgado creció y llegaron más y más hombres, hombres armados, mercenarios. Usaron la intimidación y la violencia para expulsar a la familia Alvarez de sus tierras. Cuando se resistieron, mataron al padre y a la madre de Tia. Cuando el resto de la familia lo denunció ante las autoridades, descubrieron que Delgado los tenía en el bolsillo y el caso se archivó. Danny veía que aquello seguía siendo una herida abierta para Edgar, que tuvo que salir a tomar el aire mientras el hermano de Tia, Samuel Alvarez, contaba la historia. La noche fue decayendo y Edgar le enseñó a Danny su cuarto para pasar la noche.

—Gracias por sacar a mi sobrina de las garras de ese monstruo. Saldremos justo después de amanecer, amigo. Duerme bien— dijo Edgar, dándole una palmada en la espalda a Danny.

—De nada. ¿Seguro que tú y los demás queréis venir conmigo?— dijo Danny, dándose la vuelta para mirarle.

—Estamos seguros, amigo. Ya va siendo hora—.

Danny sonrió, le estrechó la mano y se acostó.

VEINTICUATRO

Nikki se sentó en una tumbona junto a la piscina de un pequeño hotel boutique que había encontrado en Montego Bay. Las vistas de la playa y el mar Caribe al otro lado de la carretera deberían haber sido el sueño de cualquier turista. Pero Nikki solo estaba allí porque la alternativa, quedarse en su habitación esperando noticias de Danny, era peor que pasar el rato junto a la piscina. Había llamado varias veces, pero su móvil iba directo al contestador, lo que solo hizo que le diera más vueltas la cabeza.

Nikki aguantó alrededor de una hora antes de que no hacer nada la sacara de quicio. Se dio un paseo para despejarse, hacia la pintorescamente llamada Doctor's Cave Beach y la zona turística de Montego Bay. Rechazó con educación las insistentes ofertas de los vendedores callejeros que intentaban cazar a los turistas con collares y pulseras de conchas. Al alejarse de ellos, Nikki se fijó en un hombre que caminaba unos veinte metros detrás, cuyos rasgos hispanos de manual la pusieron en alerta al instante. Iba hablando por el móvil mientras caminaba; miraba en su dirección, pero con esa indiferencia de quien te atraviesa con la mirada en lugar de fijarse en ti. Como cuando tienes la cabeza en otra cosa. Se sacudió la sensación, pero se metió en un mercado lleno de tiendecitas de artesanía y recuerdos, por si acaso. Al mirar por encima del hombro, agradeció ver que el hombre continuaba por la carretera de la playa. Un poco más tranquila, Nikki echó un vistazo a las tiendas y puestos. Se compró un collar de cuentas como recuerdo y luego volvió hacia

la playa por un callejón estrecho entre las tiendas. Justo antes de llegar al final del callejón, el hispano apareció de golpe, mirándola fijamente, esta vez con intención. Se le echó encima rápido, con determinación, intimidante. Siguiendo las sabias palabras de Danny: actúa ahora y pregunta después, Nikki le lanzó el bolso a la cara con todas sus fuerzas, se dio la vuelta en redondo y echó a correr de nuevo hacia las tiendas, gritando: —¡Socorro, hay un hombre que me persigue!

Algunos lugareños dieron un paso al frente para ayudar, pero retrocedieron con los ojos como platos al ver a Arvin sacar una pistola de debajo de su chaqueta ligera. De vuelta al pasillo principal, Nikki miró hacia la playa, se volvió y se dirigió a la parte trasera del complejo cuando vio que aquello estaba atestado de turistas. Se quitó las chanclas de una patada y echó a correr a toda velocidad hacia lo que parecía un aparcamiento más allá del pasillo entre las tiendas. Una ojeada por detrás le confirmó que iba abriendo hueco respecto al del arma. Corriendo entre las tiendas, puso rumbo directo a un parque a lo lejos.

Una figura apareció delante de ella desde detrás de la última tienda, con el brazo en alto, y le descargó la culata de su pistola entre los ojos. La fuerza del golpe, sumada al impulso de su carrera, la derribó de pleno, dejándola tendida boca arriba, aturdida y confusa. Apenas fue consciente de cómo Roberto y Arvin la levantaban y la metían a empujones en la parte trasera de una furgoneta oxidada. Esta arrancó ruidosamente, zarandeándola atrás mientras los amortiguadores traseros, hechos polvo, eran incapaces de absorber los baches de la carretera.

Las lágrimas y la visión borrosa empezaron a disiparse al cabo de unos minutos. Nikki intentó incorporarse, pero la punzada aguda en la cabeza la mantuvo en el suelo de la furgoneta unos minutos más. Cuando por fin logró darse la vuelta en el suelo y asomar la cabeza por encima de los asientos del conductor y del acompañante, Arvin miró hacia atrás, con la pistola apuntándole a la cabeza mientras se giraba en su asiento.

—Siéntese ahora mismo, señora —dijo Arvin en un inglés macarrónico.

Condujeron unos veinte minutos, siguiendo la carretera de la costa, hasta que se detuvieron, bien lejos de cualquier zona urbanizada, en algún punto al oeste de la ciudad. La puerta lateral se abrió deslizándose y la luz solar inclemente le clavó puñaladas de dolor en la cabeza, como si la hubieran golpeado por segunda vez. Arvin y Roberto la arrastraron fuera. Notó la arena bajo los pies mientras la guiaban, uno a cada lado. A medida que el dolor remitía, Nikki abrió los ojos y vio una pequeña hidroavión con los flotadores pegados a la playa. Chapoteando entre las olas suaves, Arvin y Roberto la subieron a empellones a uno de los flotadores y luego la empujaron dentro. Para cuando la encajaron en el asiento de atrás, la puerta ya se había cerrado y el piloto estaba arrancando el motor.

—¿Está seguro de que tiene suficiente combustible para llevarnos? —gritó Arvin al piloto por encima del ruido del motor.

—Sí, hombre, vamos bien. Todo lo que necesito es la otra mitad del dinero y el combustible para el viaje de vuelta —dijo el piloto. Sus rastas se balancearon al girarse para dedicarles una amplia sonrisa, mostrando un montón de dientes blancos y un par de dorados.

—Tendrá su dinero cuando lleguemos, y en la finca tenemos combustible de aviación. ¿Cuánto tardaremos?

—Unas cuatro horas, hombre, sin problema —dijo el piloto, volviendo la vista al frente y dando gas al avión, que fue botando y saltando sobre el mar hasta despegar.

Roberto y Arvin se miraron con cierta inquietud; el fuerte olor a marihuana que venía de delante no les inspiraba mucha confianza.

—¿Y quién es la chica guapa, entonces? —preguntó el piloto cuando ya estaban en el aire.

—No le importa una mierda —le gritó Arvin.

—Vale, vale, tranquilos, solo intento hacer conversación.

—Limítese a pilotar —dijo Arvin, molesto.

—Lo que usted diga, hombre. Es su dinero; usted manda.

VEINTICINCO

—¿Por qué no están trabajando?—dijo Felipe a Scott y a Luis, con un tono decididamente más agresivo de lo habitual.

—Vaya, vaya, ¿se ha levantado con el pie izquierdo esta mañana? —respondió Scott, alzando a propósito su taza de café despacio para darle un sorbo.

Felipe se abalanzó rápido, arrebató la taza de café de las manos de Scott y la envió volando hasta la terraza de la piscina, donde se hizo añicos, pegando a Luis un susto de muerte.

—El señor Delgado quiere saber cuán cerca está de terminar el programa—dijo, apoyando los nudillos en la mesa mientras se inclinaba para intimidar a Scott.

—Bueno, quizá al señor Delgado le apetezca levantarse del trasero y venir a preguntármelo él mismo—dijo Scott, desafiante.

Apenas terminó la última palabra cuando Felipe sacó una pistola de la cartuchera del hombro y se la encajó en la cara. Temblaba levemente mientras Felipe luchaba por controlar el genio y la tentación de volarle los sesos a Scott.

—Cuidado, viejo: si me pasa algo, diría que no voy a ser el único mirando al lado equivocado de un arma—dijo Scott con absoluta calma.

Scott sostuvo la mirada airada de Felipe durante lo que pareció una eternidad.

—Vuelvan al trabajo—dijo Felipe, cediendo por fin para romper el punto muerto.

Scott se levantó lentamente de la silla y siguió a Luis al interior.

—Le provocas demasiado—dijo Luis cuando regresaron a la sala de ordenadores.

—Hay que coger las victorias donde se pueda, chaval—dijo Scott, viendo aparecer en el monitor otra *Acceso concedido*.

—¿Cuál es esa?

—El Ayuntamiento de Bogotá. Ya casi está, Luis, viejo amigo; en cuanto rompamos el cortafuegos del gobierno, estaremos dentro.

—¿Cuánto crees?

—Unas cuantas horas para el cortafuegos, y el resto del día para recodificar el programa de votación. Deberíamos tenerlo todo listo en algún momento de esta tarde. Las elecciones son el viernes, ¿verdad?

—Sí, pasado mañana; hasta entonces estamos a salvo—dijo Luis, bajando la mirada al suelo.

—Estás preocupado por tu mujer, ¿verdad?

—Sí. No he hablado con ella desde hace tres días. Me preocupa que Delgado la haya matado—dijo Luis, al borde de las lágrimas.

—Ten fe, Luis; estoy seguro de que estará bien, al menos hasta después de las elecciones—dijo Scott, dejando de teclear para poner su mano en el hombro de Luis.

—¿Pero y después?

—Espero que por aquí se pongan las cosas un poco más interesantes antes de que llegue ese momento—dijo Scott con una sonrisa.

—Tu amigo, el señor Pearson. Pero ¿qué puede hacer contra Delgado y todos sus hombres?

—Puede que te lleves una grata sorpresa, chaval. Daniel no es alguien contra quien te convenga librar una guerra.

Luis miró a Scott, sin convencerse, antes de que ambos volvieran a atacar el cortafuegos de la red informática interna del gobierno.

VEINTISÉIS

El vuelo desde Jamaica había sido largo y agotador. Nikki iba sentada atrás, con la cabeza martilleándole por el golpe de Roberto y el estruendo del motor. El piloto inclinó el avión cuando Santa Marta apareció a la vista y se puso las gafas de sol para protegerse del resplandor del sol poniente. Voló en paralelo a los remotos acantilados coronados por selva tropical, con el turquesa mar Caribe estrellándose contra las rocas bajo ellos. Unos veinte minutos después, Arvin señaló un pequeño embarcadero con una lancha amarrada a un lado. Una hilera de escalones tallados en el acantilado subía hasta la pista de aterrizaje y la finca de los Delgado.

—Eh, colega, ¿dónde voy a repostar? —dijo el piloto, bajando el avión para el aterrizaje.

—Haré que los hombres bajen barriles desde la pista —dijo Arvin.

—¿Y mi dinero? —dijo el piloto, con el sol poniente destellando en sus dientes de oro mientras le sonreía a Arvin.

—Él tiene tu dinero —dijo Arvin, señalando a Felipe, que estaba en el embarcadero con dos hombres armados detrás.

—Vale, jefe, pues allá vamos.

Aterrizó el avión suavemente sobre el mar en calma, cortó el motor justo antes del embarcadero para dejarlo derivar el resto del trayecto y que quedara meciéndose junto a él. Saltando el primero, el piloto amarró una cuerda en proa y popa para sujetar bien el avión a la pasarela de madera, y luego se apartó para no estorbar. Arvin salió primero, mientras Roberto agarraba a Nikki con

brusquedad del brazo y la arrastraba fuera del avión, donde Arvin la cogió del brazo y se la llevó.

—Vale, jefe, ¿tienes mi pasta, eh? —dijo el piloto, acercándose a Felipe.

—¿No le has contado a nadie este viaje?

—Qué va, tío, a nadie, tal y como me dijo tu hombre.

Subiendo los escalones del acantilado con Arvin respirándole en la nuca, Nikki miró atrás justo a tiempo para ver a Felipe sacar la pistola y pegarle un tiro en la cabeza al piloto. Su cuerpo se mantuvo erguido unos segundos, tomándose su tiempo para comprender que las órdenes del cerebro habían cesado, antes de desplomarse.

—Ustedes dos, saquen su cuerpo en la lancha y échenlo a los tiburones. Reposten y limpien el avión cuando vuelvan. Jhon puede llevárselo de vuelta a Santa Marta cuando venga la semana que viene —dijo Felipe, volviéndose para fulminar a Nikki con la mirada.

Horrorizada, se dio la vuelta y siguió subiendo los escalones descalza hasta la pista. La escoltaron por la verja y hacia la finca. Felipe relevó a Arvin y a Roberto, agarrándola con brusquedad de la muñeca para llevarla al interior, con la pistola aún bien aferrada en la otra mano.

—¿Dónde está mi hermano? —protestó, tirando hacia atrás.

—¿Quieres ver a tu hermano? Bien. Vamos a ver a tu hermano —dijo Felipe, dibujando una sonrisa en la cara.

Felipe la arrastró por la casa y por el pasillo hasta la sala de ordenadores. Gritó al guardia de fuera para que abriera la puerta antes de irrumpir con Nikki. Scott y Luis dieron un respingo ante la súbita irrupción, y la sorpresa se tornó en preocupación cuando Scott se dio cuenta de que Nikki estaba junto a Felipe.

—Nikki, ¿estás bien? No te han hecho daño, ¿verdad? —dijo Scott, levantándose al ver el moratón entre los ojos de Nikki.

—Siéntate. Solo te queda un día para conseguir acceso al sistema de voto. Si no, despídete de tu hermana —dijo Felipe, alzando la pistola para apoyar el cañón en el lateral de su cabeza.

Scott se sentó despacio, sin apartar los ojos de Felipe.—Está hecho. Tengo acceso directo al servidor del Gobierno y ya he

alterado el sistema de informes de voto. Ahora déjame empezar de nuevo. ¿Estás bien, Nikki? ¿Este patán no te ha hecho nada?

—Estoy bien, parece peor de lo que es —respondió Nikki, aliviada de ver a su hermano con vida.

—Entonces solo necesitamos que ejecutes el programa el viernes durante las elecciones —dijo Felipe, moviendo el arma de la cabeza de Nikki a la de Luis.

Scott se volvió hacia el ordenador y empezó a teclear a toda velocidad. En cuestión de segundos, las seis pantallas parpadearon y mostraron una pantalla de bloqueo con dos casillas para contraseñas y un número bajo cada casilla.

—¿Sabes qué es esto? No, claro que no, troglodita. Esto es un sistema de entrada de contraseñas con doble algoritmo. Lo construí porque pensé que harías algo así. En términos sencillos, solo para ti: aplico una fórmula, que solo yo conozco, al número bajo la casilla. La respuesta es mi código para entrar en el sistema. Mi querido Luis aquí tiene su propia fórmula, conocida solo por él. Si no introducimos ambos los códigos correctos al mismo tiempo, este ordenador avisará al servidor del Gobierno de un acceso ilegal y cerrará todo el tinglado. Tú decides, chaval: mata a Luis y no entrarás; hazle daño a mi hermana y yo introduciré el código equivocado y achicharraré el conjunto. Suerte explicándole eso al señor Delgado.

La tensión en la sala era asfixiante. Felipe movía la pistola de Luis a Scott y a Nikki. Sus ojos ardían de furia por haber sido superado por Scott.

—Llévesela —dijo por fin al guardia de la puerta, esperando a que ella saliera de la sala antes de irse él, dando un portazo tras de sí.

—Gracias, amigo mío. Me has salvado la vida otra vez. ¿Qué ha sido todo eso de las fórmulas?

—Bueno, no podía muy bien decirle que ahora basta con introducir el número que hay bajo la casilla, ¿verdad? —dijo Scott con una sonrisa.

—Ha sido muy ingenioso, pero me temo que solo nos ha comprado un poco más de tiempo.

—Sí, hasta la noche del viernes. Espero que sea suficiente. La charada de la fórmula me ha dado, no obstante, una idea. A trabajar, mi querido Luis, a trabajar.

VEINTISIETE

Edgar despertó a Danny justo después del amanecer. Él se incorporó y se frotó los ojos, y cuando al fin enfocaron distinguió en la silla del rincón un montón de fatigas verdes, planchadas y dobladas con esmero. Bajo la silla había un par de botas de combate y, encima de la ropa, un cuchillo de caza en una funda de cuero. Se vistió y salió fuera. Maria le tendió unos huevos revueltos con tomate envueltos en pan caliente al pasar. Miguel y Samuel estaban junto a Edgar, al lado de una camioneta vieja y abollada, mientras Tia se sentaba en el asiento del copiloto, con el brazo apoyado en el marco de la ventanilla abierta.

—No, lo siento, Tia, bájate de la camioneta. No puedes venir. Es demasiado peligroso —dijo Danny, acercándose.

Tia asomó la cabeza por la ventanilla; su cara no se parecía en nada a la del día anterior. Estaba dura, decidida, y enfadada.

—Quieto ahí, colega, se nota que no conoces a Tia. Se orienta en la selva mejor que cualquiera de nosotros, y es la mejor tiradora del pueblo —dijo su hermano Samuel con una sonrisa.

—Sí, no la cabrees. Te tumba de culo —añadió Miguel.

Danny miró a los dos y luego a Tia, que bajaba de la camioneta. Parecía totalmente distinta con sus fatigas verdes y sus botas militares. Tras una mirada de acero a Danny, cogió un fusil M-16, encajó la culata en el hombro y apuntó por las miras como si lo hubiera hecho mil veces. Inspiró hondo, soltó la mitad del aire y contuvo la respiración mientras apretaba suavemente el gatillo. A

seiscientos metros, un tapacubos colgado de un gran árbol junto al río repiqueteó y empezó a girar violentamente en su cuerda.

Danny se volvió hacia la camioneta y pasó al lado de Tia.—Vale, listos cuando digáis.

Edgar subió al asiento del conductor mientras Danny, Miguel y Samuel se acomodaban detrás con las mochilas y los M-16.

—¿Qué lleváis en las bolsas? —dijo Danny.

—Comida, munición, walkie-talkies, ah, y un poco de dinamita —dijo Miguel con una sonrisa.

—¿Dinamita?

—Sí, hacemos alguna voladura en las montañas.

—¿Para qué voláis?

—Esmeraldas, sobre todo; algún que otro rubí o diamante pequeño. No son riquezas, pero dan para mantener el pueblo y mandar a nuestros críos al colegio —dijo Miguel.

—¿No tenéis que preocuparos de que llegue una empresa minera y se meta por medio?

—Qué va, toda esta zona está protegida. Es parque nacional hasta donde alcanza la vista.

—¿Y no os preocupa que os pillen? —dijo Danny.

—Mira a tu alrededor, tío: aquí no hay ni Dios salvo nosotros y un montón de cocaleros de Delgado —dijo Miguel con una gran sonrisa.

—Supongo que no. ¿Por eso lleváis los M-16, por los hombres de Delgado? —dijo Danny, desmontando y revisando el arma.

La camioneta salió del pueblo traqueteando despacio por un camino de tierra lleno de baches, internándose entre los árboles y la maleza.

—Sí, se los liberamos a los guardias de El Diablo en una de sus plantas de procesamiento —dijo Samuel.

—¿Dónde están las plantas de procesamiento, en la hacienda?

—Qué va, Delgado mantiene la hacienda limpia. Procesan la cocaína en campamentos en la selva. Es remoto y lejos de miradas indiscretas.

—¿Entonces cómo mueve Delgado la cocaína? —dijo Danny.

—No lo sabemos. Antes la sacaba en avión desde el aeródromo. Avión tras avión, iban y venían día y noche. Y de la noche a la

mañana dejaron de venir. Delgado se compró su sitio en la política y se montó una imagen impoluta —dijo Samuel, encogiéndose de hombros.

—¿Pero adónde va toda la cocaína?

—Ni idea. Los hemos visto cargar los camiones en la planta de procesamiento. Enfilan hacia la hacienda, pero Delgado tiene demasiados guardias y mercenarios para que podamos seguirles —dijo Samuel con aprensión.

La mañana dio paso a la tarde y la temperatura subió por encima de los treinta, con una humedad pegajosa. Durante horas la camioneta avanzó a trompicones por el camino embarrado. Al final, Edgar se salió, crujiendo y partiendo ramas mientras se abría paso por la maleza. Cuando la camioneta estuvo lo bastante lejos del camino como para quedar oculta, la detuvo. Todos saltaron de la parte trasera y empezaron a echarse las mochilas a la espalda, comprobando armas y equipo.

—Es demasiado peligroso seguir conduciendo. A partir de aquí vamos a pie —dijo Edgar a Danny.

—¿A qué distancia está la hacienda desde aquí? —preguntó Danny, colgándose la mochila antes de coger un M-16 y seguir a los otros.

—Unos doce kilómetros en esa dirección, con la selva y evitando a los hombres de Delgado. Eso son unas doce horas. Tendremos que acampar cuando anochezca y deberíamos llegar a la hacienda sobre el mediodía de mañana.

Danny se limitó a asentir y se puso en fila. Se fijó en que Tia tomaba la delantera, moviéndose ágil entre la maleza como si lo llevara en la sangre. Siguieron avanzando, aunque despacio, por la vegetación densa durante un par de horas. Incluso para Danny, con su antiguo adiestramiento en selva, era difícil llevar la cuenta de la dirección que tomaban. Había que reconocerle a Tia que era mucho más dura de lo que había pensado al principio. Avanzaba sin mostrar señales de flaquear mientras abría camino a machetazos. Tras caminar otros quince minutos, la mano de Tia se echó hacia atrás con la palma levantada. Edgar, Miguel y Samuel se agacharon en cuclillas y se abrieron a ambos lados de Tia, fundiéndose con la

vegetación mientras se echaban boca abajo. Danny hizo lo mismo, reptando hasta tumbarse junto a Tia.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Una de las plantas de procesamiento de Delgado, ahí delante.

—¿Dónde? No veo nada.

—¿El olor? —susurró ella de vuelta.

Danny inspiró hondo por la nariz y captó el tenue olor a gasolina.

—¿Gasolina? —dijo Danny, desconcertado.

—Sí, gasolina. Empapan las hojas de coca en gasolina para separar los alcaloides antes de secarlas. Cuando las hojas se secan, pasan por varios procesos con una disolución de cal, ácido, potasio y acetona. Al final obtienen una pasta que se seca hasta convertirse en cocaína pura.

—¿Dónde está?

Tia alzó la mano, girándola para sentir en el sudor de la palma la dirección de la brisa fresca.—Por ahí, al otro lado de esa cresta. Deberíamos rodearlos —dijo, señalando en la dirección opuesta.

—¿Cuánta gente tendrá Delgado allí? —dijo Danny, con la mirada y los pensamientos aún clavados en la cresta.

—Las mantiene pequeñas: siete, ocho trabajadores quizá, y cuatro o cinco guardias armados. ¿Por qué?

—Me apetece enviarle un mensaje a Delgado —dijo Danny con una sonrisa.

—¿Y eso no hará que sepan que vamos?

—Después del avión de ayer, ya saben que vamos. Si montamos un poco de caos aquí fuera, sacaremos a más hombres de la hacienda. Y si vamos a sacar a Scott y a tu marido, cuanta menos gente tengamos que afrontar en la hacienda, mejor.

Tia y Edgar se miraron antes de asentir y volverse hacia él.

—Vale, ¿qué quieres que hagamos?

VEINTIOCHO

Danny, Tia y Miguel avanzaron con cautela hasta lo alto de la cresta. Edgar y Samuel rodearon por la derecha y esperaron la orden de Danny por la radio de doble vía. Cuando alcanzaron la cima, oyeron un generador resoplando en algún punto por debajo. El terreno descendía formando una hondonada en forma de cuenco. Varias lonas verdes grandes estaban tensadas entre los árboles para cubrir las distintas fases del procesamiento de cocaína. Habían apilado una gran cantidad de bidones metálicos de gasolina al otro lado del campamento. Fila tras fila de contenedores de plástico se alineaban junto a los bidones, llenos de productos químicos para procesar las hojas de coca hasta convertirlas en cocaína. Bajo las lonas se movían trabajadores vestidos con harapos y equipos de protección deficientes, con botas de goma hechas trizas y manchadas, delantales de plástico sucios y guantes de goma en las manos.

En la tienda más cercana a ellos, los obreros se afanaban en empapar las hojas de coca, extendidas sobre enormes láminas de plástico, con gasolina. En las otras tiendas continuaban el proceso, ya fuera remojando las hojas en productos químicos o secándolas para la siguiente etapa. En la última tienda secaban la pasta blanca hasta convertirla en cocaína pura terminada, la pesaban en ladrillos de un kilo y la envolvían en celofán.

Dos hombres armados estaban fuera, apoyados en una pila de ladrillos de cocaína a la altura de la cintura mientras charlaban.

Danny contó otros tres hombres armados salpicando el campamento. Todos parecían aburridos por la rutina tediosa del día a día, con la certeza de que trabajaban para Balthasar Delgado, lo que hacía de cualquier ataque una idea ridícula; nadie se metería con El Diablo. Danny tenía otros planes.

—¿Estáis en posición?— dijo Danny en voz baja por la radio.

—Sí, tenemos a la vista a dos guardias junto a una pila de ladrillos de cocaína—, respondió Edgar.

—Vale, arrastraos y pilladlos por sorpresa. Nosotros bajaremos y nos encargaremos de los tres guardias de este lado. No disparéis salvo que sea absolutamente necesario—, dijo Danny, deseando que a nadie le entraran ganas de apretar el gatillo.

Lo último que quería era armas semiautomáticas rociando el campamento a balazos. La mayoría de los trabajadores eran probablemente lugareños explotados o peones de campo, pagados con una miseria por pasarse el día respirando químicos para hacer a Delgado aún más rico.

Danny descendió la ladera con Tia y Miguel pegados a su espalda. Se agazaparon tras el gran generador que resoplaba en el fondo de la hondonada, con el olor a gasolina y a químicos quemándoles las fosas nasales y humedeciéndoles los ojos. Asomándose desde detrás del generador, Danny vio a Edgar y Samuel bajar con rapidez por la ladera del otro lado, con los dos guardias aún de espaldas a ellos y todavía recostados en la pila de ladrillos de cocaína. Uno de los otros guardias pasó junto a ellos por la parte más alejada del generador y se detuvo junto a un arbusto para mear.

—Tú encárgate de él, Tia. Miguel, sígueme—, susurró Danny.

Mientras Tia se acercaba por detrás del guardia que estaba meando, Danny y Miguel salieron de detrás del generador con los M16 en alto, apuntando a los dos guardias en medio del campamento. Al mismo tiempo, Tia clavó el cañón de su arma en la nuca del guardia meón, mientras Edgar y Samuel ordenaban a los dos de la pila de cocaína que soltaran las armas. Miguel gritó en español a los dos guardias del centro que tiraran los fusiles. Todos los guardias, sobresaltados, obedecieron, mientras los trabajadores

se quedaban donde estaban, paralizados, mirando desde debajo de las lonas con ojos asustados.

Recogieron todas las armas y luego hicieron que todos se movieran hacia el claro en medio del campamento.

—Edgar, diles que se vayan, que se alejen de aquí todo lo posible. Diles que se acerca una guerra, y viene a por El Diablo.—

Mientras Edgar traducía, Danny, Miguel y Samuel empezaron a rodar bidones de gasolina hacia las zonas cubiertas. Desatornillaron las tapas y dejaron que la gasolina borboteara sobre las hojas de coca en proceso, tosiendo mientras los vapores del combustible que se evaporaba les escocían la nariz.

—Vamos, hagámoslo rápido. Solo dos más sobre los ladrillos de cocaína y podremos prenderle fuego a todo y largarnos de aquí—, dijo Danny, desenroscando todos los tapones de los bidones de gasolina sin quitar el ojo del último trabajador mientras desaparecía en la selva.

Unos minutos después, volvieron a ponerse en pie sobre la cresta, por encima del campamento. Miguel encendió un trapo que colgaba de una botella llena de gasolina y la lanzó contra el río de gasolina que corría por la tierra alrededor de todo el campamento. La botella se hizo añicos, desapareciendo al instante dentro de una enorme bola de fuego. Las sendas de gasolina prendieron, disparándose hacia las zonas cubiertas por lonas como relámpagos. Enormes bolas de fuego envolvieron las hojas de coca y las pilas de cocaína, quemando las lonas en segundos y enviando grandes nubes de humo negro y espeso por encima del dosel de los árboles.

—Si eso no los saca a todos a buscarnos, ya no sé qué lo hará—, dijo Danny, apartándose por el calor del fuego.

—Sí, tenemos que irnos ya, alejarnos de aquí y encontrar un lugar seguro donde acampar esta noche. En un par de horas anochecerá—, dijo Edgar, dándose la vuelta para internarse de nuevo en la selva.

Todos se volvieron y lo siguieron, con la tensión ahogando cualquier broma o charla mientras escudriñaban la maleza densa en busca de signos de movimiento. Apenas habían avanzado unos minutos en su camino cuando explotaron los bidones de gasolina

que quedaban en el campamento. El estruendo fue ensordecedor y provocó una reacción en cadena de chillidos y aullidos en lo alto, de aves en pánico y monos asustados en los árboles. Una enorme nube en forma de hongo se elevó en el cielo muy por encima del dosel. Sus cuerpos se pusieron en tensión, sabiendo que era cuestión de cuándo, no de si, tendrían que luchar contra los hombres de Delgado.

VEINTINUEVE

A cuatro kilómetros, en los campos de coca al norte de ellos, Rico dejó de interrogar a un campesino sobre la dirección que había tomado el avión el día anterior. Se volvió con sus hombres hacia el sonido de la explosión. A lo lejos, una nube de humo negro y espeso se alzaba por encima del dosel del bosque.

—Rápido, todos, de vuelta al camión —gritó, saliendo corriendo del campo de coca.

Rico subió al asiento del acompañante en la cabina y dio un portazo. —Vamos, vamos, vamos, dale la vuelta.

—No hay espacio —se encogió de hombros el conductor, mirando la estrecha pista de tierra que tenía delante.

—Dale la vuelta. Ahora —gruñó Rico, sacando su pistola y sosteniéndola de forma intimidatoria sobre el regazo.

El conductor obedeció de inmediato. Sacó el camión de la pista de tierra de un salto y trazó un círculo arando el cultivo de coca, volvió a rebotar sobre la pista y se lanzó hacia el humo que se elevaba. Los últimos soldados de Delgado que corrían hacia la parte trasera del camión apenas lograron ser arrastrados por los demás cuando el vehículo aceleró hacia el bosque.

Tras quince minutos de pista, se toparon con dos de los guardias del campamento que corrían hacia ellos, haciendo señas. El camión se detuvo y Rico bajó las ventanillas.

—¿Qué ha pasado?

—Hombres armados con fusiles atacaron el campamento, señor Torres —dijo el guardia, nervioso.

—¿Qué hombres? ¿Cómo eran? —preguntó Rico, mirándolos desde arriba.

—Un gringo, cuatro colombianos y una mujer.

—¿Y no hicieron nada para detenerlos? —dijo Rico, furioso.

—Entraron tan deprisa que no pudimos hacer nada —dijo el guardia, sin atreverse a mirarle a la cara; el hombre a su lado hizo lo mismo—. Nos dieron un recado para el señor Delgado.

—Dígame —alzó la voz Rico.

—Dijeron que se acerca una guerra. Que viene una guerra por El Diablo —dijo el hombre, con la voz temblorosa.

Rico se quedó mirando al hombre, los ojos ardiéndole de furia, la mandíbula tan tensa que rechinaba los dientes.

—Suban atrás —acabó gruñendo, y apenas esperó a que hubieran subido cuando ya ordenó al conductor que siguiera.

Espoleado por Rico, el conductor llevó el camión más rápido de lo prudente durante otros diez minutos; los hombres de atrás se aferraban con fuerza para no salir despedidos. Vieron el humo y olieron la mezcla de combustible ardiendo y químicos antes de que lo que quedaba del campamento apareciera a la vista. Rico y el conductor bajaron del vehículo. Se quedaron mirando los restos humeantes mientras los dos hombres del campamento y los soldados de Delgado bajaban del camión y se colocaban detrás. Sin previo aviso, Rico se volvió, sacó su pistola y estiró el brazo, alternando el tiro entre los dos hombres del campamento.

—¿Y no hicieron nada para impedir esto?

Sin decir palabra, los soldados se apartaron de los dos hombres como si estuvieran malditos.

—Pero, señor Torres, no había nada que pudiéramos—

Aves y animales gritaron, sobresaltados por el repentino estampido de los disparos. Uno de los hombres se desplomó antes de pronunciar la última palabra. El arma de Rico apuntó de inmediato a la cabeza del otro. Este alzó las manos por delante y suplicó por su vida. Un segundo disparo tronó y abatió al guardia junto a su desdichado compañero.

—Dispérsense; si encuentran a alguien del campamento, dispárenle como aviso. Nadie le falla a El Diablo —gritó Rico, guardando la pistola en la funda.

—¿Y el gringo y los demás que han hecho esto? —le dijo el conductor.

—A estas horas ya estarán muy lejos y pronto anochecerá. Acamparemos aquí y los cazaremos por la mañana —dijo Rico, al oír un avión y alzar la vista hacia el dosel de los árboles.

El avión privado de Delgado sobrevoló la zona, describiendo un círculo en torno al humo ascendente antes de girar y poner rumbo a la hacienda.

—Tráiganme la radio —dijo Rico.

TREINTA

El Piaggio P-180 de Delgado, un bimotor turbohélice ligero de nueve plazas, viró sobre el mar Caribe. Descendió para aterrizar suavemente en la pista junto a la finca. Delgado y Garcia bajaron, entornando los ojos contra el sol bajo para ver a Felipe acercarse hacia ellos, con una radio delante.

—Rico —dijo Felipe, tendiéndosela.

Delgado se alejó a paso vivo de las hélices del avión, que se iban parando. Se dirigió por el portón a la finca antes de cogerle la radio a Felipe y contestar.

—Rico.

—Pearson y la mujer se han cargado la planta de procesado del norte. Tuvieron ayuda.

—¿Gringos?

—No, colombianos, tres, todos armados con M16.

Delgado se volvió para contemplar la selva, pensativo.

—Está anocheciendo. ¿Qué necesita?

—Acamparemos aquí esta noche y empezaremos a rastrearlos por la mañana. Envíe al resto de los hombres desde el sur a primera hora; los atraparemos en medio.

—Vale, bien, ¿y, Rico?

—Sí.

—Encuéntrelos y mátenlos. Tengo que volver a Bogotá esta noche. Mañana es día de elecciones. No puedo permitirme

problemas. ¿Me oye, Rico? —dijo Delgado, volviéndose hacia la finca.

—Sí, señor: los mataré.

Uniéndose a los demás, Delgado cruzó la terraza de la piscina hacia la casa.

—Felipe, nuestro amigo problemático ha destruido la planta de procesado del norte. Rico está allí ahora. Al amanecer, lleve a todos menos a un puñado de hombres y déjelos en el camino, cerca de nuestro campamento del sur. Dígales que avancen hacia Rico. Quiere atraparlos en medio. Los quiero a todos muertos. Pagaré una gran prima al que mate a ese hombre, Pearson, ¿vale?

—Sí, señor.

—Bien, ahora encuentre a Quinto. Dígale que prepare algo de comida para Diego y para mí mientras compruebo los progresos de Miller. Tenemos que volar de vuelta a Bogotá en un par de horas.

Mientras Felipe se marchaba, Delgado y Garcia pasaron junto a la gran escalera y se dirigieron a la sala de ordenadores. Delgado hizo un gesto para apartar al guardia que estaba fuera de la puerta y luego entró en la sala.

—Ah, me preguntaba cuándo iba a aparecer nuestro generoso anfitrión —dijo Scott con sarcasmo, sin apartarse del teclado.

—Tiene la lengua muy suelta, señor Miller. Puede que eso no le salga tan bien a su hermana —dijo Delgado, con la voz controlada, aunque la ira se notaba claramente en el tono.

—Vamos, no se altere; no querría que diera por terminado nuestro pequeño proyecto antes de las elecciones de mañana, ¿verdad? —dijo Scott, tecleando frenético hasta que apareció un gran cuadro *delete* en el centro de las seis pantallas. Scott se volvió para mirar a Delgado a los ojos, con el dedo suspendido sobre la tecla Intro.

Se produjo un tenso equilibrio mientras ambos hombres se sostenían la mirada; el dedo de Scott no abandonó el teclado, desafiando a Delgado a obligarle a pulsarlo.

Como si alguien apagara un interruptor, el rostro de Delgado se ablandó en una sonrisa. —Muy bien, señor Miller. Le pido disculpas por mi arrebato. Ha sido un día largo. Por favor; tengo entendido

que ha obtenido acceso completo al programa de resultados electorales. Muéstremelo.

Scott esperó unos segundos más para reafirmar su control de la situación y luego movió lentamente el dedo hasta la tecla Escape y la pulsó. Todas las pantallas parpadearon y volvieron a la normalidad. Solo para dejar claro a Delgado quién tenía el poder, aunque solo fuera allí, en la sala de ordenadores. Scott abrió el programa gubernamental de resultados electorales, con sus filas de distritos, partidos y votos.

—¿Cómo funciona? —dijo Delgado, inclinándose para mirar toda la información.

—He creado un programa dentro del programa. A medida que entran las cifras, aumenta sus resultados para que queden por encima del ganador. Lo hace de forma aleatoria entre un cuatro y un siete por ciento, para que nada resulte sospechoso. Es bastante ingenioso, modestia aparte. Me necesitará para retirarlo cuando terminen las elecciones. Si lo descubrieran después, los funcionarios sabrían que alguien manipuló los comicios. Y, a menos que pueda comprar a todo el Gobierno, le destituirían y habría que convocar una repetición electoral.

—Es usted realmente digno de su reputación, señor Miller. Excelente trabajo. Después de mañana seré presidente, y usted pondrá rumbo a Río de Janeiro con su hermana, dos millones de dólares más rico. El señor Rojas se reunirá con su esposa y todos seremos felices, ¿no? —dijo Delgado, con la sonrisa insincera de un político clavada en la cara.

—Mmm, si usted lo dice.

—Por supuesto. Soy un hombre de palabra, señor Miller —dijo Delgado, dándole una palmada a Scott en la espalda antes de salir de la sala.

Delgado y Garcia se dirigieron al comedor, donde el servicio había puesto la mesa. Quinto les llevó una selección de fiambres, pan y ensalada para que comieran.

—El último recuento entrará hacia medianoche. Para el desayuno seré presidente, amigo mío, y tú serás vicepresidente —se rió Delgado antes de alzar una copa de vino hacia Garcia.

Garcia alzó su copa en respuesta, con el gesto aún preocupado.

—¿Qué te pasa, Diego? ¿No estás contento?

—Claro, pero estaré más tranquilo cuando atemos estos cabos sueltos —dijo Garcia, con el gesto aún preocupado.

Delgado dio un sorbo de vino antes de dejar la copa.

—No te preocupes, amigo mío, Felipe y Rico encontrarán y se encargarán de Pearson y los demás por la mañana. Una vez que el señor Miller y el señor Rojas eliminen su programa del sistema, también los mataremos —Delgado hizo una pausa y dio otro sorbo a su bebida antes de continuar—. Creo que me llevaré a la hermana con nosotros esta noche. Quiero celebrarlo después de ganar las elecciones, antes de matarla también.

TREINTA Y UNO

Una mano sacudiéndole el hombro despertó a Danny de golpe. Ya tenía la pistola apuntando a la cara de la figura borrosa antes de que sus ojos alcanzaran a enfocar. Cuando lo hicieron, Tia estaba delante de él, un dedo en los labios. Los otros se alineaban detrás, pareciendo más una unidad militar que una familia de campesinos que luchaba por librarse de un tirano.

—Los hombres de Delgado están al norte, vienen desde la dirección de la planta de procesado a la que prendimos fuego ayer. Tenemos que irnos ya —susurró.

Danny saltó en pie y se equipó, luego siguió a Tia adentrándose en la selva densa.

—¿A qué distancia está la hacienda? —preguntó Danny tras media hora de caminata.

—Unos cinco kilómetros. Podrás verla en cuanto lleguemos a lo alto de esta colina —dijo Tia, señalando una pendiente empinada.

Reanudaron la marcha a buen ritmo cuesta arriba. Danny los siguió, sudando y respirando con dificultad, poco acostumbrado al calor húmedo de la selva tropical mientras mantenía el paso con los demás.

Definitivamente me estoy haciendo demasiado viejo para estas mierdas.

El terreno acabó por nivelarse en un lugar donde los árboles se abrían para ofrecerles una vista espectacular sobre el dosel de la selva. Una bandada de guacamayos cruzó su línea de visión mientras

miraban valle abajo, con su vivo plumaje rojo, amarillo y azul destacando de forma espectacular contra el verde intenso de la cubierta forestal. La hacienda de Delgado era visible a lo lejos, asentada en lo alto del acantilado sobre el turquesa mar Caribe. Danny se cubrió los ojos del sol mientras escrutaba la hacienda. Estaba demasiado lejos para distinguir grandes detalles, pero aun así alcanzó a ver a un grupo de figuras moviéndose junto a un par de camiones en la pista de aterrizaje vacía. Los observó subir a los camiones antes de incorporarse al camino de tierra y desaparecer de la vista entre la selva.

—Parece que tu plan de sacarlos prendiendo fuego al campamento ha funcionado —dijo Edgar a su lado.

—El único problema es que vienen directos hacia nosotros —dijo Miguel desde el otro lado.

—Será mejor que andemos con cuidado, entonces —dijo Tia, adelantándolos colina abajo hacia la hacienda.

—Ya te lo dije, no quieres enfadar a mi hermana —dijo Samuel con una sonrisa mientras seguía a Tia.

Danny se volvió y miró por encima del dosel de la selva por el que acababan de pasar. Una bandada de aves, sobresaltadas, graznó y alzó el vuelo a unos quinientos metros.

—No están muy lejos de nosotros —dijo Danny.

—Será mejor seguir moviéndonos —repuso Edgar.

—Hacia la trampa de Delgado.

—Es una selva enorme, amigo mío, nuestra selva, y nos la conocemos como la palma de la mano.

Caminaban desde hacía cerca de una hora. Resultaba difícil mantener la orientación entre la vegetación en penumbra. Danny no tuvo más remedio que confiar en Tia y los demás mientras avanzaban siempre cuesta abajo hacia la hacienda y el mar.

Danny oyó el sonido del motor de un camión, forzando a bajas revoluciones mientras se acercaba por un camino irregular. Tia alzó la mano antes de rodar detrás del tronco de un árbol grande. Danny se aplastó contra la maleza junto a Edgar, mientras Samuel y Miguel hacían lo mismo a unos metros a su derecha. Unos treinta metros a su izquierda, apenas distinguían el lateral de lona de un camión que

avanzaba a paso de tortuga por una pista embarrada y cubierta de maleza. El humo diésel resoplaba por la trasera cuando aceleraba, haciendo patinar las ruedas hasta que mordían y avanzaban. Se detuvo justo enfrente de ellos. Felipe saltó de la cabina y fue golpeando los laterales mientras avanzaba hacia la parte trasera. Bajó el portón y ocho soldados armados de Delgado saltaron al suelo. Escucharon a Felipe dando órdenes antes de desplegarse a lo largo del camino, internándose en la selva y dirigiéndose hacia ellos. Edgar ya estaba alineando las miras de su M-16 cuando Danny se inclinó hacia él.

—Sin ruido. Si conseguimos pasar junto a ellos hasta el camión, podemos conducirlo directamente a la hacienda de Delgado.

Edgar miró a Danny y asintió antes de arrastrarse hasta Samuel, Miguel y Tia para contarles el plan. Segundos después, empujaron las mochilas hacia la maleza que tenían delante, enterrándose entre helechos, brotes de árboles y restos de hojas, desapareciendo de la vista ante los ojos de Danny. Imitándolos, Danny se deslizó bajo la vegetación más tupida que encontró, hundiendo la cara en la tierra húmeda para esconder su piel blanca. Sacó el cuchillo de caza, afilado como una navaja, de su funda y lo deslizó bajo la capa de hojas para ocultar el brillo de la hoja. Conteniendo la respiración, permaneció absolutamente inmóvil.

No tardó en oír los inconfundibles sonidos de botas acercándose, ramas que se partían, el arrastre crujiente de brazos abriéndose paso entre la vegetación. En ese momento, Danny notó algo moverse sobre su pierna. Era ligero y se deslizó con agilidad por encima de sus nalgas antes de cruzarle la espalda. Luchando contra el impulso de entrar en pánico y sacudírselo, Danny se quedó helado, conteniendo el aliento. Con la cabeza medio enterrada en la tierra y solo un ojo visible, sintió la serpiente deslizarse por su hombro. La cabeza apareció primero en su campo de visión, con la lengua negra oscilando dentro y fuera mientras saboreaba el olor de su sudor en el aire. Desplazó medio cuerpo fuera de él, sobre el suelo de delante, y se enroscó para encararlo, la cabeza a unos centímetros del suelo, con sus ojos dorados fijos en los suyos. Bajo las hojas y la tierra, Danny aferró el cuchillo con más fuerza,

consciente del sonido del soldado que se acercaba. Identificó a la serpiente por la forma de la cabeza y las marcas como una víbora venenosa, posiblemente una *fer-de-lance* o *toboba* común. Una mordedura allí, a kilómetros de un hospital, le causaría graves hemorragias internas y una muerte dolorosa.

Vamos, sigue tu camino, colega. Jesús, si me ve estoy muerto; si me muerdes, estoy muerto. Lo que se dice estar entre la espada y la pared.

La serpiente se irguió, claramente agitada por la aproximación del soldado, pero aún concentrada en su cara. Todo el cuerpo de Danny se tensó, listo para lanzar el cuchillo de caza, afilado como una navaja, a la serpiente si intentaba morderle. El chasquido de ramas a pocos pies de distancia acabó por hacer que la serpiente girase la cabeza y se apartase, con las pisadas crujientes del soldado sonando peligrosamente cerca del oído de Danny. Se alejaron deprisa cuando el soldado gritó —*¡Cuidado, serpiente!*— para avisar a los otros de la presencia de serpientes.

Danny permaneció absolutamente inmóvil, conteniendo la respiración, con los pulmones ardiéndole durante unos minutos más, hasta que el sonido de los hombres de Delgado se desvaneció. Por fin exhaló antes de aspirar grandes bocanadas de aire, aliviado por no haber sido mordido ni tiroteado. Saliendo de la cobertura, se mantuvo agachado y se reunió con los demás mientras avanzaban sigilosamente, amparados por la selva, hacia el camión.

TREINTA Y DOS

Delgado entró en la sede de campaña entre aplausos atronadores. Había globos y pancartas por todas partes, y las pantallas mostraban los primeros votos junto a los nombres de los tres candidatos.

—Gracias a todos. Vuestro apoyo lo es todo para mí. Esperemos que a estas horas de mañana el pueblo de Colombia haya hablado con sus votos y que yo, Balthasar Delgado, sea vuestro nuevo presidente —dijo Delgado, luciendo su mejor sonrisa de político mientras estrechaba manos.

En cuanto pudo zafarse, se acercó a Garcia. —Dime —exigió, con la sonrisa borrada al instante.

—Felipe ha dejado a los hombres. Va de vuelta a la finca para vigilar al señor Miller mientras llegan los resultados.

—Muy bien. Quiero saberlo en cuanto Pearson y los demás estén muertos, al segundo. ¿De acuerdo, Diego?

—Sí, señor.

Delgado se dio la vuelta y, como si encendiera un interruptor, su rostro volvió a ser el que veía el público mientras se mezclaba con sus simpatizantes.

***

—Vale, volvamos —ordenó Felipe al conductor.

—Sí, señor Torres.

El conductor puso en marcha el camión y lo hizo avanzar a trompicones, tirando del volante para sacarlo de la pista de tierra. Crujió y arañó su camino entre la maleza antes de meter la marcha atrás y devolverlo a la pista para orientarlo en la dirección por la que habían venido. Un golpe seco en la parte trasera hizo que el conductor detuviera el vehículo. Felipe y el conductor se miraron y luego miraron por los retrovisores laterales. Todo parecía en orden.

—Tú, por ese lado —dijo Felipe; ambos sacaron las pistolas antes de abrir las puertas y echar otra mirada cautelosa hacia la parte trasera por los laterales del camión.

Saltaron al barro; Felipe se agachó para mirar bajo el chasis. Al verlo despejado, se incorporó y avanzó chapoteando por el lateral, con el arma apuntando a la plataforma cubierta con lona, que no revelaba nada del origen de los golpes. Llegó a la esquina trasera, se pegó a la carrocería y se asomó con el arma por delante. En imagen especular, el conductor giró desde el otro lado, ambos apuntando a la nada. Se volvieron hacia la portezuela trasera y, con cautela, metieron una mano para agarrar una esquina de la lona que ocultaba lo que había dentro. Con las pistolas preparadas, Felipe asintió al conductor y marcó con los labios una cuenta hasta tres. Apenas había formado el tres cuando el frío metal de unos cañones se les clavó en la base del cráneo. Ambos se quedaron inmóviles y alzaron las pistolas sin oponer resistencia. Danny y Tia se las quitaron. La lona se abrió delante de ellos y dejó al descubierto las sonrisas de Edgar, Samuel y Miguel tras sus fusiles apuntándoles.

—Estáis todos muertos —dijo Felipe, desafiante.

—Sí, sí, ¿dónde he oído eso antes? —dijo Danny, evaluando el tamaño del conductor—. Tú, a la caja y desnúdate. ¿Qué te parece, Miguel? Más o menos de tu talla, ¿no? Ponte la ropa del conductor y ven delante.

—Como te mees encima, te mato, ¿entendido? —dijo Miguel, arrancándole la gorra de béisbol de la cabeza al asustado conductor.

Mientras Miguel y Edgar arrastraban al conductor a la parte trasera, Tia y Danny llevaron a Felipe a empellones hasta la cabina. Tia subió primero y comprobó el espacio detrás de los asientos. Era lo bastante grande como para que se apretujaran Danny y ella. Tia

entró primero, de rodillas tras el asiento del acompañante. Danny empujó a Felipe y lo sentó, dejando que Tia lo cubriera mientras él rodeaba el camión y subía por el lado del conductor. Le costó más por su tamaño, pero consiguió quedar por debajo de la altura del respaldo con un ángulo limpio para disparar a Felipe si intentaba algo. Unos instantes después, Miguel se subió, vestido como el conductor. Cerró de un portazo y condujo el camión por la resbaladiza pista de tierra hacia la finca.

—En la finca hay cien hombres. No vais a entrar jamás —dijo Felipe con desprecio.

—Para empezar, eso es mentira. La finca no es tan grande, y cuando sobrevolamos no vi ningún barracón; y segundo, la mayoría de los hombres que tienes están ahí atrás, en la selva, buscándonos. Apuesto a que no hay más de media docena en la finca.

Felipe no contestó a Danny; se quedó quieto, mirando por el parabrisas.

—Control más adelante —dijo Miguel, calándose la gorra de béisbol para ocultar la cara.

—Diles que nos dejen pasar o te pego un tiro a ti y a ellos.

Felipe no necesitó decir nada. El simple hecho de verlo en el asiento del acompañante hizo que los hombres se cuadraran y bajaran la barrera contrapesada para apartarla del camino. Tras unos minutos más de botes —con Danny maldiciendo por ir aplastado detrás del asiento—, apareció la torre de comunicaciones que se alzaba sobre la finca. Con la pista de aterrizaje ya a la vista al final del camino, el camión cayó en un bache enorme que los volcó a todos hacia un lado. Felipe aprovechó el vaivén, abrió la puerta del acompañante y se arrojó fuera antes de que Danny pudiera agarrarlo. En un instante estuvo en pie y echó a correr selva adentro.

—Mierda, voy a por él —gritó Danny, desenredándose de detrás del asiento del conductor.

Empuñando su pistola, Danny se lanzó entre los asientos, cayó por la puerta del acompañante aún oscilante y rodó hasta ponerse en pie. Corrió a toda velocidad tras Felipe, zigzagueando entre los árboles, guiándose por el crujir de ramas y el chasquido de ramitas,

con los ojos siguiendo el vaivén de la maleza removida que trataba de volver a su sitio al paso de Felipe. Un tronco, blandido como un bate, emergió tras un árbol y golpeó a Danny en pleno pecho cuando avanzaba. El impacto lo sacó del suelo de un empellón, vaciándole los pulmones, y su pistola se disparó al aire al salir despedida de su mano.

Aturdido, Danny sorbió aire de nuevo a los pulmones y enfocó a Felipe cuando este salió girando de detrás del árbol. Con el tronco en alto sobre la cabeza, Felipe lo descargó hacia el cráneo de Danny. Este rodó a un lado y le asestó una poderosa patada en la rodilla. La pierna de Felipe se le dobló y el tronco se clavó en el tapiz de hojas a pocos centímetros de la cabeza de Danny. Rodó a un lado, agarró el tronco y le plantó una bota en la cara a Felipe mientras este caía de rodillas. El golpe le echó la cabeza hacia atrás y el cuerpo siguió la inercia, dejándolo de espaldas en el suelo.

Ambos se incorporaron a rastras. Felipe recogió algo brillante entre la maleza junto a él. Al darse cuenta de que era su pistola, Danny explotó hacia delante. Le sujetó la muñeca con una mano y con la otra le enganchó el cuello, apretando como un torno. Resonaron disparos entre los chillidos de monos sobresaltados y pájaros en estampida. Con la mano libre, Felipe empezó a martillearle el costado a Danny hasta que el agarre del cuello cedió. Otro golpe más y Danny soltó la mano para protegerse el flanco. Felipe le agarró el otro brazo y empezó a retorcerlo poco a poco mientras Danny intentaba, desesperado y en vano, impedir que el arma le apuntara a la cabeza. Danny tanteó hacia abajo, encontró el cuchillo de caza en su funda y, temblando por el esfuerzo, con los músculos del brazo en llamas, lo sacó y lo hundió hacia arriba, bajo la barbilla de Felipe. Empujó con más fuerza, sin parar hasta que la hoja desapareció hasta la empuñadura. El cuerpo de Felipe se aflojó y quedó colgando del brazo tembloroso de Danny hasta que este lo dejó caer al suelo. Respirando con dificultad, Danny sacó el cuchillo y recogió su pistola. Limpió la hoja en el cadáver de Felipe, luego se volvió despacio y regresó al camión.

TREINTA Y TRES

—¿Nada? —gritó Rico a los soldados que se acercaban.

—No, nada —respondió el hombre, avanzando para unirse a los hombres de Rico.

Rico se volvió para ver a los últimos hombres de Felipe salir del bosque. Negaron con la cabeza.

—Quizá se alejaron de la finca, al norte, hacia el río.

—No, ese tipo, Pearson, no abandonará a su amigo —dijo Rico, girando la cabeza al oír un disparo—. Todos se quedaron helados, mirando hacia el sur al ver pájaros alzarse de las copas de los árboles cerca de la finca. Sonaron dos tiros más, lo que hizo reaccionar a Rico de inmediato.

—Al camión, ahora —gritó, corriendo hacia el vehículo—. ¿Qué está pasando? —vociferó por la radio mientras se dejaba caer en el asiento del copiloto.

—No lo sé. Felipe pasó en el camión y luego oímos disparos en algún lugar cerca del aeródromo. Vamos hacia allí ahora —llegó la voz del centinela del control.

—Llámeme en cuanto encuentre algo —dijo Rico, impaciente—. Felipe, ¿dónde estás? Estamos de vuelta en camino. Adelante, Felipe.

Esperó, escuchando solo estática mientras el último hombre subía a la parte trasera del camión y este arrancaba, traqueteando por el camino lleno de baches todo lo rápido que podía.

—Felipe, contesta, Felipe. Haz que esta chatarra se mueva más deprisa, ahora —le gritó Rico al conductor.

Asustado de que Rico pudiera pegarle un tiro y conducir el camión él mismo, el conductor pisó a fondo. El camión dio un bandazo hacia delante, rebotando de manera precaria entre los árboles, y los soldados de atrás tuvieron que volver a agarrarse como si les fuera la vida en ello.

Al poco, cruzaron a toda velocidad el control abierto y se detuvieron más adelante, donde Felipe se había apeado antes. Los centinelas del control aparecieron al oír acercarse el camión y les hicieron señas para que parasen.

—¿Qué pasa? —gritó Rico por la ventanilla.

—Señor Torres, es su hermano. —Bajaron la mirada e inclinaron la cabeza en señal de respeto por el muerto.

—¿Mi hermano? ¿Dónde está? —exigió Rico, saltando del camión.

—Está por aquí. Lo siento, señor Torres, Felipe está muerto —dijo uno de los hombres, guiando a Rico entre los árboles.

Cuando llegaron al cuerpo de Felipe, empapado en sangre, Rico se dejó caer de rodillas junto a su gemelo. Se quedó allí, mirando a su hermano, hasta que entornó los ojos y los músculos de la mandíbula se le tensaron a medida que crecía su rabia.

—Ustedes dos, cojan a mi hermano y pónganlo en la parte de atrás del camión —dijo, poniéndose en pie y alejándose a zancadas, dejándoles a ellos cargar con el cuerpo.

Rico volvió a subir al asiento del copiloto y se quedó en silencio, mirando a través del parabrisas. El conductor también guardó silencio, sin atreverse a hablar hasta que Rico le diera la siguiente orden. Mirando por el retrovisor lateral, vio a los dos hombres llevar el cuerpo de Felipe hasta la parte trasera del camión. Unos segundos después sintió cómo el camión se balanceaba cuando lo subieron atrás y se montaron. Dos golpes en la trasera de la cabina señalaron que estaban listos para salir.

—Conduzca —dijo Rico, sacando las dos pistolas de las cartucheras de hombro para tenerlas sobre el regazo, listo para entrar en acción.

TREINTA Y CUATRO

Salieron a toda prisa de la cobertura del bosque hacia la pista, con el barro salpicando de los neumáticos cuando Miguel giró el camión hacia las puertas de la finca. Al tomar la curva, Danny abrió fuego con el fusil M-16, las piernas bien abiertas dentro de la cabina para no caerse mientras asomaba la cabeza y el torso por la ventanilla para disparar. Cogidos por sorpresa, los dos hombres de la puerta descartaron cualquier idea de devolver el fuego y se lanzaron a cubierto cuando las balas se incrustaron con golpes sordos en la pesada puerta de madera.

—¡Atraviesa la puerta sin más, ¡dale, dale, dale!—gritó Danny a Miguel.

Miguel pisó el acelerador a fondo y el camión, torpe y pesado, empezó a ganar velocidad. Impactó en el centro mismo de la puerta, partiendo la barra de cierre de atrás en astillas al irrumpir. Cortando por fuera del camino, Miguel abrió un surco en el césped, directo hacia la terraza de la piscina. El fuego automático por detrás les hizo a Danny volver la cabeza. Los dos hombres de la puerta se agitaban torpemente; uno disparó al aire mientras daba un espasmo y caía al suelo, abatido por los tiros de Edgar y Samuel desde la parte trasera del camión.

El camión se detuvo en seco cuando el frontal chocó contra el murete bajo que rodeaba la terraza, mandando ladrillos y tiestos ornamentados a chapotear a la piscina. Danny y Miguel saltaron fuera a toda velocidad, se arrodillaron tras el muro con las armas

apuntando por encima hacia los grandes ventanales del patio. Segundos después, Tia, Edgar y Samuel salieron para unirse a ellos.

—¡Agachaos! —gritó Danny, soltando unos tiros contra uno de los soldados de Delgado cuando asomó la cabeza por las puertas y obligándole a retroceder al interior.

—Vamos —dijo Edgar.

—No, no, espera. Miguel, ¿podéis tú y Samuel volar esa torre de comunicaciones con la dinamita?

—Sí, supongo, si colocamos las cargas alrededor de uno de los montantes.

—Bien. Id y hacedlo. Evitará que los hombres de Delgado se comuniquen y les dificultará organizar una batida cuando salgamos de aquí.

—¿Y la casa?

—Nosotros nos ocupamos de la casa. Vosotros volad la torre y reuníos con nosotros dentro.

Miguel y Samuel salieron a toda prisa bordeando el murete bajo y se dirigieron hacia la parte trasera de la casa.

—Vale, cubridme mientras entro y luego yo os cubro mientras os unís a mí. Así va esto: vosotros cubrís, yo me muevo, os unís. ¿Vale?

—Vale, lo tenemos —dijo Tia, ansiosa por seguir y encontrar a su marido.

Danny asintió y se deslizó hasta los escalones que subían a la terraza mientras Tia y Edgar apuntaban por las miras de sus fusiles buscando movimiento en la casa. Tras tomar varias respiraciones profundas, Danny tensó las piernas, enfocó la casa y soltó. Rodeó la piscina en carrera, el fusil encajado en el hombro mientras apuntaba por las miras. Se metió de un salto en un gran comedor y se pegó plano a la pared junto al marco de la puerta que daba al vestíbulo. Miró atrás hacia Tia y Edgar y les hizo señas para que se unieran a él. Mientras ellos rodeaban la piscina, Danny echó un vistazo al vestíbulo y se retiró en seco cuando Arvin tiró a boleo hacia su cabeza. Las balas destrozaron el marco, lanzando astillas afiladas como cuchillas dentro de la estancia. Apoyando el M-16 contra la pared, Danny sacó las dos pistolas de la parte trasera del cinturón

del pantalón. Contó hasta tres y se lanzó al quicio a ras de suelo, con ambos brazos extendidos y las armas por delante.

Arvin seguía apuntando, con las manos temblorosas, a la altura de la cabeza y al vacío. Para cuando vio su zambullida baja, Danny ya había apretado dos veces ambos gatillos, enviando balas al centro de masas y estampando a Arvin contra la pared del otro lado del vestíbulo. Mientras Arvin se deslizaba lentamente por la pared hasta quedar desplomado en el suelo, Danny volvió a ponerse en pie de un salto. Entró en el vestíbulo, con los ojos y las armas moviéndose al unísono mientras barrían hacia delante y hacia las dos escaleras gemelas de trazo curvo.

—Primero la planta baja —dijo Danny cuando Tia y Edgar aparecieron a su lado.

Danny pasó de largo las escaleras y giró por un pasillo, con Tia y Edgar cubriendo las puertas laterales y la retaguardia a su paso. Un hombre apareció al fondo tirando de una puerta para cerrarla tras de sí antes de volverse y alzar el arma. Danny se le adelantó, pegándole un tiro en el hombro antes de que nivelara el arma. Esta cayó al suelo con estrépito cuando el hombre se desplomó llevándose la mano a la herida. Se acercaron a él mientras se retorcía en el suelo de dolor, Edgar cubriéndolo con el fusil mientras Danny centraba su atención en la puerta de la que había salido. Metiéndose una pistola en el cinturón para poder agarrar el pomo, Danny se preparó para entrar, con la otra lista para disparar a cualquier hostil dentro.

Vale, uno, dos, tres.

Bajó el pomo de un tirón y empujó la puerta tan rápido como pudo.

TREINTA Y CINCO

—¿Has oído eso, viejo? ¿Qué demonios está pasando ahí fuera? —dijo Scott al sonido de los disparos y de un estruendo cuando el portón se astilló.

Cuando más disparos resonaron en algún lugar de la casa, Scott apartó la vista de las cifras electorales al alza para mirar a Luis. Ambos se quedaron inmóviles, sin saber qué hacer. El sonido de los tiros se hizo más intenso y unos pasos que se acercaban les hicieron mirar la puerta con aprensión. Los dos dieron un brinco cuando esta se abrió de golpe y apareció Quinto, con los ojos muy abiertos, empuñando una pistola.

—Quedaos aquí y no salgáis —gritó, tirando de la puerta para cerrarla de nuevo.

—¿Dónde está mi hermana? —le gritó Scott.

—Me pregunto qué estará pasando —dijo Luis.

—Pues creo que estamos a punto de descubrir— —Scott se interrumpió cuando los disparos resonaron en el pasillo y fueron seguidos de un gemido de dolor—. —Fuera —dijo Scott, terminando la frase.

La puerta se abrió de golpe antes de que Luis pudiera contestar: apareció primero una pistola y después la cabeza de Danny. Quinto estaba en el suelo del pasillo, gimiendo de agonía mientras se sujetaba la mano contra la herida de bala del hombro.

—Buenas tardes, Daniel, qué detalle unirte a nosotros. ¿Te importaría preguntar a nuestro amigo del suelo en qué habitación

tienen a Nikki? —dijo Scott con una sonrisa.

—¿Cómo? ¿Nikki? ¿Está aquí? ¿Cómo? —dijo Danny, sorprendido.

Antes de que pudiera responder, Tia asomó la cabeza por la puerta; el alivio se le notó en cuanto vio a su marido. Se apartó de Danny y abrazó a Luis con fuerza, con lágrimas rodándole por las mejillas.

—Sí, la trajeron en avión ayer —siguió Scott.

Scott apenas terminó la frase cuando Danny volvió al pasillo, se tiró al suelo y agarró a Quinto. Ignorando sus alaridos, Danny hundió el pulgar en la herida de bala.

—¿Dónde está? —gruñó, soltando la presión en su hombro.

—Aquí no está. Delgado se la llevó con él —gruñó Quinto, respondiendo a trompicones, tragando aire para poder hablar del dolor.

—¿Adónde se la llevó? —gruñó Danny, echando el brazo atrás para darle un puñetazo sin piedad en el hombro y volviendo con el puño ensangrentado, listo para otro golpe.

—No, no, no lo hagas. A Bogotá, se la llevó a su casa de Bogotá —suplicó Quinto entre dientes.

—Joder —aulló Danny, y le soltó a Quinto un puñetazo entre ceja y ceja, furioso de frustración, dejándolo seco—. Hora de irse —dijo a los pocos segundos, aún sombrío pero con las emociones otra vez bajo control.

—Espera, tengo que hacer algo —dijo Scott, abriendo ventanas en las pantallas del ordenador y tecleando a toda velocidad.

Antes de que Danny pudiera protestar, hubo una explosión enorme en la parte trasera de la finca. Samuel y Miguel habían volado con dinamita las patas de la torre de comunicaciones. Un silencio sobrecogedor siguió a la explosión. Rápidamente, chirridos y golpes metálicos sustituyeron al silencio cuando el esfuerzo sobre los soportes restantes los hizo doblarse y colapsar. La torre cayó en dirección contraria a la casa y se estrelló contra los paneles solares con un estruendo ensordecedor. Una lluvia de cristales se catapultó alto en el aire antes de volver a caer sobre los restos.

—Dios mío, ¿qué habéis hecho? —dijo Scott, presa del pánico ante el mensaje de pérdida de señal parpadeando en las múltiples

pantallas.

—Nos hemos cargado sus comunicaciones, tío. Estarán a ciegas mientras nos largamos y no podrán contactar con Delgado para contarle lo que pasa. Déjalo, Scott, venga, es hora de irse —dijo Danny, extrañado por la reacción de Scott.

—No, no lo entiendes. Le programé una sorpresa a Delgado. Cuando se cuenten los últimos votos y el reloj marque medianoche, mi programa se activará. La pantalla de resultados mostrará el voto real y el falso, uno al lado del otro. Sesenta segundos después, un montón de documentos incriminatorios que hackeé del ordenador de Delgado desfilarán por la pantalla de resultados. Todos los canales de noticias lo emitirán por toda Colombia, y por el resto del mundo, ya que estamos. Delgado sabrá que fui yo quien le tendió la trampa y se vengará de Nikki seguro.

—Por el amor de Dios, joder, ¿puedes pararlo, Scott? ¿Ganarnos más tiempo? —preguntó Danny.

—Eso, querido chico, era exactamente lo que estaba haciendo justo antes de que volaras la conexión a internet. Así que no, no puedo pararlo.

—Mierda. Vale, primero lo primero: salir cagando leches de aquí. Luego ya veremos cómo volver a Bogotá antes de medianoche y recuperar a Nikki —dijo Danny.

El sonido de gente acercándose cortó la conversación. Danny y Edgar giraron sus armas, aliviados al ver que solo eran Samuel y Miguel.

—Hora de irse, hermano, tenemos compañía —dijo Samuel.

Salieron hacia el comedor, en dirección a las puertas del patio que daban a la terraza de la piscina. Danny le pasó la pistola a Scott y recogió el M-16 que había dejado apoyado contra la pared antes. Abriendo la marcha, Danny entró en el comedor y miró por las cristaleras del patio hacia la piscina y los jardines más allá. Se le abrieron los ojos de par en par y se lanzó de vuelta tras un aparador pesado. La gran extensión de puertas plegables del patio estalló hacia dentro, llenando la estancia de lado a lado con millones de destellos de cristal. El ruido fue ensordecedor. Las balas barrieron la vajilla colocada en el centro de la mesa del comedor y se incrustaron

en la pared de enfrente. Pequeñas nubecillas de yeso estallaron en el aire. Cuando terminó la andanada, Danny se sacudió el vidrio del pelo rebelde. Rodó desde detrás del aparador y disparó ráfagas cortas de vuelta contra Rico y sus hombres, encaramados tras el muro de la finca. Los mantuvo a cubierto unos segundos antes de que cabezas y armas volvieran a asomar por encima del muro y otra lluvia de balas destrozara la habitación.

—Atrás. Hay que buscar otra salida —gritó Danny por encima del estruendo mientras se arrastraba boca abajo de vuelta al pasillo.

—¿Cómo vamos a salir? —dijo Edgar.

—Eh, espera, déjame pensar —dijo Danny, mirando por la pequeña ventana junto a la puerta principal.

Rico y los soldados se estaban moviendo hacia la verja, listos para asaltar la casa.

—Bien, mientras te estrujas el cerebro, Daniel, si todos me queréis seguir, hay otra salida. Por aquí, por favor —dijo Scott, haciéndoles señas mientras iba hacia la puerta de la bodega bajo la escalera y la abría.

—Scott, ¿pero qué coño haces? Si nos encerramos en una bodega, firmamos nuestra propia sentencia de muerte.

—Oh, no lo creo, querido chico. Venid y os lo enseño —dijo Scott con cierta suficiencia.

Todos bajaron los peldaños con Danny siguiéndoles a regañadientes. Danny puso los ojos en blanco cuando llegó al fondo y descubrió que estaban en una bodega cuadrada y amplia sin salida alguna.

—Por joder, Scott —dijo Danny, dándose la vuelta para subir de nuevo las escaleras.

Puso un pie en el primer escalón cuando oyó el crujido y el chirrido de la rueda en la base de la puerta pesada al rodar por el suelo de piedra. Al volverse, Danny pilló la sonrisa de Scott y el largo túnel que se abría a su lado perdiéndose en la distancia.

—Por aquí, gente. Daniel, sé buen chico y cierra la puerta al pasar —dijo Scott, echando a andar delante.

Danny miró la puerta antes de cerrarla. Volviendo a la bodega, sacó algunas de las lamas de madera en las que se encajaban las

botellas. Empujó la puerta hasta cerrarla y calzó las lamas en el hueco estrecho entre la base y el suelo de piedra, dándoles patadas hasta que quedaron bien encajadas.

TREINTA Y SEIS

—Vosotros, avanzaos y colocaos detrás del camión— ordenó Rico, señalando el vehículo siniestrado junto a la terraza de la piscina.

Los hombres le miraron con recelo antes de armarse de valor y salir corriendo hacia el camión; el miedo a lo que les haría Rico si desobedecían pesó más que el miedo a que Danny y los suyos, dentro de la casa, les pegaran un tiro. Llegaron al camión sin que se disparara un solo tiro. Por costumbre, Rico intentó hablar con ellos por la radio cuando estuvieron en posición. Al darse cuenta de que era inútil con la torre de comunicaciones fuera de servicio, la tiró al suelo presa de la rabia. Sacó el móvil por si había suerte y pillaba algo de cobertura para llamar a Delgado. Este le devolvió la mirada sin ni una sola barra de señal en la pantalla.

—Su muerte será lenta y dolorosa, lo juro. Haré que pague, Felipe— murmuró Rico, mirando de nuevo al camión con el cuerpo de su hermano gemelo en la parte de atrás—. En marcha.

A la orden de Rico, irrumpieron por las verjas rotas y corrieron hacia la casa, pegándose al murete de la terraza de la piscina. No llegó ningún disparo ni hubo movimiento desde la casa. Rico dividió a los hombres y entró por las puertas acristaladas del patio, ahora sin cristales. Los otros se encaminaron a la puerta principal y a la cocina, al otro lado de la casa. Avanzaron despacio, despejando cada estancia a su paso. Todo estaba en silencio salvo por el crujido del vidrio bajo las botas; un gemido de dolor resonó desde el pasillo

hacia la parte trasera de la casa. Con ambas pistolas por delante, Rico entró en el recibidor y se volvió hacia el sonido. Vio a Arvin muerto contra la pared. Un ruido hizo que el grupo de Rico se girara en redondo, conteniendo el fuego cuando el resto de sus hombres apareció desde la cocina.

—Registrad la planta de arriba— dijo Rico, haciendo señas a los demás para que le siguieran.

Pasó junto a las dos escaleras y siguió el sonido. Asomando la cabeza al pasillo del fondo, vio a Quinto. Se había arrastrado hasta sentarse, apoyado en la pared, con la mano presionando la herida de bala para contener la hemorragia.

—¿Cuántos son?— dijo Rico, con la voz fría, sin el menor atisbo de preocupación por la herida de Quinto.

—Cinco: el tal Pearson, la mujer de Rojas y otros tres— dijo Quinto entre gruñidos de dolor.

—¿Adónde han ido?

—No lo sé. Oí todos los tiros y luego la casa se quedó en silencio. Rico, necesito un hospital, por favor.

Rico le miró desde arriba. Su expresión siguió impasible mientras alzaba la pistola a la altura de la cabeza de Quinto.

—Rico, no, Rico.

El disparo retumbó por el pasillo. Sus hombres llegaron corriendo, armas en alto y listos. Se detuvieron en seco y se apartaron en silencio al ver a Rico de pie sobre el cadáver de Quinto. Ninguno se atrevió a cuestionar sus actos.

—¿Y bien? ¿Dónde están?— gritó Rico mientras volvía al vestíbulo.

Los hombres regresaron de su batida por la planta superior negando con la cabeza. Rico se quedó en medio de las dos escaleras, abstraído. A los pocos momentos se volvió lentamente hacia la puerta de la bodega.

—Van hacia la cueva. Vosotros, conmigo; el resto, entrad por el hangar y cortadles el paso. ¡Moveos!— gritó, abriendo la puerta de un tirón.

Bajando con cautela las escaleras hasta la bodega, Rico se dirigió a la puerta oculta del túnel. Tiró de la botella para soltar el pestillo.

No pasó nada. La puerta siguió firmemente cerrada. Empujó el tramo de estantería que debería haberse abierto. Notó que la parte de arriba cedía un poco hacia dentro, pero la de abajo no se movía.

—Dame eso— dijo, guardando las pistolas en las cartucheras para coger un rifle M-16 de manos de uno de los hombres—. Atrás.

Todos hicieron lo que dijo. Rico puso el selector del fusil en automático y disparó a la base de la puerta. Ni se inmutó mientras el vidrio, la estantería y trozos de la puerta volaban a su alrededor. La parte inferior acabó por desintegrarse, abriéndose hacia dentro justo cuando el fusil se quedó seco con un chasquido. Le devolvió el arma, desenfundó las suyas y se internó por el túnel por delante de sus hombres.

TREINTA Y SIETE

—Ahí vienen, chicos —dijo Danny, al oír los ecos de los disparos muy atrás, a su espalda.

—Ya casi estamos —dijo Scott, bajando los últimos peldaños antes de que el túnel desembocara en la cueva.

—¿Casi dónde, Scott? ¿Qué hay ab—? —dijo Danny, quedándose sin palabras cuando salieron a una cueva enorme.

—Delgado está usando un submarino para pasar su cocaína de contrabando. Estuvo aquí el otro día. Debe de estar ahora arriba, moviendo cocaína por la costa hacia los Estados. La forma perfecta de mover su producto. Sale a superficie frente a la costa de Florida junto a un barco de pesca para el intercambio. Bueno, algo por el estilo, en fin —dijo Scott, bastante satisfecho de sí mismo. Señaló los palés del muelle, uno cargado con bloques de billetes envueltos en plástico y otro con ladrillos de cocaína.

—Sí, muy impresionante, Scott, pero si no te importa, tenemos asuntos más urgentes —dijo Danny, adelantándolos al correr para subirse a la carretilla elevadora.

—Eh, sí, perdón, por supuesto. Por aquí, todos; podemos salir por esa pendiente de allí. Conduce al hangar de la pista.

Mientras los otros avanzaban por el muelle, Danny hizo girar la carretilla elevadora y levantó el palé de ladrillos de cocaína, de casi dos metros de alto. Lo condujo de vuelta a la boca del túnel. Gritos y disparos sonaron desde dentro cuando enderezó la carga. Pequeñas nubecillas de polvo de cocaína aparecieron sobre la pila al impactar

las balas en los ladrillos del otro lado. Danny empujó la carga y la carretilla hacia delante, encajándolas con fuerza contra la entrada del túnel, sellándola desde la cueva y amortiguando el ruido hasta convertirlo en silencio.

Eso debería tenerlos entretenidos un rato.

Uniéndose a los demás al otro lado, Danny se acercó a Edgar, que contemplaba el palé cargado con millones de dólares en fajos envueltos en plástico.

—Lo siento, amigo, ya vamos a tener bastante con salir vivos de aquí como para intentar cargar también con el dinero —dijo Danny, dándole una palmada en la espalda.

Edgar se arrancó a mirarlo y asintió antes de trepar por la pendiente de hormigón y roca junto con los otros. La siguieron hacia arriba, saliendo de la cueva a un túnel amplio excavado en la roca. El interior estaba iluminado por una hilera de luminarias fijadas cada cinco metros al lateral de la pared.

—Por aquí bajan los camiones. Los he visto. Descargan la cocaína y luego giran el camión en esa especie de plataforma giratoria del fondo. El camión vuelve a subir por aquí hasta el hangar, junto a la pista —dijo Scott, intentando distinguir el final del túnel en la oscuridad de delante.

El zumbido de motores eléctricos más adelante les hizo detenerse y alzar las armas.

—No me gusta cómo suena eso —dijo Edgar, cuando una rendija de luz iluminó el extremo de la cueva que tenían delante. El suelo del hangar superior empezó a descender sobre dos grandes brazos hidráulicos. Aparecieron piernas, bocas de fusil y manos —y muchas — en la rampa para camiones que bajaba.

—De vuelta por el túnel, ahora —dijo Danny, retrocediendo al trote mientras los otros se iban por delante, con sus pistolas enfocando la abertura cada vez mayor.

Los hombres de Delgado se agacharon para ver por el túnel antes de que la plataforma terminara de bajar. Vieron a Danny a lo lejos y abrieron fuego. Por suerte, su posición hacía imposible apuntar bien. Danny se cargó a unos cuantos mientras se retiraba, con balas silbándole cerca, altas y desviadas.

—Miguel, ¿te queda dinamita? —gritó Danny, saliendo del túnel hacia la cueva.

—Sí, me quedan un par de cartuchos —respondió Miguel, quitándose la mochila del hombro.

—Tíralos de una puta vez por el túnel y date prisa.

—No va a hacer gran cosa si no está enterrada en la roca —dijo Miguel, sujetando los dos cartuchos mientras encendía la mecha.

—Les mantendrá a raya mientras pienso —dijo Danny, dejando a Miguel para volver a saltar a la rampa.

Arrojó la dinamita lo más arriba posible por la cueva y se volvió de inmediato para saltar a cubierto cuando una granizada de balas le pasó zumbando al lado. La mecha solo daba para unos segundos, pero pareció cosa de minutos hasta que la dinamita explotó, ensordecedora en la estrechez de la cueva.

Mierda, piensa, ¿cómo salimos de esta?

Las cuchilladas de luz que se abrían paso por el agua desde el túnel submarino hacia el exterior le dieron la respuesta.

—Tendremos que nadar, por debajo del agua, salir por la boca de la cueva.

—¿Estás seguro, viejo amigo? No sabemos cuánta distancia hay. Podemos ahogarnos —dijo Scott, mirando la mancha de agua iluminada, frunciendo el ceño.

—A juzgar por la cantidad de luz que entra, no puede estar muy lejos. Además, o eso o que nos peguen un tiro, y tengo claro lo que prefiero —dijo Danny, encajando las pistolas en la parte trasera del pantalón antes de quitarse la mochila y la chaqueta.

Sin tiempo para darle vueltas, los demás hicieron lo mismo y siguieron a Danny cuando echó a correr hasta el final del embarcadero y se zambulló. Nadaron hasta la pared de roca, con la luz del exterior de la cueva danzando bajo sus pies. Danny estaba a punto de decir que iría él primero para comprobar la distancia cuando los hombres de Delgado salieron en tromba del túnel de los camiones, gritando y disparando a lo loco en su dirección.

—Vamos, vamos, rápido —dijo Danny, inspirando hondo antes de sumergirse.

Nadó hacia abajo por el túnel que salía de la cueva, con los ojos abiertos, la visión muy borrosa sin gafas. Se dirigió hacia la fuente de la luz del sol mientras las balas trazaban líneas por el agua a su lado como lanzas que desaparecían en lo hondo. Samuel fue el último en sumergirse. Había bajado un par de metros cuando una bala le desgarró la carne del lateral del muslo; el dolor y el shock le hicieron entrar en pánico y nadar de forma errática hacia la boca del túnel. Incapaz de nadar con eficacia, y con la adrenalina por las nubes, el cuerpo de Samuel consumió el aire de sus pulmones en un suspiro. Confuso y asustado, nadó hacia arriba y se golpeó la cabeza con el techo del túnel. Presa del pánico, se raspó las manos contra la roca intentando arrastrarse mientras los pulmones le gritaban pidiendo aire. Sus movimientos se ralentizaron hasta que sufrió unas convulsiones y quedó inmóvil. Se alejó de la roca flotando, con los ojos abiertos, mirando las imágenes borrosas de Danny y el resto de su familia alejándose a nado.

TREINTA Y OCHO

—Quitad esta mierda de en medio —exigió Rico mientras sus hombres intentaban arrancar uno de los ladrillos de cocaína, apretados a conciencia, del muro de palés que bloqueaba la salida.

—Idiotas, apartaos de en medio, joder —gritó Rico, quitándole el fusil al hombre de al lado y vaciando de inmediato el cargador contra un pequeño cuadrado de ladrillos de cocaína.

Todos se aplastaron contra la pared del túnel, las manos sobre las orejas, intentando amortiguar el estruendo ensordecedor en el espacio cerrado. El arma hizo clic al quedarse vacía mientras los ladrillos de cocaína estallaban y volvían a ser polvo, llenando el aire de una neblina blanca.

—No os quedéis ahí parados, sacadlos —gritó Rico, arrojando el fusil vacío al suelo y dándoles patadas en el culo a los hombres para que se movieran.

Trabajaron frenéticamente, sacando los ladrillos de cocaína hechos añicos por los disparos, lo que les permitió aflojar los demás y tirarlos fuera. Al final liberaron los suficientes como para ver el interior de la cueva por la parte superior del apilamiento.

—Apartaos —gruñó Rico, abriéndose paso hasta la primera línea —. Eh, por aquí.

Hubo un silencio tenso durante unos instantes que tuvo a todos en el túnel con el alma en vilo, convencidos de que Rico iba a estallar de un momento a otro y pegarles un tiro a todos.

—Estoy aquí, Señor Torres —llegó una respuesta cuando un hombre se subió a la pila de cocaína para mirar por la abertura.

—Sacadme de aquí ahora —dijo Rico entre dientes.

El hombre saltó desde arriba y se subió a la carretilla elevadora, retirando la carga en marcha atrás tan rápido como pudo. Rico irrumpió en la cueva en cuanto quedó despejado, seguido por los hombres que venían tras él.

—¿Dónde están? —gritó, con la cara encendida de rabia.

—Han salido nadando de la cueva, Señor Torres.

Rico corrió hasta el extremo del embarcadero, sacó sus dos pistolas y las encaró frente a él. Escudriñó el agua, vaciando ambos cargadores sobre la estela roja de la sangre de Samuel mientras esta desaparecía por la boca del túnel.

—Vosotros dos, id detrás de ellos —vociferó Rico a pleno pulmón a los dos hombres más cercanos.

Miraron atrás con aprensión, pero aun así dejaron los fusiles en la borda y sacaron sus cuchillos de combate. Observando la cara de Rico, se movieron nerviosos hasta el borde del muelle.

—Daos prisa o os pego un tiro yo mismo —gruñó Rico, intimidándolos al encajar un cargador nuevo en su arma y echar la corredera hacia atrás para montar una bala, sin quitarles los ojos de encima.

Sabiendo que Rico les dispararía sin pestañear, los dos hombres se tiraron al agua y nadaron hacia la pared de roca.

—Arriba, al hangar. Ahora. Mueveos. Tenemos que cortarles el paso al pie del acantilado —gritó Rico, corriendo por delante de sus hombres.

Espoleado por la necesidad de vengar la muerte de su hermano, Rico saltó a la rampa del camión y subió a toda velocidad por el túnel. Saltó por encima de los escombros de roca de la explosión de dinamita, con sus hombres intentando seguirle el ritmo mientras se dirigía al hangar.

TREINTA Y NUEVE

Danny salió a la superficie primero, girando sobre sí mismo en el agua para ver el embarcadero, la lancha rápida y el hidroavión a veinte metros a su izquierda. Volvió a girar al oír a Tia y a Luis salir a la superficie, segundos antes que Edgar y Miguel. El alivio de estar fuera de la cueva se transformó de inmediato en preocupación cuando Samuel no salió.

—Id al embarcadero, volveré a por él —gritó Danny—.

Tomó unas cuantas bocanadas profundas y se zambulló de nuevo antes de que los demás pudieran decir nada. Con brazadas y patadas largas y potentes, Danny se deslizó rápido por el agua. Enfocó la imagen borrosa de Samuel, que flotaba inerte en el túnel. Danny agarró a Samuel por la axila y se giró para sacarlo nadando, sorprendiéndose al ver aparecer a Edgar a su lado para coger el otro brazo de Samuel. Cuando se dirigían hacia la luz del sol que entraba desde el mar abierto, una mano le agarró el tobillo a Danny y lo arrancó hacia atrás, alejándolo de Edgar y de Samuel. Danny pateó con fuerza con la pierna libre, y el tacón de su bota impactó de lleno en la nariz de uno de los hombres de Delgado. El hombre se echó atrás envuelto en una nube de burbujas al soltar el aire.

Soltándole el tobillo, se llevó las manos a la cara y nadó de vuelta hacia la cueva, desesperado por aire. Antes de que Danny pudiera darse la vuelta y nadar tras Edgar, un segundo hombre apareció tras su compañero en fuga. Incluso con la visión borrosa, Danny vio los destellos de luz reflejada en un cuchillo de combate

afilado como una navaja. Decidiendo quedarse inmóvil, Danny luchó contra el ardor creciente en los pulmones y concentró toda su atención en la mano del cuchillo del hombre que se acercaba. Cuando este se lanzó, clavando el cuchillo hacia su torso, Danny se apartó con un giro, atrapándole la muñeca mientras la hoja cortaba agua vacía. Hundiendo la otra mano en la garganta del hombre, Danny pateó y los empujó hacia arriba, estrellando el lateral de la cara del tipo contra el techo del túnel. Pateando con fuerza, Danny le arrastró la cara por la superficie, la roca afilada arrancándole jirones de la mejilla mientras bocanadas de sangre roja florecían en el agua. Él se debatía, intentando soltarse, el pánico consumiendo el poco aire que le quedaba.

Manteniéndose sereno, aunque el cuerpo le gritaba que saliera a respirar, Danny soltó el cuello del hombre. Agarrándole el brazo del cuchillo con la otra mano, Danny torció y empujó la hoja hacia arriba con todas las fuerzas que le quedaban. La boca del hombre se abrió para emitir un grito mudo de burbujas cuando el cuchillo le abrió el vientre hasta la empuñadura. Sacando el cuchillo en una nube de sangre, Danny apartó al hombre convulso.

Girando, nadó de nuevo hacia la salida del túnel submarino, con la cabeza dándole vueltas y los pulmones ardiendo. Rompió la superficie, se tomó un minuto para tragar enormes bocanadas de aire y luego giró hacia el embarcadero. Edgar había sacado a Samuel y estaba haciéndole RCP sobre la pasarela de madera mientras los demás miraban, sin que nadie se atreviera a decir una palabra. Cuando Miguel y Scott sacaron a Danny del agua, el cuerpo de Samuel dio un espasmo y este aspiró una bocanada enorme de aire. Se volvió de lado y vomitó agua de mar antes de empezar a respirar con fuerza.

—Bienvenido de vuelta al mundo de los vivos. Siento meter prisa, pero en cualquier momento un montón de tipos muy cabreados van a bajar por ese acantilado a por nosotros. Sugiero que nos metamos en esa lancha y salgamos pitando de aquí —dijo Danny con urgencia—.

Miró hacia el hidroavión y negó con la cabeza mientras se dirigían a la lancha.

—Joder, ojalá supiera volar. Podría estar en Bogotá antes de que acaben de contar los votos.

—Yo puedo pilotarnos —dijo Scott, asomando la cabeza por detrás de Edgar—.

—¿Cómo? ¿Desde cuándo? —dijo Danny, alzando las cejas, sorprendido—.

—Afición nueva, viejo, he estado tomando clases. Pensé que quizá me compraría un cacharrillo para las escapadas de fin de semana a Francia y esas cosas.

—Vale, vale, deja de hablar y súbete al maldito avión —dijo Danny, saltando al patín del avión para abrir la puerta—.

—De acuerdo, no hace falta ponerse grosero —dijo Scott, saltando para subir—.

—¿Necesitas que vayamos con vosotros? —dijo Edgar—.

—No. Coged la lancha, llevad a vuestra familia a casa, y Edgar...

—¿Sí?

—Gracias a todos por todo —dijo Danny con una sonrisa—.

—No, gracias a ti por todo, amigo mío —dijo Edgar, tendiéndole la mano a Danny—.

Danny la estrechó y ambos se separaron. Cortó las amarras con el cuchillo de combate y se subió al avión junto a Scott. Edgar y su familia pusieron en marcha la lancha rápida, empujaron el acelerador al máximo y se fueron costa arriba.

—Vale, vámonos, Scotty —dijo Danny, cerrando de un portazo a su lado—.

—Ehm, sí, claro, vamos. Ehm... —dudó Scott mientras daba golpecitos a los indicadores y giraba las ruletas de control—.

—Scott, ¿sabes de verdad pilotar esto?

—Por supuesto, solo me estoy familiarizando con los mandos. Mmm, sí, esto debería ser —dijo, apretando un botón rojo a su izquierda—.

La hélice gimió al empezar a girar. Un golpeo metálico precedió a una gran bocanada de humo negro del escape antes de que el motor prendiera y cobrara vida. En ese mismo momento, las balas arrancaron astillas de madera del embarcadero y salpicaduras de agua estallaron junto al avión.

—Sácanos de aquí ya, Scott —gritó Danny, agachándose en su asiento para poder ver la cima del acantilado—.

Rico estaba de pie entre una fila de hombres en lo alto, la cara convertida en un retrato de odio y rabia mientras gritaba a los suyos que dispararan al avión. Scott empujó el acelerador hacia delante. Entre las salpicaduras alrededor, una ráfaga alcanzó su objetivo. Se abrieron agujeros en la parte superior del avión tras ellos, atravesando los asientos de pasajeros antes de rebotar por la parte de atrás. A medida que ganaban velocidad y salían de su alcance, las balas se quedaban en el agua, levantando surtidores a su estela.

—Vaya, eso ha sido de lo más emocionante. A ver... flaps abajo, un poco más de velocidad y...

Una sonrisa enorme se extendió por la cara de Scott cuando el avión rebotó y luego saltó por encima de las crestas de las pequeñas olas antes de elevarse en el aire.

Mientras Scott ganaba altitud y giraba el avión para ir hacia tierra, Danny miró por la ventanilla lateral. Edgar y los otros en la lancha rápida iban a toda pastilla, desapareciendo de la vista de la finca al rodear la escarpada línea de costa.

—Bien, Scotty, llévanos a Bogotá tan rápido como te permita este trasto de mierda.

—Sí, bien, allá vamos. Ehm, no supondrás que sabes en qué dirección está, ¿verdad? —dijo Scott, mirándole con cara de póker—.

—Jesús, Scott, ¿cuántas clases has dado en realidad?

—Ehm, cinco. Bueno, cuatro en realidad. La primera fue solo en el aula —dijo Scott, con apuro—.

—Ojalá no lo hubiera preguntado. Si pensara que sabes aterrizar esto, te pediría que me volvieras a bajar. Me la juego con los hombres de Delgado —dijo Danny, estirando el cuello para mirar por la ventanilla hacia la finca—. ¿Sabes al menos cómo es la brújula de rumbo?

—No seas sarcástico, Daniel. Claro que lo sé y, para tu información, se llama indicador de rumbo, o giroscopio direccional —dijo Scott, poniendo los ojos en blanco—.

Mirando por el panel de instrumentos, Scott señaló una pequeña pantalla de cristal, con el dibujo de un avión en el centro que

marcaba su dirección en un disco giratorio con grados de brújula.

—Vale, en el avión de bajada el rumbo era 358 grados. Réstale 180 grados y tienes un rumbo de 178 grados para el viaje de vuelta —dijo Danny, incapaz de contener una risita—.

—Con eso basta, muchas gracias —replicó Scott, girando el avión hasta colocar el compás en 178 grados—. ¿Y cuál es el plan?

—Volver a Bogotá y recuperar a Nikki antes de que termine el recuento y tu sorpresita le diga a Delgado que vamos a por él.

Sacando las dos pistolas de la cintura, Danny frunció el ceño cuando salió agua salada al extraer los cargadores.

—Suena bastante sencillo —dijo Scott, subiendo la calefacción del avión para ayudar a secarse la ropa—.

—Los planes sencillos son siempre los mejores —replicó Danny, mirando alrededor del avión—.

Sacó un trapo de debajo de su asiento y fue sacando las balas del cargador antes de desmontar las pistolas en media docena de piezas para limpiarlas.

CUARENTA

Rico vio alejarse el avión. Volvió a sacar el móvil y se quedó mirando unos instantes el indicador de falta de cobertura. Girando despacio, miró al cielo vacío donde antes estaba la torre de comunicaciones.

—No quieren que contactemos con Señor Delgado. Algo no va bien. Alzó la vista y siguió el avión, que ponía rumbo al sur y desaparecía tras las montañas. —Van a por Bogotá y por la chica. Tú. Reposta el camión. Lo quiero listo para salir en cinco minutos.—

—¿Adónde vamos, Señor Torres?—

—Al aeropuerto de Santa Marta; necesito tener cobertura para avisar a Señor Delgado y luego volar a Bogotá lo antes posible.—

—Tardaremos unas horas en llegar, Señor Torres. Pronto será demasiado de noche para conducir por la pista del bosque. Deberíamos ir por la mañana, al amanecer—, protestó el hombre.

—¿Te he pedido tu opinión?—gruñó Rico, alzando la pistola y volándole los sesos delante del resto de los hombres, que se quedaron helados. —Tú. Reposta el camión y tenlo listo para salir en cinco minutos—, dijo Rico, volviéndose hacia el hombre más cercano que estaba junto al cadáver.

—Sí, Señor Torres—, dijo, echando a correr para repostar el camión tan rápido como le daban las piernas.

***

Delgado llegó al ayuntamiento, la imagen del político más impoluto, sonriendo a la prensa mientras se abría paso hacia el gran salón, estrechando manos y saludando. Subió al escenario con los demás candidatos, con una gran pantalla proyectada detrás que mostraba su ventaja en los resultados de la campaña.

—Parece que está dejando en ridículo a las encuestas, Señor Delgado—, dijo un reportero, abriéndose paso a codazos hasta Delgado.

—Aún es pronto para empezar a celebrar, amigo. Todavía quedan un par de horas. Pero tengo fe en que mañana el hombre adecuado estará en el cargo—, respondió Delgado, con la sonrisa clavada en la cara. Desvió la mirada hacia García, llamándolo desde el otro lado de la sala con un gesto. —Disculpe, tengo que hablar con mi colega.—

Se abrió paso por la sala, y las sonrisas y los saludos se le cayeron de golpe al entrar en un pasillo silencioso junto a García.

—¿Qué ocurre?—

—No consigo contactar con nadie en la finca—, dijo García, con el gesto imposible de leer.

Delgado frunció el ceño, sumido en sus pensamientos. Se volvió hacia el salón y miró la pantalla proyectada, que seguía mostrándolo con la ventaja programada por Scott en los votos.

—Podría no ser nada, un fallo de comunicaciones o un corte de luz. Ya los hemos tenido antes—, dijo, volviéndose de nuevo hacia García.

—Sí, señor, podría ser—, dijo García, sin estar convencido.

—Llame a la compañía de móviles de Santa Marta, a ver si el problema es suyo.—

—Sí, señor.—

Delgado se dio la vuelta y regresó al salón, girándose en el umbral para mirar a García.

—Llame a la casa. Que aseen y vistan a la mujer. Algo sexy. Pienso celebrar mi presidencia esta noche. Antes de matarla.—

—Sí, señor.—

En cuanto Delgado desapareció, García ya estaba al teléfono con la compañía de móviles que suministraba el enlace a la finca. Frunció el ceño cuando el supervisor le dijo que su sistema estaba operativo,

pero que no recibía ningún ping de vuelta desde la torre de comunicaciones de la finca. Sin nada que pudiera hacer y sin forma de comunicarse con la finca, García hizo lo que le había ordenado su jefe. Llamó a la casa de Bogotá y les dijo que prepararan a Nikki para recibir a Delgado, y luego que la encerraran en su dormitorio.

CUARENTA Y UNO

—Tenemos civilización ahí abajo, tío. Prueba ahora—dijo Scott, mirando las luces parpadeantes de un pueblo bajo ellos.

—¿Crees que funcionará después de estar en agua salada? —dijo Danny, manteniendo pulsado el botón de encendido del móvil.

—Un iPhone XS debería aguantar. Tienen certificación IP para algo así como treinta minutos bajo el agua —replicó Scott, sonriendo cuando el logo de Apple cobró vida en la pantalla.

—Bueno, eso ya es buena señal. A ver si pillamos algo de cobertura aquí arriba.

—Solo asegúrate de no hacer una videollamada por error. Podría malinterpretarse y uno tiene una reputación que mantener —dijo Scott.

Bajó la mirada y luego los miró a ambos, sentados en los asientos de piloto y copiloto en calzoncillos, con la ropa colgada sobre los asientos traseros, secándose.

—Cállate, payaso —dijo Danny, soltando una risita.

—Mientras tú vas por ahí con los nudillos de cavernícola arrastrando por el suelo, buscando a quién soltarle el siguiente puñetazo, algunos tenemos una imagen muy importante que mantener ante clientes muy importantes.

Lo siguiente que supo Scott fue que Danny se dio la vuelta con una sonrisa antes de deslumbrarle con el fogonazo del flash de la cámara del móvil.

—Eres como un niño —dijo Scott, esforzándose por no devolverle la sonrisa a su mejor amigo.

—Eh, espera, ya está. Tenemos cobertura.

—¿Por qué no abres Mapas y ves dónde estamos?

Danny hizo lo que dijo Scott, reduciendo el mapa hasta poder ver dónde estaban y dónde estaba Bogotá.

—Ese es el pueblo de Chiquinquirá bajo nosotros, así que vamos un poco desviados. Métenos cinco grados al oeste, Scotty, y deberíamos ir clavados. Media hora, cuarenta minutos, algo así.

Scott giró un poco el avión antes de enderezarlo de nuevo.

—¿A quién vas a llamar? No hablamos español y ¿quién nos va a creer?

—A un agente de la DEA de Estados Unidos al que Nikki y yo fuimos a ver en la embajada americana cuando llegamos a Bogotá, Gabriel algo. Metí su número de oficina y el móvil en contactos. Aquí está, Gabriel Anderson.

—Bueno, Daniel, me dejas impresionado —dijo Scott.

—¿Eh, impresionado porque me he acordado de él? —dijo Danny, desconcertado.

—No, me impresiona que hayas conseguido meter sus datos en el teléfono —dijo Scott, con una sonrisilla otra vez.

Danny puso los ojos en blanco y pulsó el botón de llamada, maldiciendo cuando dio seis tonos antes de saltar el contestador.

—Hola, habla el agente Gabriel Anderson, de la DEA de Estados Unidos. Por favor, deje su nombre, su número y el motivo de su consulta. Le devolveré la llamada lo antes posible.

—Gabriel, soy Daniel Pearson. Fui a verle hace unos días con Nikki Miller por el secuestro de nuestro amigo, Scott Miller. He rescatado a Scott Miller y a Tia y Luis Rojas. Balthasar Delgado los secuestró y los mantuvo en su finca cerca de Santa Marta. Obligó a Scott y a Luis Rojas a hackear el ordenador del escrutinio y amañar el resultado. Delgado llegó hasta Nikki Miller antes de que yo pudiera llegar; la tiene retenida en su casa de Bogotá. Si recibe esto, necesitamos que haga que las autoridades colombianas arresten a Delgado y que se reúna con nosotros en su casa de Bogotá.

Danny se quedó muy callado, frunciendo el ceño ante la pequeña pantalla iluminada hasta que se apagó. Pasaban de las once y las probabilidades de que Gabriel Anderson oyera ese mensaje antes de la mañana eran escasas.

—No te preocupes, tío, la vamos a recuperar —dijo Scott en voz baja, posando la mano en el hombro de Danny.

Tras un par de segundos, Danny bajó la mirada y luego miró a Scott en calzoncillos.—Puede que sea buena idea ponerte algo de ropa primero, ¿eh, colega?

CUARENTA Y DOS

Ante su segunda noche encerrada en el dormitorio de la mansión de Delgado, Nikki seguía intentando encontrar una forma de escapar. Con paneles sellados de vidrio templado en las ventanas y un guardia armado al otro lado de la puerta cerrada, se le agotaban las ideas.

Delgado la había ignorado en el vuelo de vuelta desde la finca de la costa. Estaba ocupado trabajando en su discurso electoral mientras Garcia abría una navaja con un chasquido y le decía que la destriparía si se atrevía a hablar de nuevo. Las únicas personas que había visto desde que llegó eran la doncella y el guardia de fuera de la puerta. Él seguía a la doncella cuando traía comida y bebida, y luego se quedaba mirándola con lascivia hasta que terminaba de comer. A voz en grito para que la doncella se llevara el plato vacío, se aseguraba de que Nikki no hubiera cogido un cuchillo o un tenedor de la bandeja. Al salir tras la doncella, el guardia daba un portazo al cerrar, y el sonido de la llave girando en la cerradura apagaba el ánimo de Nikki.

Renunció a las ventanas y fue al baño en suite, mirándose en el espejo atornillado a la pared sobre el lavabo. Una imagen cansada de sí misma le devolvió la mirada, los ojos hinchados por las lágrimas de un bajón anterior. Pero ahora estaba enfadada. Miró las toallas junto a la bañera y las cogió, pensando. Abriéndolas sobre el lavabo, Nikki volvió al dormitorio. Cogiendo una almohada de la cama, regresó al espejo y la colocó sobre la superficie de cristal.

Sujetándola con firmeza con la mano izquierda, Nikki respiró hondo mientras movía el puño derecho hacia dentro y hacia fuera, concentrándose en el centro del espejo detrás de la almohada blanda. Tras una inspiración profunda, lo soltó todo en un grito silencioso, dejando fluir toda su energía por el hombro como Danny le había enseñado. Recordando sus palabras sobre atacar primero, lanzó el puño hacia delante con una ferocidad que un enemigo nunca espera. Los nudillos apartaron la blanda almohada antes de golpear la superficie de cristal y hacerla añicos. La almohada cumplió su función, amortiguando el estrépito del vidrio, y el tintineo de los fragmentos rotos se redujo al mínimo mientras caían sobre las toallas mullidas del lavabo.

Nikki se quedó helada, ignorando el dolor en el puño. Giró la cabeza, conteniendo la respiración, escuchando por si sonaba la cerradura de la puerta del dormitorio. Pasados treinta segundos, soltó un suspiro de alivio y volvió a la almohada. Los últimos fragmentos de cristal cayeron suavemente sobre las toallas cuando retiró la almohada con cuidado. Lanzó la almohada a la bañera, y Nikki sacó del paño dos astillas largas y afiladas como navajas y las dejó sobre la tapa del váter a su lado. Envolvió el resto del vidrio en la toalla de arriba y lo colocó en la bañera junto a la almohada. Cortó y rasgó la otra toalla en tiras y las enrolló con fuerza alrededor del extremo grueso de las astillas para hacer un mango para sus cuchillos improvisados. Cuando terminó, los llevó al dormitorio y se sentó en el borde de la cama, dejando los cuchillos fuera de la vista, sobre la cama detrás de ella. Luego encaró la puerta y esperó. Cuarenta minutos más tarde, la llave tintineó en la cerradura y la puerta se abrió de golpe. El guardia la miró con la misma lascivia de antes y se apartó a un lado para que entrara la doncella con un vestido de seda.

—Por favor, debe ponerse esto para el regreso del señor Delgado más tarde—, dijo, con la mirada baja, moviéndose nerviosa para posar los ojos en cualquier parte de la habitación salvo en Nikki o en el guardia.

Nikki se levantó de la cama, con las manos casualmente escondidas a la espalda. Asintió a la doncella y caminó hacia ella

como si fuera a coger el vestido. En cuanto estuvo a su lado, Nikki se lanzó hacia delante con los brazos abiertos. Impulsándolos con todas sus fuerzas, apuñaló al guardia profundamente en ambos lados del pecho. Él la miró atónito, los ojos muy abiertos, clavado en el sitio. Nikki le sostuvo la mirada, girando mientras empujaba más hondo. Una astilla se partió en su pecho cuando las sacó. El guardia se tambaleó hacia delante. Abrió la boca y soltó una tos que expulsó sangre antes de caer de rodillas y desplomarse boca abajo. Nikki se volvió hacia la doncella. Ella alzó las manos y retrocedió, suplicando en español.

Tirando las astillas del espejo al suelo, Nikki recogió la pistola del guardia y salió al pasillo. Al no ver a nadie, bajó las escaleras, deteniéndose al final cuando se acercaron voces y pasos desde la puerta abierta de la cocina a su derecha. Aún descalza, Nikki cruzó de puntillas el vestíbulo y abrió la puerta de un comedor, girando el pomo tan lenta y silenciosamente como pudo para empujarla y cerrarla detrás de ella.

Inclinándose, pegó la oreja a la madera. Los pasos y las voces se hicieron más fuertes y más cercanos. Nikki se apartó de la puerta. Controlando el temblor de sus manos, apoyó la boca del arma contra la superficie a la altura de la cabeza. Se quedó allí, casi sin atreverse a respirar mientras escuchaba, con los ojos fijos en el pomo, deseando que no se moviera. Los segundos se le hicieron minutos y el corazón le golpeaba el pecho. Los pasos y las voces acabaron apagándose hasta el silencio.

Nikki bajó el arma, conteniendo como podía las lágrimas. Respirando con fuerza, se tomó un momento para recomponerse antes de abrir la puerta con cuidado y deslizarse de nuevo al pasillo. La casa estaba en calma. Fue a la cocina y se dirigió a la puerta trasera, asomó la cabeza para echar un vistazo a la parte posterior de la propiedad, inundada de luz. Al no ver a nadie, avanzó hasta la esquina y miró por el lateral de la casa hacia la verja de la entrada.

Estaba abierta.

Con el corazón desbocado por la adrenalina, echó a correr, las piernas martilleando mientras avanzaba por el camino hacia la parte delantera de la casa y la verja. Oyó gritos a su izquierda al pasar por

delante de la fachada y corrió por terreno abierto hacia la salida. Girando el cuerpo para mirar, Nikki disparó su pistola hacia los hombres de Delgado junto a la puerta principal. Era un tiro imposible en movimiento y las balas se fueron muy desviadas del objetivo. Aun así, los hombres se agacharon a cubierto mientras Nikki cubría a la carrera los últimos metros hasta la verja abierta. Se volvió hacia la salida, con la libertad al alcance de la mano. En el último instante, uno de los hombres de Delgado apareció por el otro lado de la verja y le asestó un golpe seco en el estómago. Mientras se doblaba y caía al suelo sin aire, un guardia de la entrada le pisó la muñeca y le retorció la pistola para arrancársela de la mano.

CUARENTA Y TRES

Después de salirse de la pista dos veces en la oscuridad y tener que sacar el camión con el cabrestante, Rico y su conductor por fin alcanzaron la carretera principal y bajaron traqueteando de las montañas hasta Santa Marta.

—Eh, Jhon, soy Rico. Necesito un avión listo para llevarme a Bogotá ahora.

Rico apartó el teléfono de la oreja mientras Jhon se enrollaba con que era muy tarde y que sería difícil encontrar un piloto con tan poca antelación.

—Jhon, oye, Jhon, escucha. Cállate y escucha—dijo Rico, su voz pasando de levemente molesta a un grito en toda regla.

—Vale, ¿qué?—respondió Jhon.

—Estaré ahí en veinte minutos. Más te vale que haya un avión y un piloto sentados en la pista listos para despegar, o no verás el amanecer. ¿Me entiendes?

—Sí, Rico, te entiendo, estará listo—contestó Jhon, con la voz quebrándose un poco ante la amenaza de Rico.

Rico colgó antes de que Jhon terminara; sus dedos se deslizaron por los contactos antes de pulsar llamar en el nombre de García. El teléfono dio un número exasperante de tonos mientras Rico esperaba a que contestaran. Golpeó con el extremo de su pistola contra la pierna, impaciente, mientras aguardaba.

—Rico, espera un minuto mientras voy a un sitio más tranquilo—gritó García por encima del ruido en la gran sala.

Mientras García salía de la sala, una multitud entusiasmada hacía la cuenta atrás para el final de la elección al fondo. La prensa se empujaba para conseguir la mejor posición de cámara para el inminente discurso de victoria de Delgado; su ventaja era ya inalcanzable para que la oposición le diera alcance.

—Así mejor. Rico, ¿dónde te has metido? Llevo horas intentando comunicarme con la hacienda—dijo García, mirando de reojo al escenario a través de las puertas abiertas del salón principal.

—Ha sido Pearson, con la mujer de Rojas y algunos más, colombianos. Han matado a mi hermano; Felipe está muerto. La torre de comunicaciones está caída y se llevaron a Luis Rojas y a Scott Miller con ellos.

—Ya. ¿Adónde fueron? ¿Tienes hombres detrás de ellos?

—Los Rojas y los colombianos cogieron la lancha rápida y se fueron por la costa. No pudimos seguirlos. Pearson y Miller despegaron en el hidroavión del jamaicano. Creo que van hacia Bogotá a por la chica. Estoy a punto de subirme a un avión para ir a donde estás. Diego, ¿sigues ahí?—dijo cuando la línea se quedó en silencio; alzó la vista hacia el aeropuerto que aparecía a lo lejos mientras descendían de las montañas hacia las tierras bajas de Santa Marta.

—Sí, estoy pensando. Vuela al aeropuerto de La Vanguardia. La elección está casi terminada. Cogeremos a la chica y nos reuniremos contigo allí. Reposta el avión. Volaremos de vuelta a la hacienda esta noche. Estoy seguro de que el Señor Delgado querrá inspeccionar los daños.

—Vale, ¿y Pearson? Mató a mi hermano. Quiero vengar su muerte.

—Vendrá a por ella. Cuando lo haga, el Señor Delgado matará a su mujer delante de él. Después de eso, podrás cobrarte tu justicia por Felipe.

—Gracias, Diego—dijo Rico, guardándose el teléfono antes de extraer el cargador de su pistola para comprobar los cartuchos.

CUARENTA Y CUATRO

—¿De qué coño están hablando? —dijo Danny.

El parloteo en español, ininteligible, llevaba saliendo por la radio desde que habían visto a lo lejos las luces de la ciudad de Bogotá.

—Eh, a ver, algo sobre nosotros. Mmm, *identificate*, eso es identifícate. Un montón de galimatías, y algo sobre el *espacio aereo* de Bogotá. Eh, el espacio aéreo de Bogotá y algo sobre derribarnos, creo —dijo Scott.

—Genial. ¿No puedes volar por debajo del radar, como en las pelis? —dijo Danny, mirando el móvil, contento al ver que volvía la cobertura.

—Claro que puedo. ¿Algo más, viejo? ¿Un par de toneles o un looping? —dijo Scott, empujando suavemente los mandos para bajar el avión.

—No, no, solo más bajo, tío, a ser posible por encima de la altura de la acera, si puedes manejar eso después de tus cinco clases, perdón, cuatro y una teórica. Sabes aterrizar esta cosa, ¿no? —dijo Danny, mirando a Scott de reojo.

—Eh, bueno, tengo una idea bastante aproximada de cómo aterrizar un avión, con ruedas, quiero decir. No puede ser tan diferente con flotadores, ¿no? —dijo Scott, devolviéndole la mirada, con el rostro sin su habitual bravuconería confiada.

—Agua. Tenemos que encontrar agua para posar esto —dijo Danny, abriendo los mapas en el móvil.

Esperó pacientemente a que cargaran mientras Scott bajaba el avión hasta volar a unos treinta metros por encima de los tejados.

—Vale, ya. ¿Ves esa autopista de tres carriles a tu derecha?

—Sí, la veo.

—Síguela un par de millas. Cuando te diga, vira a la derecha; hay un campo de golf con un lago grande en medio, debería servir, sin edificios contra los que te estampes.

—Maravilloso, y gracias por la confianza. A lo mejor quieres aterrizar tú —dijo Scott con sorna.

—No, no, Scotty, chaval, no quisiera quitarte tu momento estelar —dijo Danny, devolviéndole una sonrisa burlona.

—Mmm, a veces me pregunto por qué seguimos siendo amigos —replicó Scott, intentando no sonreír.

—¿Cómo que por qué? Sin mí no sabrías qué hacer contigo mismo. Vale.

—No, nada de vale, yo…

—No. Derecha. Gira a la derecha, Scott.

—Ah, sí, girar a la derecha, claro.

El avión escoró a la derecha antes de enderezarse; el campo de golf y su lago se distinguían por una gran mancha oscura en mitad de la ciudad iluminada.

—Dios, casi no veo nada… en fin, allá vamos.

Scott hizo descender el avión y redujo gases, apuntando al área más negra del lago sin iluminación. Cuando pudieron ver los reflejos danzando en la superficie, los flotadores golpearon el agua con fuerza. El rebote elevó de nuevo el avión antes de que volviera a chapotear y a saltar sobre la superficie.

—Bueno, eso ha sido fácil —dijo Scott, excitado.

—Scott. ¡Isla! —gritó Danny por encima del ruido del motor.

—¿Qué?

—Isla, justo enfrente —repitió Danny, preparándose mientras el avión se dirigía a la sombra oscura de una isla en mitad del lago.

Scott tiró de los mandos, virando bruscamente a la izquierda. Esquivó por poco la isla, pero chocó contra la pasarela de madera que iba de la isla al complejo del campo de golf en la orilla. La madera astilló y crujió cuando los flotadores se encajaron bajo la

tarima. Los soportes metálicos que fijaban los flotadores al avión golpearon con fuerza el lateral de la pasarela, deteniendo el aparato en seco y lanzando a Danny y a Scott hacia delante hasta que los cinturones los hicieron volver de un tirón a sus asientos.

—Scotty, ¿estás bien, tío? —dijo Danny, sin aliento.

—Sí, sí… dejadme coger aire y estaré bien.

—No hay tiempo para eso. Tenemos que largarnos. Casi es medianoche —dijo Danny, pateando la puerta para saltar sobre el flotador y brincar hasta la pasarela.

—Espera, viejo, voy —dijo Scott, abriendo su puerta y deslizándose por el lateral del avión hasta el flotador antes de encaramarse torpemente a la pasarela.

Ya en la orilla, Danny echó a correr hacia el aparcamiento, frente al club, donde un pequeño grupo de limpiadoras había salido al oír el estruendo del choque.

—Las llaves del coche, ahora mismo —gritó mientras sacaba una pistola de la parte trasera del pantalón.

Asustadas y confusas, todas alzaron las manos, negando con la cabeza y hablando en español a toda pastilla.

Mierda, no tengo tiempo para esto.

—Scott, diles que necesito las llaves de su coche —dijo Danny, volviéndose al ver que Scott le daba alcance.

—¿Qué? Ah, vale, eh… —dijo Scott, parándose a tomar aire—. Eh… *La llaves*, eh, brum, brum —les gritó, haciendo ruidos de motor y gesticulando como si llevara un volante entre las manos.

—¿En serio, tío? —dijo Danny, echándole una mirada.

—Bueno, ha funcionado mejor que lo tuyo —dijo Scott, corriendo hacia una limpiadora aterrorizada que agitaba un manojo de llaves y señalaba un Renault amarillo hecho una pena.

—*Mucho gracias* —les dijo Scott a las mujeres con una sonrisa.

—Dámelas. Conduzco yo —dijo Danny, cogiendo las llaves y abriendo la puerta que chirriaba antes de saltar dentro.

Puso el coche en marcha y miró el pomo de la palanca para encontrar la marcha atrás; la superficie, brillante de tanto uso, no daba pistas. Probó a la derecha y abajo. El coche se caló. Volvió a arrancarlo y probó a la izquierda y abajo: sonó un chirrido.

—Izquierda y arriba —aportó Scott.

—No, esa es primera; tira hacia arriba y a la derecha.

El coche avanzó cuando levantó el embrague.

—Levanta la pestañita de la palanca y ve a izquierda y arriba —dijo Scott, agitando la mano en el aire.

—Vale, vale.

La palanca entró en marcha atrás y salieron marcha atrás del aparcamiento. El grupo de limpiadoras quedó iluminado por los faros, negando con la cabeza y mirando atónitas a los dos idiotas que acababan de robarles el coche. Metiendo primera a rastras, Danny salió disparado del campo de golf y puso rumbo, tan rápido como daba el coche, a la casa de Delgado, en las colinas.

CUARENTA Y CINCO

Garcia volvió hacia el salón justo cuando el reloj marcó las doce y terminó la votación. Delgado ya estaba en el centro del escenario, saludando a la multitud entre destellos y gritos de los medios, ansiosos por una exclusiva para las noticias y los periódicos de la mañana. Acercándose a los micrófonos del atril, Delgado se preparó para empezar su discurso. Mientras sonreía y saludaba, celebrando su victoria, la pantalla de resultados proyectada detrás de él empezó a parpadear. Saltó la sorpresa planeada por Scott, con la ayuda de Luis Rojas para el español. La pantalla se partió en dos: los resultados reales, que mostraban la victoria aplastante de Alejandro Perez, aparecieron junto a los resultados manipulados de Delgado. Empezaron a desfilar palabras por la pantalla.

—Este voto electoral ha sido manipulado por Scott Miller y Luis Rojas. Estamos retenidos contra nuestra voluntad por Balthasar Delgado para hackear el sistema de votación del Gobierno.

—Esto es un escándalo. Es una especie de broma pesada o protesta política —gritó Delgado, con la mirada buscando a Garcia para que lo sacara de allí mientras la prensa lo acosaba pidiéndole respuestas—.

Detrás de él, documentos incriminatorios iban desfilando lentamente por la pantalla. Envíos, detalles de sobornos a funcionarios del Gobierno, pagos a cuentas en paraísos fiscales: cada detalle que Scott había hackeado del ordenador personal de

Delgado aparecía en la pantalla mientras seguía corriendo más texto.

—Balthasar Delgado, también conocido como El Diablo, dirige una operación de contrabando de drogas de miles de millones de dólares. Hay una base submarina oculta bajo su finca en la costa del Caribe.

—Esto es una campaña de difamación elaboradísima. Que alguien apague ese proyector —gritó Delgado mientras Garcia se abría paso a empujones entre la multitud hacia él—.

Cuando la prensa le cerró el paso, Garcia buscó otra salida y se dio cuenta de que la policía había aparecido en las entradas del fondo de la sala. Sin otra opción, sacó la pistola y disparó al aire tres veces, sumiendo la sala en el pánico. La multitud echó a correr hacia las salidas, desbordando a los policías y empujándolos hacia atrás hasta hacerlos desaparecer de la vista mientras huían.

—Rápido, por aquí —gritó Garcia a Delgado mientras se dirigía a una salida detrás del escenario—.

Corrieron por un pasillo hacia unas puertas que daban al patio y al coche de Delgado. Las puertas se abrieron antes de que llegaran, obligándoles a detenerse frente a dos jóvenes policías nerviosos a quienes habían ordenado cerrar la salida. Garcia no vaciló. Disparó a ambos antes de que pudieran hablar o desabrochar las fundas de las pistolas de los cinturones.

Saltando por encima de los cuerpos, Garcia condujo a Delgado al aire fresco de la noche del patio. Hizo señas con urgencia al conductor de su coche, que no perdió el tiempo y trazó un amplio derrape para dar la vuelta, frenando en seco junto a Garcia y Delgado. En cuanto subieron, el conductor pisó a fondo, haciendo patinar las ruedas del potente coche hacia la salida. Antes de que llegara, aparecieron coches de policía que se cruzaron de lado a lado de la calzada para bloquearla. Tirando del freno de mano sobre el pavimento liso del patio, el conductor esquivó cuerpos en fuga y se metió por la calle estrecha al otro lado del patio; el espejo del lado del pasajero rasgó la pared hasta hacerse añicos mientras se lanzaba por la callejuela a una velocidad temeraria.

—Llévame a la casa, rápido.

—Sí, señor —dijo el conductor, serpenteando por las calles traseras, con los ojos yendo al espejo para comprobar que la policía no les seguía—.

—No deberíamos ir a la casa. La policía irá allí y Pearson se dirige allí. Deberíamos ir directamente al Aeropuerto La Vanguardia. Rico nos espera allí. Podemos volar a Venezuela. Tiene amigos allí.

Delgado lo miró como si estuviera a punto de estallar.—¿Qué, Pearson está aquí? ¿Cómo?

—Atacó la finca y se fue con Miller y Rojas. Rico vio a Pearson y a Miller coger el hidroavión del jamaicano y poner rumbo a Bogotá. Venía a decírselo cuando todo ha estallado ahí atrás.

—No, primero vamos a la casa. Cogeré a la mujer y me la llevaré a Venezuela con nosotros. Pearson ha osado atacarme. Debo vengarme. La mataré en Venezuela, y luego haré que le rastrees y lo mates mientras él mira fotos de su mujer masacrada.

—Sí, señor —fue todo lo que dijo Garcia. No estaba de acuerdo con volver a la casa, pero jamás desobedecería las órdenes de El Diablo.

CUARENTA Y SEIS

—Mierda, llegamos tarde. Es pasada la medianoche. Delgado sabrá a estas alturas que todo se ha ido al garete —dijo Danny, subiendo por las empinadas carreteras hasta la casa de Delgado.

—Seguro que lo arrestan en el acto en cuanto vean en qué ha estado metido.

—Espero que tengas razón, tío, pero no subestimaría a un tipo como Delgado.

—Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Nos colamos, tumbamos a unos cuantos y rescatamos a Nikki? —dijo Scott, mirando la verja de la casa de Delgado mientras Danny pasaba despacio por delante.

—Qué va. Voy a aparcar aquí mismo, y tú te vas a sentar al volante con el motor en marcha. Probablemente salgamos de prisa.

—¿Estás seguro? ¿Qué vas a hacer? Podría ayudar —dijo Scott, deseoso de entrar en acción.

—Voy a trepar el muro y a matar a todo el que se me ponga por delante hasta que encuentre a Nikki —respondió Danny, y se le ensombreció el rostro con una expresión que Scott ya había visto demasiadas veces.

—Vale, me quedo en el coche, colega; mantendré el motor en marcha, listo para salir pitando —dijo Scott, cambiando de idea al instante.

—Bien hecho. Toma, coge mi móvil. Prueba otra vez con el tipo de la DEA, Gabriel. Luego llama a la policía. Joder, llama a todo el mundo hasta que alguien te conteste.

Scott asintió, deslizándose hasta el asiento del conductor cuando Danny salió y bajó la colina hacia la casa de Delgado.

Esta vez no había tiempo para una aproximación sigilosa por el bosque. Danny bajó la carretera a todo meter, rodando hasta la sombra de los árboles cuando apareció en la verja la silueta armada de un hombre. Siguió el muro hacia la parte trasera de la propiedad como antes. Saltando para agarrarse con las yemas de los dedos a la parte superior, Danny se izó con suavidad hasta poder apoyar una rodilla en lo alto del muro. Se quedó allí en la oscuridad, tomando nota de los jardines y de la casa.

Había más hombres delante que la vez anterior. Danny contó cuatro, más el de fuera de la verja, todos encarados hacia la fachada. Otros dos guardias estaban hacia la parte trasera de la casa. Le daban la espalda mientras seguían su ronda para revisar el jardín trasero a unos quince metros. Sacando el cuchillo de combate de su encuentro bajo el agua con el hombre de Delgado, Danny cayó en silencio sobre el parterre de abajo. Miró hacia el frente. Nadie miraba en su dirección. Con las piernas en tensión, respiró hondo para llenar la sangre de oxígeno. Volvió a fijarse en los hombres cerca de la parte trasera de la casa y Danny estalló en una carrera, con las piernas bombeando a tope. Los vio girarse como a cámara lenta, los primeros milisegundos de reconocimiento destellando en sus caras.

Danny pasó el lado dentado del cuchillo de combate por el cuello del hombre de la izquierda, desgarrándole la carótida y la tráquea. Girando sobre sí mismo, Danny hundió el cuchillo en el pecho del segundo a velocidad de relámpago. Sacó el cuchillo y se lo metió por debajo de la barbilla hasta la empuñadura, atravesándole el cerebro. Los dos hombres estaban muertos en el suelo tres segundos después de haberse girado.

Danny se dirigió a la puerta trasera, sacando una pistola de la parte de atrás de sus vaqueros. Se pegó a la pared junto al vano, asomándose de un giro para echar un vistazo rápido. No había nadie en la cocina. Separando el pulgar y el índice del cuchillo, pellizcó y giró el pomo, abriendo la puerta poco a poco. Entró en silencio y

dejó la puerta abierta para una salida rápida. Mientras registraba la cocina, la cancela delantera se abrió y el coche de Delgado entró.

La ventanilla bajó y dejó ver a Delgado atrás. —Cerrad la verja, disparad a cualquiera que se acerque. A cualquiera, ¿me oís? Da igual quién.

El coche avanzó por el lateral de la casa y se detuvo cuando los faros iluminaron a los dos guardias muertos en el camino de entrada hacia la parte trasera.

—Está aquí, en la casa —gruñó Delgado, y los tres se bajaron del coche.

García silbó a los hombres de delante para que se acercaran.

—Tú. Dame un arma —dijo Delgado al acercarse.

—Atentos: Pearson está ahí dentro, va a por la mujer y lo tenemos acorralado. Vosotros dos, por delante; vosotros dos, por detrás. El resto, venid conmigo. Entraremos por la puerta lateral. Mantened los ojos abiertos, ¿de acuerdo? Es un hombre muy peligroso —dijo García, observando cómo comprobaban y cargaban sus armas antes de separarse. Los vio irse hacia ambos extremos de la casa antes de acercarse a la puerta lateral.

—Tú. Entra primero —ordenó Delgado al hombre que tenía al lado.

Él miró atrás y asintió, sin atreverse a desobedecer a El Diablo.

CUARENTA Y SIETE

—Vale, vale, ya voy, ay —murmuró el agente de la DEA Gabriel Anderson, tambaleándose al salir de la cama y dándose en el dedo del pie con una de sus patas mientras se dirigía al teléfono del piso, que no paraba de sonar.

Antes de llegar, el móvil le llamó la atención al vibrar una llamada entrante en modo silencio; el número no figuraba entre sus contactos. Frunció el ceño al ver la ristra de mensajes acumulados y, debajo de la llamada entrante, una llamada perdida del general Dale Parnell.

¿Qué coño está pasando? ¿Ha estallado la tercera guerra mundial?

—Agente Gabriel Anderson —respondió, aún dirigiéndose al teléfono del piso que seguía sonando.

—Agente Anderson, menos mal. Soy Scott Miller. Daniel Pearson me dijo que le llamara para pedir ayuda, yo...

—Eh, calma. ¿Scott Miller, el secuestrado Scott Miller? Espere un segundo, señor Miller —dijo Gabriel, cogiendo el auricular del teléfono del piso, que no paraba de sonar.

—¿Diga?

—Gabriel, soy Pete. ¿Dónde demonios te has metido? Se ha liado parda en las elecciones. Balthasar Delgado ha quedado al descubierto por amañar la votación, secuestros y un montón de cosas más. Tenemos todas las pruebas que necesitamos sobre su

negocio de droga. El tío tiene hasta una puñetera base de submarinos para pasar droga a Estados Unidos.

—Jesús, espera, Pete, tengo en la otra línea a uno de los tipos que secuestró, Scott Miller —Gabriel dejó el auricular sobre la encimera y volvió con Scott—. Dígame, Scott.

—Por lo que he oído en su otra llamada, ya sabe que sabotée los planes de Balthasar Delgado para amañar las elecciones. Daniel y la familia de la señora Rojas nos sacaron a Luis y a mí de la finca de Delgado en la costa del Caribe. Delgado tiene a mi hermana en su casa de Bogotá, en las colinas, y acabo de verlo llegar allí con más matones armados. Necesito a las autoridades allí ahora para arrestarlo.

—¿Dónde está el señor Pearson?

—Ha entrado a por Nikki.

—Vale, quédese donde está. Voy a llamar a la Jefatura de la Policía Nacional. Estaremos allí enseguida; manténgase en esta llamada, ¿de acuerdo?

—Sí, por supuesto; por favor, dense prisa.

Gabriel colgó y volvió a coger el auricular con Pete.

—Pete, llama al jefe Uribe, dile que suba a la Policía Nacional hasta la casa de Delgado en las colinas. Tienes la dirección en su expediente. Asegúrate de que sepan que Delgado está en el lugar, igual que los dos civiles británicos que vinieron a verme el otro día. Nikki Miller está retenida y Daniel Pearson ha entrado para sacarla.

—Ya van de camino, Gab. Se ha emitido una orden de detención contra Delgado después de que huyera de las elecciones en el ayuntamiento. Les informo ahora mismo sobre el señor Pearson y la señorita Miller.

—Vale, bien. Gracias, Pete; pero date prisa, tienen que saber lo de Pearson y Miller. No quiero que les pase nada si empieza un tiroteo. Estoy saliendo hacia allí ahora.

CUARENTA Y OCHO

Danny se movió más rápido y con más temeridad de lo que haría normalmente en una situación de rescate de rehenes. La necesidad de asegurarse de que Nikki estaba bien y la furia contra sus captores le nublaban el juicio. Cruzó la cocina corriendo, deslizándose hasta quedar de rodillas justo dentro del umbral que daba al pasillo y a las escaleras. Asomando la hoja del cuchillo al pasillo a ras de suelo, Danny miró y buscó en el reflejo, girándolo apenas hasta que vio a uno de los hombres de Delgado bajando las escaleras, fusil en mano. Saltando a sus pies, Danny volteó la hoja en la mano para sujetarla por su filo afilado como una navaja. Echó el brazo hacia atrás, tomándose un segundo para hacerse una imagen mental de la altura del tipo al otro lado y su posición en las escaleras. Giró por la puerta y lanzó el cuchillo con un movimiento de látigo, la hoja girando sobre sí misma tan rápido que apenas se veía. Un ruido sordo y repugnante siguió una fracción de segundo después cuando le seccionó la nuez en dos y se le incrustó en el cuello. Tropezó hacia delante, cayó por las escaleras y el fusil se disparó cuando el dedo se le contrajo en el gatillo.

Mierda, adiós al factor sorpresa.

Sacando la segunda pistola de la parte trasera de sus vaqueros, Danny cargó hacia delante con un arma en cada mano, saltando por encima del cuerpo para subir las escaleras de tres en tres hasta arriba. Lo percibió más que verlo cuando un hombre salió de una habitación a su espalda, y se giró para meterle dos balas en el

centro del cuerpo. El tipo salió despedido de nuevo dentro de la habitación de la que acababa de aparecer. Sin perder tiempo, Danny avanzó por el pasillo hasta la habitación de la que había rescatado a Tia Rojas unos días antes. Disparó dos veces a la cerradura antes de patear la puerta con tanta fuerza que se abrió de golpe y chocó contra un tocador al lado.

—Nikki —gritó, entrando en la habitación para encontrarla vacía.

Un instante de frustración y confusión se le borró de golpe cuando oyó la voz de Nikki llamándole por su nombre desde algún lugar cercano. Al girarse para salir de la habitación, abrió mucho los ojos cuando un colombiano enorme corrió hacia él desde el pasillo, alzando la pistola según se acercaba.

Danny giró a un lado mientras los disparos le silbaban junto, haciendo añicos las ventanas de cristal templado a su espalda en un millón de pedazos. Cuando volvió a encarar para responder al fuego, el tipo ya estaba encima. Lo alzó en un abrazo de oso y siguió avanzando, lanzándolos a ambos por la ventana, llevándose con ellos los pocos restos de cristal que colgaban del marco.

Cayendo de espaldas hacia el suelo, Danny se preparó para el aterrizaje que le iba a romper los huesos. En su lugar, golpearon la superficie de la piscina con una bofetada y un enorme chapuzón antes de que los tragara por completo. Cuando la espalda le golpeó el fondo, Danny hundió la pistola en las costillas del grandullón y apretó el gatillo varias veces. El otro dio un respingo y lo soltó, agarrándose los costados mientras nubes de sangre se extendían por el agua. Impulsándose desde el fondo, Danny salió de la piscina. Al ponerse en pie, alzó la vista lentamente hacia la ventana reventada. Se le endureció el gesto y entornó los ojos cuando vio a Nikki siendo arrastrada hacia dentro desde el borde de la ventana por Delgado. Garcia se quedó allí unos segundos mirándole desde arriba, una leve sonrisa cruzándole la cara antes de darse la vuelta y marcharse.

La atención de Danny se desplazó a la cocina y a los hombres armados que irrumpían en ella. Lanzándose a toda velocidad, con el agua de la piscina salpicando de su ropa, Danny bordeó la casa. Apuntando sus armas a la ventana del salón, apretó los gatillos

segundos antes de zambullirse a través del cristal que estallaba para rodar y quedar en una posición de tiro. Dos de los hombres de Delgado se giraron sorprendidos, incapaces de reaccionar lo bastante rápido para evitar a Danny mientras vaciaba los cargadores contra ellos. Chocaron contra la pared antes de deslizarse hasta el suelo, dejando detrás un reguero ensangrentado. Soltando las pistolas vacías, Danny corrió y recogió sus fusiles automáticos M-16 y sus pistolas.

—¡Danny!

El grito urgente de Nikki le hizo girar la cabeza. Siguiendo el sonido, corrió hasta la entrada del comedor. Asomando la cabeza para echar un vistazo rápido, Danny la retiró al instante cuando tres hombres abrieron fuego automático. Arrancó astillas del marco y la pared, reduciéndolos a trizas. Al ver los agujeros atravesando la madera y el pladur, Danny retrocedió al salón. Abrió fuego, barriendo el fusil de izquierda a derecha mientras trazaba una línea de puntos a lo largo y a través de la pared del salón. A juzgar por los gritos de la estancia contigua cuando el M-16 hizo clic al quedarse vacío, había dado a sus objetivos.

Arrojando al suelo el fusil humeante, Danny se lanzó al comedor, o lo que quedaba de él, con astillas, trozos de pared y tres cadáveres acribillados tirados por el suelo. Cuando el zumbido en sus oídos amainó, Danny oyó sirenas aullando en la lejanía. Miró por la ventana y vio a los hombres de Delgado huyendo por la entrada ante la inminente llegada de la policía. Abriéndose paso hasta el recibidor, miró por la puerta lateral abierta y vio a Nikki. Delgado la empujó al asiento trasero de su coche antes de subirse junto a ella. Garcia se plantó junto a la puerta delantera del pasajero, alzó el arma mirando hacia donde estaba Danny y soltó unos cuantos disparos mal apuntados. Al devolver el fuego, Danny alcanzó a Garcia en la pierna y el estómago, tirándolo al suelo. Garcia miró a Delgado en busca de ayuda mientras intentaba ponerse en pie y abrir la puerta del coche.

—Conduce, sácanos de aquí, vamos —gritó Delgado al conductor, sin una sola muestra de consideración por su leal mano derecha.

El coche arrancó mientras Danny salía de la casa a la carrera tras él, y su mano se quedó a centímetros de la manilla.

—Joder —gritó, con la rabia y la frustración desbordándose.

De vuelta, miró a Garcia retorciéndose de dolor, el rostro cargado de ira y el ánimo negro mientras caminaba hacia él despacio. Al verlo venir, Garcia intentó desesperado llevar su mano empapada de sangre hacia la pistola. Justo cuando cerraba los dedos temblorosos alrededor de ella, la bota de Danny le pisó la muñeca antes de agacharse y quitarle el arma.

—¿Adónde va?

—Que te jodan.

Sin previo aviso, Danny le disparó a Garcia en la otra pierna.

—Argh, que te jodan —escupió Garcia entre dientes.

—El próximo tiro te vuelo la polla. ¿Adónde va? —gruñó Danny, agachándose sobre los talones para clavarle el cañón en la entrepierna.

Garcia lo miró desafiante, respirando con fuerza a través del dolor.

—Vale, despídete de tu mejor amigo —dijo Danny, tirando del gatillo lentamente con los dedos.

Garcia clavó la vista en la mano de Danny que sostenía la pistola, aguantando todo lo que pudo hasta que comprendió que de verdad iba a volarle las partes.

—Aeropuerto La Vanguardia, Rico está esperando para llevarlo a Venezuela.

Con las sirenas cada vez más fuertes y débiles destellos de luces azules visibles en la sinuosa carretera de la montaña bajo la casa, Danny se puso en pie.

—Estás muerto, Pearson, te encontraremos —murmuró Garcia a su espalda.

Sin volverse, Danny echó el arma hacia atrás y le metió una bala en la coronilla a Garcia.

—No, no lo haréis —gruñó Danny, saliendo por la cancela y subiendo la carretera hasta donde Scott le esperaba en el coche.

—Arranca, Scott, dale con todo. Tenemos un avión que alcanzar.

CUARENTA Y NUEVE

Gabriel llegó a la casa de Delgado unos veinte minutos después que la policía. Aparcó en la carretera por la cantidad de coches patrulla con las luces azules parpadeando que bloqueaban la entrada y el camino de acceso. Mientras se abría paso entre los vehículos, dos agentes le detuvieron.

—Lo siento, señor, no puede entrar —dijo uno de ellos—.

Él miró por encima de ellos y vio al jefe de policía, Armando Uribe, junto a un grupo de agentes alrededor de un cadáver en el camino de acceso.

—Oye, Armando —gritó—.

—Gabriel, ven, ven. Dejadle pasar —vociferó Armando, haciéndole señas.

—¿Ese es Delgado? —dijo Gabriel, señalando al hombre en el suelo.

—No. Él no está aquí. Es su mano derecha, Diego Garcia.

—¿Tus chicos le han pegado un tiro?

—Eh, no. Espera un segundo, Gabriel —dijo Armando, volviéndose hacia un agente a su lado—. Jozano, dame un minuto, por favor —añadió, volviendo a Gabriel—.

—Ya estaba así cuando llegamos. Hay más cadáveres dentro. Parece un maldito campo de batalla —continuó Armando, señalando la casa.

—¿Alguna señal de Pearson, Scott Miller o su hermana?

—No. Ningún hombre blanco ni mujeres, solo colombianos. Hemos dictado una orden de detención contra Delgado y hemos puesto coches de patrulla en todas las rutas principales de salida de la ciudad para localizar su coche.

—Voy a intentar localizar a Scott Miller —dijo Gabriel, pulsando llamar en su móvil mientras Armando enviaba a Jozano con unas instrucciones—.

Apenas llegó a dar un tono antes de saltar al buzón de voz. —Señor Miller, soy el agente Anderson, de la DEA. ¿Puede llamarme en cuanto reciba esto?—

—Mierda, quizá estén fuera de cobertura. No hay señal durante unos cincuenta kilómetros en cuanto cruzas al otro lado de las montañas —dijo Gabriel, mirando a Armando.

—O muertos. A ver, dame el número. Pediré a Jefatura que rastree el móvil. Podemos fijar su ubicación en cuanto haga ping en una antena de telefonía —dijo Armando con el móvil pegado a la oreja, ya llamando a la central de policía.

Jozano se dirigió hacia la puerta principal, mirando por encima del hombro para asegurarse de que nadie le prestaba atención. Pasó entre todos los coches de policía hasta la carretera y se quedó en las sombras, en la esquina de la propiedad. Sacó el móvil e hizo una llamada al hombre que le pagaba generosamente por sus servicios. El número saltó directamente al buzón de voz.

—Señor Delgado, soy Jozano. Hay una orden de detención contra usted y hay coches patrulla en todas las carreteras principales buscando su coche.

Colgó, guardó el teléfono en el bolsillo y volvió hacia la casa.

CINCUENTA

Avanzando a toda pastilla con apenas algún coche o camión que adelantar de madrugada, el conductor de Delgado hizo buen progreso por la Ruta 40 mientras esta serpenteaba junto al río Negro. Salieron del túnel de Mesa Grande y bajaron hacia el fondo del valle y el pueblo de Guayabetal. El teléfono de Delgado enganchó la antena de la localidad y pitó anunciando un mensaje de voz entrante. Pulsó y escuchó

—Señor Delgado, soy Leon. Hay una orden de detención contra usted y hay coches patrulla en todas las carreteras principales buscando su coche.

Mientras escuchaba el mensaje, Nikki se sentó enfrente, encogiéndose todo lo posible en el rincón más alejado de Delgado. Había pensado en saltar varias veces, pero a esa velocidad se mataría o se haría pedazos. Decidió esperar su momento y aguardar a la ocasión adecuada para soltarle una patada a Delgado con estos malditos tacones de aguja que él había escogido para ella, y luego echar a correr con el ridículo vestido de seda blanco que la habían obligado a ponerse.

—Salga de la carretera en el próximo pueblo. Necesitamos otro coche. La policía está buscando este —dijo Delgado a su conductor en español.

—Sí, señor.

El pueblo no era más que un pequeño conjunto de casas y comederos desperdigados para atrapar a los automovilistas de la

transitada carretera. Al salirse de la vía principal, entraron en una pequeña plaza con unas pocas calles que se internaban unos cien metros hasta que el río impedía cualquier crecimiento. A las dos de la madrugada todo estaba en silencio. Las tiendas, los bancos y la iglesia, a oscuras y vacíos.

Nikki aprovechó su oportunidad: encogió la pierna y clavó con todas sus fuerzas el minúsculo tacón en el muslo de Delgado. Atravesó la tela y se hundió en la carne. Al mismo tiempo, tiró de la manecilla y cayó de espaldas a la calzada, golpeando el asfalto con la espalda antes de rebotar y rodar una y otra vez. Con Delgado maldiciendo por la puerta abierta del coche, Nikki se puso en pie de un salto, se descalzó de los tacones y echó a correr por la calle más cercana, alejándose de la plaza.

—¡Id a por ella! —gritó Delgado, sujetándose la pierna.

El conductor hizo girar el coche y aceleró tras Nikki; el vestido de seda blanco, recogido, brillaba con fuerza en los faros mientras ella corría gritando pidiendo ayuda.

Cien metros detrás, en la carretera principal, Danny y Scott atravesaron el pueblo a toda prisa en el pequeño Renault amarillo. Sin saber que Nikki y Delgado estaban cerca, intentaban ignorar el motor sonando como una caja de tornillos mientras el coche dejaba una estela de humo blanco.

—Ayúdeme, por favor —gritó Nikki, corriendo hacia una casa y aporreando la puerta.

Al final se encendió la luz mientras golpeaba frenética. Al mirar atrás, vio el coche de Delgado deteniéndose. Se abrió la puerta y un hombre de mediana edad se quedó mirándola. Repetía una y otra vez algo en español mientras ella intentaba hacerle entender que corrían peligro. Antes de que llegaran a nada, el hombre se quedó helado y subió las manos, los ojos fijos por encima del hombro de Nikki en la pistola del conductor apuntándole.

—¿Tienes coche? —dijo Delgado con educación en español.

—*Sí* —dijo el hombre, señalando un destartalado 4x4 azul aparcado en la calle.

—Dentro —dijo Delgado, gesticulando para que el hombre retrocediera antes de empujar a Nikki tras él. El conductor echó un

rápido vistazo a la calle vacía y silenciosa antes de seguirlos al interior.

—Las llaves —dijo una vez en el diminuto salón—. *Gracias, amigo* —sonrió, acercándose para coger las llaves de la mano del hombre.

Se oyó un clic en su otra mano al salir la hoja de la navaja. Delgado se la arrastró por el cuello al pobre hombre antes de que este supiera lo que pasaba. Cayó de rodillas, llevándose las manos a la garganta, con un gesto de sorpresa congelado en la cara mientras un río de sangre le corría por el camisón. Segundos después se desplomó boca abajo, convulsionó un rato y luego quedó inmóvil.

Con la pistola del conductor clavada en la nuca de Nikki, se volvieron para salir.

—¿Quién estaba en la puerta? —se oyó la voz de una mujer desde el dormitorio antes de que salieran por la puerta principal.

—El Diablo —susurró Delgado, dándose la vuelta para salir del salón y entrar en el dormitorio.

—No, no, por favor —suplicó la anciana, y luego silencio.

Delgado volvió a la habitación y agarró a Nikki del pelo. Le apretó la navaja, empapada en sangre, contra la garganta y la empujó hacia el coche.

Instantes después volvieron a incorporarse a la Ruta 40 y siguieron rumbo al aeropuerto de La Vanguardia.

CINCUENTA Y UNO

Recuperaron la cobertura al pasar por el pueblo de Guayabetal. A Danny le vibró el móvil con una llamada perdida y un mensaje de voz.

—Señor Miller, soy el agente Anderson de la DEA. ¿Puede llamarme en cuanto reciba esto?

—Vamos, Scott, dale más caña, tío —dijo Danny antes de darle al botón de rellamada.

—Como le meta más, ejem, caña, como dices tú, este, eh, cómo lo diría, vehículo muy baqueteado va a deshacerse en pedazos —replicó Scott, aunque apretó un pelín más el acelerador.

—¿Scott? —llegó la voz de Gabriel al otro lado del teléfono.

—No, soy Daniel Pearson.

—Gracias a Dios, ¿dónde está? ¿Han salido todos bien?

—Scott está conmigo. Delgado se ha escapado y se ha llevado a Nikki Miller. Van hacia el aeropuerto de La Vanguardia. Intentamos alcanzarlos antes de que pueda volar a Venezuela.

—De acuerdo, estoy en casa de Delgado con el jefe de Policía. Voy a intentar movilizar a las autoridades locales para que vayan al aeropuerto y lo cierren. ¿Cuánto le falta?

—Unos veinte minutos. Solo dése prisa —dijo Danny, colgando porque no había nada más que discutir.

Siguieron conduciendo un rato en silencio hasta que Scott lo rompió.

—No te preocupes, viejo, la recuperaremos.

—Tenemos que hacerlo. No puedo perderla, Scott, no puedo —dijo él.

No tardaron en tomar la vía de acceso al aeropuerto. Danny hizo que Scott se detuviera frente al edificio principal. No había luces azules ni policía, solo unos coches en el aparcamiento del personal nocturno de control aéreo y un esqueleto de vigilantes de seguridad. La pista en sí estaba en calma salvo por las luces de la terminal y de la pista. Las únicas luces visibles aparte de esas provenían de un hangar a cien metros del edificio principal. Fuera, un pequeño camión cisterna estaba repostando un jet privado.

—Aún no está aquí. ¿Por qué no está aquí todavía? —dijo Danny, frunciendo el ceño profundamente.

—No lo sé, quizá haya tomado otra ruta o se haya parado en algún sitio. Al fin y al cabo, es bueno, ¿no? —dijo Scott, sin saber qué iba a hacer Danny ahora que estaban allí de verdad.

—Apaga las luces y conduce hasta la valla detrás de ese hangar —dijo Danny, sin apartar los ojos del jet.

—Recibido, compañero —dijo Scott con una fingida voz marcial.

—Es solo «recibido». No somos una panda de camioneros.

—Ah, sí, claro —dijo Scott, avanzando a oscuras.

—Aquí vale, tío, arrímalo bien a la valla —dijo Danny cuando la parte trasera del hangar los dejó fuera de la vista de cualquiera desde el jet de delante.

Scott hizo lo que Danny le dijo y mató el motor en cuanto se detuvieron. Danny ya estaba fuera del coche y arrancando la funda peluda del asiento del copiloto antes de que Scott se hubiera quitado el cinturón.

—Sal por este lado, Scott; subiremos al techo del coche y saltaremos la valla —dijo Danny, encaramándose al capó y de ahí al techo. El techo abolló hacia dentro y Scott dio un brinco mientras trepaba hacia el asiento del copiloto.

Cuando Scott consiguió salir, Danny ya había echado la funda peluda sobre las hileras de alambre de espino en lo alto de la valla. Trepó, se agarró a la malla metálica del otro lado y se dejó caer al suelo.

—Vamos, date prisa.

—A nadie le gustan los chulos —murmuró Scott, siguiéndolo hasta el techo del coche antes de pasar las piernas con torpeza por encima de la valla. Perdió el agarre al intentar bajar por el otro lado y cayó de culo junto a Danny.

—¿Estás bien, Scotty, chaval?

—Oh, sí, de maravilla —respondió Scott, estirándose al ponerse en pie.

Danny sacó una pistola de la parte trasera del pantalón y se la tendió a Scott.

—El seguro está puesto, es esto, tío. Si alguien se te pone por delante, no pienses: dispara. Acuérdate de quitar el seguro antes, ¿vale?

Scott cogió la pistola y asintió. Danny sacó la otra de la cintura de los vaqueros y avanzó por la parte trasera del hangar hasta la esquina opuesta. Echó un vistazo al hormigón donde los aviones aparcaban y rodaban hacia la pista. No se veía a nadie. Desde su posición, el jet y el camión cisterna de la parte delantera del hangar seguían fuera de su campo de visión.

—Quédate pegado a mí —dijo Danny, volviéndose para mirar a Scott.

—Recibido —respondió Scott con una sonrisa.

A pesar de todo, Danny no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Vamos, Rambo.

Avanzaron hacia la esquina delantera del hangar. Danny asomó la cabeza lo justo para ver con un ojo lo que pasaba. Con la puerta del hangar abierta, las potentes luces del interior iluminaban el camión cisterna y el jet. Danny vio a un tipo con mono soltando la manguera del jet y colocándola con cuidado en el camión. El piloto apareció en la puerta abierta y charlaron un momento. El conductor del camión le hizo un gesto con la mano, subió a la cabina y se fue hacia el edificio principal. Danny siguió observando cómo el piloto volvía la atención hacia el hangar. Una sombra alargada, fina, con forma de hombre, se estiró por el hormigón hasta que Rico apareció en la puerta.

—Calienta los motores; llegarán en breve —dijo Rico.

El piloto asintió y desapareció dentro del jet. Rico sacó el móvil, que estaba sonando, y volvió al hangar hablando en español con Delgado.

—Eh, algo *los motors*… los motores. Que los arranque, supongo.

Justo cuando Scott lo dijo, los motores dejaron oír un zumbido bajo y empezaron a subir de vueltas.

—Ajá, ahí lo tenemos —dijo Scott, encantado de haberse entendido.

—¿Y lo demás?

—A ver… *aqui en breve*. Eh… aquí hoy… no, eso no. Pronto. No, en breve, aquí en breve.

—Vale, Delgado viene de camino con Nikki. Bien. Necesito que entres en ese avión y evites que se mueva, Scott. Simplemente apúntale con la pistola al piloto y tira de encanto, ¿ok? Yo me voy a encargar de Rico.

—Encargarme del piloto, parar el avión, entendido —dijo Scott, excitado.

—Sales recto desde aquí y te acercas a la puerta por detrás del avión. No te verán venir hasta que ya estés dentro. Yo me deslizaré por el frente del hangar y me colaré —dijo Danny, mirándole a la cara para asegurarse de que lo había entendido.

—Recibido —dijo Scott, deseando salir ya.

Ya en modo operación, Danny se limitó a asentir y a darle salida con la mano. Se movió rápido por el frente del hangar y se pegó a los paneles metálicos junto a la puerta abierta. Observó a Scott deslizarse por el lateral del avión antes de subir los peldaños y desaparecer dentro. Volviendo a centrarse en el hangar, Danny asomó la cabeza por la puerta abierta y se hizo una foto mental del interior. Aparte de varias avionetas, polipastos y bancos de mecánico, ni rastro de Rico ni de nadie más. Movió la cabeza un poco más para ganar ángulo. Se oía un monólogo, como alguien hablando por teléfono, desde algún punto fuera de su vista, hacia el fondo. Echó un vistazo rápido al avión. Parecía tranquilo. Sin disparos ni gritos, lo cual era buena señal. Volvió a girarse, rodó al otro lado de la puerta y se deslizó dentro del hangar.

CINCUENTA Y DOS

El interior del hangar estaba muy iluminado. Unas luces halógenas abovedadas colgaban en hileras del techo, iluminando el paso entre cada avión. Agachándose tras un gran carro de herramientas con ruedas, Danny esperó a que la luz dejase de hacerle daño en los ojos tras venir de la oscuridad antes de buscar a Rico.

¿Dónde coño está?

Un suave repique metálico, como de alguien soltando algo sobre un banco de trabajo, resonó desde algún lugar hacia el fondo del hangar. Con la pistola en alto, Danny avanzó en silencio hacia el origen del ruido, con la concentración y las miras del arma alineadas, moviéndose ambos como uno solo. A mitad de camino se quedó helado al atisbar fugazmente a alguien moviéndose entre los aviones antes de perderlo de vista. Danny cambió de dirección; otro repique, desde su izquierda, le hizo girar de nuevo. Dio un paso al frente y se detuvo.

Me está toreando. Sabe que estoy aquí. Sabe dónde estoy.

La revelación hizo que Danny reevaluara la situación.

¿Dónde estaría yo? ¡Mierda!

Se giró en seco a la derecha, barriendo con la pistola mientras se movía. Rico asomó desde debajo del ala de una avioneta, con la pistola en alto, apuntando a Danny. A partir de ahí, todo ocurrió a cámara lenta. Rico disparó primero; la bala alcanzó a Danny en el hombro una milésima de segundo antes de que este devolviera el

fuego. La sacudida desvió el tiro de Danny mientras giraba por el impacto. Su disparo se fue alto, abriendo un orificio redondo y limpio en el ala sobre Rico. El combustible de aviación le corrió por el brazo y la pistola cuando apretó el gatillo por segunda vez. Aún retrocediendo por el tiro en el hombro, Danny cayó de espaldas contra un banco de herramientas. Las herramientas volaron al suelo cuando el disparo de Rico le silbó a escasos centímetros por encima de la cabeza.

El fogonazo del arma de Rico prendió el combustible de aviación. La llama se propagó en tres direcciones en una fracción de segundo: hacia el ala, hacia el suelo y a lo largo del brazo de Rico. Sin apartar la vista de Danny, el rostro de Rico se contrajo de dolor y rabia. Soltó la pistola ardiente y se lanzó contra Danny, con la manga aún en llamas. Antes de que Danny pudiera afirmarse para devolver el tiro, Rico se le echó encima, le sujetó la muñeca con el brazo izquierdo para apartar el arma y, con el derecho, giró un puñetazo con todo su peso contra el hombro herido; el combustible de su brazo se consumió dejando la manga humeante.

Descargas eléctricas de dolor desgarraron el cuerpo de Danny desde el hombro herido. Apenas era consciente de que Rico le estrellaba el dorso de la mano contra el banco de trabajo hasta que la pistola salió volando de su agarre, tintineando en algún lugar detrás del banco. Incapaz de mover el brazo dañado, Danny lanzó la cabeza hacia delante con todas sus fuerzas, bajándola en la trayectoria del puño entrante de Rico. La parte más dura de la frente de Danny se estrelló contra los nudillos de Rico, dislocando los dos centrales y dejando los dedos con ángulos extraños. Cuando Rico se echó atrás, Danny le soltó una patada, se impulsó del banco y se puso en pie.

Ambos se quedaron mirándose, esperando el siguiente movimiento. Rico agarró sus dos dedos dislocados, los estiró y luego empujó con fuerza, encajando de nuevo los nudillos; su silueta temblaba por el intenso calor del fuego creciente a su espalda, a medida que más combustible y el interior del avión prendían.

El bloqueo se rompió cuando Rico se agachó y cogió una gran llave de vaso. Los ojos de Danny saltaron al banco. Se estiró con el

brazo bueno y agarró un perfil en L de unos sesenta centímetros, levantándolo a tiempo para desviar de un golpe la llave de Rico cuando venía oscilando hacia su cabeza. Cebado de adrenalina y por la necesidad de vengar la muerte de su hermano, Rico volvió al ataque en un destello y le rompió a Danny el lateral de la cabeza con un golpe de revés. Danny cayó de una rodilla y no pudo evitar que el siguiente golpe en el hombro lo arrojase al suelo, en agonía. Cuando quiso darse cuenta, Rico estaba encima, le arrancó el perfil en L de la mano y se lo clavó en el cuello, empujándolo contra su garganta.

—Esto es por Felipe —dijo Rico, acercando la cara a la de Danny.

Incapaz de respirar y con un solo brazo en condiciones, Danny golpeó a Rico sin efecto. Con la cabeza dándole vueltas, Danny miró hacia la puerta abierta del hangar. Sin pensar con claridad, intentó averiguar de dónde había salido el 4x4 azul destartalado. Solo cuando Delgado bajó de la parte trasera, pistola en una mano, arrastrando a Nikki descalza con la otra, su mente se despejó y nació una rabia interior. Barriendo con la mano el suelo de hormigón, el dedo de Danny tocó el mango de algo. A tientas para hacerse con él, por fin lo agarró y, sin saber qué era, se lo hundió con todas las fuerzas que le quedaban en las costillas a Rico. Oyó un gruñido ahogado y notó que la presión en el cuello cedía. Retiró la mano y volvió a hundir una y otra vez lo que tuviera en la mano en las costillas de Rico.

Tambaleándose al ponerse en pie, Rico le miró con asombro. Tosió; el sabor metálico de la sangre le llenó la boca. El vástago metálico de un destornillador salió deslizándose de su pulmón perforado. De las heridas de apuñalamiento emanó un sonido burbujeante y sibilante mientras el destornillador rebotaba en el suelo. Aspirando grandes bocanadas de aire, Danny recogió las dos piernas y pateó el vientre de Rico, lanzándolo contra la bola de fuego detrás de él. Al pasar bajo el ala, el combustible lo empapó, envolviéndolo en llamas. Se quedó un segundo como una antorcha humana y luego cayó de rodillas antes de desplomarse boca abajo.

Agarrándose al banco de trabajo, Danny se incorporó con el brazo bueno. Rodeó el banco tambaleándose y se agachó penosamente para recoger su pistola. Al dirigirse hacia la puerta del

hangar, vio a Delgado empujando a Nikki dentro del avión. Aún respirando con dificultad, Danny se apresuró hacia el avión. Justo al salir al aire fresco de la noche, el chófer de Delgado apareció desde detrás del viejo 4x4, con el arma apuntando a Danny. Reaccionando rápido, Danny encaró el arma al frente y metió dos balas en el pecho del chófer y una en la cabeza mientras este devolvía el fuego. Cuando el chófer cayó al suelo, Danny vio que Delgado le miraba, sonreía y cerraba la puerta del reactor. Intentó echar a correr hacia delante, pero no pudo. Al mirarse, se dio cuenta de que el chófer le había disparado en el abdomen. El dolor le golpeó en cuanto el cerebro alcanzó al shock del disparo, y se le fueron las piernas.

No, tengo que recuperarla.

Se arrastró hacia el avión mientras los motores se aceleraban y empezaba a alejarse. Al girar la cabeza a un lado, vio una hilera de luces azules intermitentes atravesando el portón junto al edificio principal, viniendo hacia él.

Segundos después perdió el conocimiento.

CINCUENTA Y TRES

Cuando su chófer cayó, Delgado vio a Danny de pie en la puerta del hangar, con la manga empapada de sangre que le bajaba desde el hombro y le goteaba de los dedos al suelo. Un segundo charco de sangre apareció, empapándole la camisa a toda velocidad alrededor del estómago antes de gotearle sobre los pantalones. Delgado sonrió y cerró la puerta. Miró por la ventanilla redonda y observó a Danny caer de rodillas y luego de bruces. Al girarse hacia su asiento, Delgado vio la cara de shock de Nikki cuando se agachó para mirar a Danny tendido e inmóvil en el suelo.

—Siéntese ahí donde pueda verla, y no se mueva.

Delgado le clavó la pistola en el estómago, obligándola a dejarse caer en un asiento.

—Abróchese el cinturón —dijo, antes de cojear hasta su propio asiento; aún le dolía la patada de stiletto que Nikki le había dado en la pierna.

Mientras se sentaba y miraba por la ventanilla, le llamaron la atención las luces azules estroboscópicas que rebotaban en los edificios del exterior a medida que se acercaban los coches de policía.

—Oiga, piloto, sáquenos de aquí de una puta vez, ahora —gritó, inclinándose hacia el pasillo para mirar la espalda del piloto en la cabina.

—Sí, señor —respondió este sin volverse.

Los motores aceleraron y el avión rodó por la pista hacia el despegue. Delgado volvió a mirar por la ventanilla y vio a los coches de policía persiguiéndolos.

—Pronto estaremos en Venezuela y aprenderá a obedecerme —dijo, creciendo en confianza a medida que el avión ganaba velocidad y dejaba a los coches rezagados.

Sin previo aviso, el avión dio un tirón hacia atrás, con los frenos a fondo y los flaps arriba; la deceleración hizo que Delgado saliera despedido de su asiento, deteniéndose en seco cuando se estampó contra el mamparo detrás de la cabina. La pistola de Delgado se deslizó por debajo de los asientos mientras Nikki se echaba hacia delante de golpe, tensándose el cinturón para mantenerla sujeta. En la parte trasera del avión, la puerta del aseo se abrió de golpe y un hombre amordazado y atado, en calzoncillos y camiseta interior, salió volando al pasillo.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué nos hemos parado? —gritó Delgado mientras se ponía en pie tambaleándose, con los ojos rastreando su pistola.

Al desabrocharse el cinturón, Nikki pudo verla en el suelo, entre la segunda fila de asientos. Se deslizó fuera del suyo y se lanzó de través, estirando la mano para coger la pistola. Una mano le agarró del pelo y la tiró hacia atrás con violencia justo antes de que llegara a tocarla; la hoja afilada del cuchillo de Delgado le escoció en el cuello cuando se lo apretó contra la piel.

—Vuelva aquí —le siseó Delgado al oído, con la vista puesta en las luces azules cegadoras de los coches patrulla mientras rodeaban el avión.

—Oiga, buen hombre, ¿le importaría muchísimo apartar ese cuchillo del cuello de mi hermana? Así me gusta —dijo Scott, clavándole su pistola en la nuca a Delgado.

Delgado no se movió; la mente le daba vueltas mientras sopesaba si degollarla e ir a por Scott o entregarse a la policía y confiar en poder sobornar a alguien. Apartó el cuchillo del cuello de Nikki y se giró lentamente para encararse con Scott. Mientras lo hacía, la policía aporreó la puerta del avión, exigiendo que la abrieran. Durante una fracción de segundo, los ojos de Scott se

desviaron hacia la puerta. Delgado aprovechó el instante y lanzó un tajo al cuello de Scott. Este se echó hacia atrás justo a tiempo para que la hoja le fallara la garganta y le abriera la parte alta del brazo. Actuando por instinto, Scott apretó el gatillo. Se estremeció y miró el arma, confuso; se dio cuenta un segundo tarde de que no había quitado el seguro. Delgado se la arrancó, desgarrándosela de la mano para voltearla. Bajó el seguro y se la apuntó a la frente. Con la mente a mil, Scott se quedó inerme mientras el dedo de Delgado apretaba el gatillo.

Sonó un estallido cuando se disparó un arma. La parte delantera de la cara de Delgado estalló al mismo tiempo contra el mamparo junto a Scott. Mientras su cuerpo caía desplomado al suelo, Nikki se quedó en su lugar con la pistola de Delgado humeando en la mano. Scott se quedó paralizado, incapaz de moverse, hasta que los golpes en la puerta lo sacaron del trance.

—¿Estás bien, hermanita? —dijo por fin.

Ella asintió, dejando caer la pistola, temblando, todavía en shock. —Danny, ¿está bien? Le he visto recibir un disparo.

Scott abrió la puerta y levantó las manos mientras una docena de agentes les apuntaban con sus armas y les gritaban en español. Les hicieron bajar del avión y les empujaron contra los coches mientras les ponían las esposas. Al mirar hacia la pista, vieron una ambulancia junto al hangar. Cerró las puertas traseras y se marchó con las luces encendidas y la sirena aullando.

—Estará bien, hermanita. El condenado es demasiado tozudo para morirse —dijo Scott, tratando de mostrarse animoso.

Un coche patrulla cruzó la pista a toda velocidad y se detuvo a su lado. Un hombre de esmoquin bajó con un teléfono pegado a la oreja. Se lo apartó para hablar con los agentes antes de volverse hacia Scott y Nikki.

—¿Ustedes son Scott Miller y Nichola Miller, verdad?

—En efecto, lo somos —dijo Scott, mientras los agentes les quitaban las esposas.

—Soy Jacob Gutierrez, jefe de policía de Villavicencio. Disculpen la pinta, estaba en una cena benéfica cuando recibí la llamada.

Tomen, hay alguien que quiere hablar con ustedes —dijo, tendiéndole el teléfono a Scott.

—Danny, eh... el señor Pearson, ¿cómo está? —preguntó Nikki a Jacob, al borde de las lágrimas.

—Sigue vivo, pero ha perdido mucha sangre. No sé más que eso.

—Hola —dijo Scott por el teléfono de Jacob.

—Señor Miller, gracias a Dios, ¿están todos bien? —llegó la voz de Gabriel por el auricular.

—Sí, mi hermana y yo estamos bien, pero a Daniel le han pegado un tiro y está muy mal.

—De acuerdo, miren, vayan con el jefe Gutierrez. Ya voy para allá. Me reuniré con ustedes en la comisaría. Arreglaremos todo y los llevaremos al hospital.

—Gracias, Gabriel —dijo Scott, devolviéndole el teléfono a Jacob.

Los condujo hasta su coche y les abrió la puerta trasera. Una vez dentro, dejaron atrás el mar de coches patrulla con las luces encendidas y pasaron junto al cadáver del chófer de Delgado. Un gran charco de sangre de Danny se extendía en el suelo, justo a la entrada del hangar en llamas.

CINCUENTA Y CUATRO

Danny por fin abrió los ojos después de tres días en la UCI; el tubo del respirador en la garganta le hizo arcadas. Aturdido, intentó levantar el brazo para quitárselo, y el dolor en el hombro lo espabiló de golpe. Una enfermera le bajó el brazo con cuidado y se lo retiró ella, limpiándole la boca de babas mientras le daban arcadas al salir el tubo.

—Quédese quieto, señor Pearson, voy a llamar al médico —dijo la enfermera en un inglés fuertemente acentuado—.

Mientras la veía salir de la habitación, unas manos suaves le pasaron por el pelo y le tocaron la mejilla, haciéndole girar la cabeza. La cara sonriente de Nikki lo miraba desde arriba.

—Creí que te había perdido —croó con la garganta seca.

—Yo creí que te había perdido a ti —respondió ella, inclinándose para besarle la mejilla—.

—Sí, y yo pensaba que os había perdido a los dos. Pero parece que me quedo con vosotros para rato —dijo Scott, sonriendo para sí desde una silla a un lado de la habitación—.

—Dios, ¿ha salido con vida? —gruñó Danny antes de soltar una risita, que el dolor en el vientre le cortó en seco.

—Eh, despacio. Te han sacado una bala de ahí —dijo Nikki, sirviéndole un vaso de agua y acercándoselo a la boca para que diera un sorbo—.

—Gracias —dijo él, con la voz más clara—. ¿Qué ha pasado? ¿Delgado? ¿El avión? —preguntó Danny, haciendo una mueca al

intentar incorporarse sin conseguirlo.

—Quédate quieto. A este paso te vas a abrir los puntos. Si quieres saber qué pasó, mi hermano fue un héroe. Fingió ser el piloto y me salvó. Delgado está muerto —dijo Nikki, sonriéndole a Scott—.

—¡Scott! ¿Héroe, eh? ¿Tú mataste a Delgado?

—Pues sí, ejem, y no. Fingí ser el piloto y sorprendí a Delgado, pero fue Nikki quien me salvó y lo mató a él.

—Joder, os dejo solos cinco minutos... —

El médico entró, y la habitación quedó en silencio antes de que pudieran responder.

—Señor Pearson, nos alegra tenerlo de vuelta. Ha estado en un tris.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera?

—Tres días, señor Pearson. Se ha perdido toda la diversión. Usted y sus amigos son héroes nacionales. El aparcamiento está lleno de prensa mundial desde el escándalo del amaño electoral y desde que Balthasar Delgado ha sido expuesto como el narco El Diablo. Hay fotos de su finca y de la base de submarinos por todos los periódicos.

—¿Y las heridas de Danny? ¿Se pondrá bien? —dijo Nikki, cambiando de tema.

—Necesitamos tenerlo ingresado unos días más. Ha perdido mucha sangre, señor Pearson. Pero, por suerte, la bala en el abdomen solo rozó el hígado antes de salir. Es un milagro que no tocara ningún otro órgano vital. En cuanto al hombro, hay algo de daño nervioso y muscular, pero con reposo y fisioterapia debería quedar como nuevo.

—Gracias, doc —dijo Danny, notando otra vez los párpados pesados—.

—De momento, lo mejor es que descanse. Todos. ¿Por qué no vais a dormir un poco? El señor Pearson estará bien hasta que volváis —dijo el médico, mirando las caras cansadas de Nikki y Scott—.

Se volvieron hacia Danny.

—Sí, id, estaré bien —dijo, bostezándoles—.

—Vamos, hermana. Cogeremos un taxi al hotel y dormimos unas horas —dijo Scott, sonriéndole a su mejor amigo—.

Nikki besó a Danny y retrocedió para unirse a Scott.

—Venga, largaos y dejadme echar una cabezada —dijo Danny con una sonrisa—. Ah, cuando volváis, traedme comida. Algo grasiento, como una hamburguesa con patatas fritas, y una cerveza. Traedme cerveza —les gritó mientras se iban—.

—Sí, está como una rosa —dijo Scott, negando con la cabeza al salir.

Danny durmió del tirón ocho horas y se despertó más tarde esa tarde. El médico volvió a visitarlo. Satisfecho con sus constantes, le desconectó todos los monitores y las vías y lo dejó viendo la BBC World Service en la tele. Tras un programa sobre el declive de la selva amazónica, el canal pasó a noticias de América Latina. Delgado, las elecciones y la elaborada operación de contrabando de droga seguían en portada. Mostraron imágenes de la carretilla elevadora sacada del túnel, cargada con su pila de ladrillos de cocaína. La cámara hizo un paneo para mostrar el resto de la base de submarinos y la rampa de camiones hasta el hangar.

Mmm, supongo que se llevaron el dinero cuando huyeron, pensó Danny, al notar que faltaba la pila de dólares envueltos en celofán.

La siguiente noticia se trasladó al mar Caribe. Un submarino de la Marina estadounidense y dos naves de combate de aspecto futurista habían rodeado el viejo Yasen-M nuclear exruso de Delgado. El reportero habló de una operación conjunta entre Colombia y Estados Unidos. Habían seguido y capturado el submarino a su regreso a la base de Delgado. Al parecer, el submarino desapareció de la Armada rusa, presuntamente hundido, hace unos diez años.

El sonido de la puerta al abrirse interrumpió lo que estaba viendo. Entró Gabriel Anderson con otro hombre. Danny lo reconoció de la tele como el presidente Alejandro Perez.

—Señor Pearson, ¿cómo se encuentra? —dijo Gabriel, acercándose a Danny con la mano extendida—.

—Depende de si está aquí para darme las gracias o para detenerme —dijo Danny con cautela, estrechándole la mano—.

—Tranquilo, no estamos aquí para detenerlo —dijo Gabriel con una sonrisa—. El presidente Perez quería agradecerle personalmente todo lo que ha hecho por su país.

Gabriel se hizo a un lado para dejar pasar al presidente.

—Es un placer conocerlo por fin, señor Pearson. Mi país le debe una deuda de gratitud. Si no fuera por usted y el señor Miller, nuestro país estaría bajo el control de un tirano. Como muestra de agradecimiento, el Gobierno de Colombia desea pagar sus facturas médicas y el alojamiento de usted y sus amigos en el hotel Four Seasons hasta que esté lo bastante bien como para viajar a casa —dijo el presidente Perez, estrechándole la mano—.

—Eh, por mí no va a haber pegas, muchísimas gracias —dijo Danny, sin saber muy bien qué más decir.

Aparte de interesarse por su salud, los dos hombres no se quedaron mucho. Le dieron las gracias de nuevo al salir y se marcharon. Unos momentos después, Nikki y Scott entraron en la habitación, mirando por el pasillo antes de cerrar la puerta.

—Vaya, amigo, ¿era el presidente Perez?

—Sí. ¿Esa es mi hamburguesa? —dijo Danny, con la boca hecha agua por el olor que salía de la bolsa de Scott.

—Ejem, sí, toma —dijo Scott, rebuscando una caja de poliestireno y entregándosela—.

Danny abrió la caja de comida para llevar; se le iluminaron los ojos al ver la doble hamburguesa grasienta con queso y patatas fritas.

—Mmm, el cielo —dijo, dando un bocado enorme y cerrando los ojos mientras saboreaba el gusto—.

—Bueno, ¿qué quería? —dijo Scott, impaciente.

—Cerveza —respondió Danny antes de dar otro bocado grande—.

—De verdad, es como hablar con un niño. Toma —dijo Scott, sacando una lata de la bolsa—.

Danny abrió la lata con un chasquido y dio un buen trago antes de atacar de nuevo la hamburguesa.

—Dios, qué buena. El viejo Perez, *El Presidente*, ha dicho que el Gobierno colombiano paga el hospital y el hotel. Un gran gracias por los servicios prestados, todo ese rollo.

—A ver, hermana, ¿segura que quieres casarte con este cavernícola? —dijo Scott.

—Sí. No lo querría de otra manera —dijo Nikki, inclinándose para besarlo en la mejilla antes de birlarle una patata—.

—Eh, búscate las tuyas —dijo Danny con una sonrisa.

CINCUENTA Y CINCO

Tras dos semanas en el hospital, los médicos consideraron que Danny estaba lo bastante bien como para irse y volar a casa. Con ayuda de los celadores, Nikki y Scott lo sacaron por la parte de atrás del hospital para evitar a los últimos reporteros, que seguían acampados en la entrada con la esperanza de conseguir una entrevista. Los celadores insistieron en llevarlo en silla de ruedas hasta que saliera del recinto, lo que irritó bastante a Danny, que quería salir caminando.

—No seas tan gruñón —dijo Nikki, caminando a su lado—.

Scott abrió la puerta del taxi y Danny se impulsó fuera de la silla con un brazo, mientras el otro seguía colgando del cabestrillo. Le dolía el estómago al deslizarse por el asiento de atrás, pero se negó a que Nikki y Scott se lo notaran en la cara. Dieron las gracias al celador y se fueron al hotel Four Seasons, subiendo en el ascensor a las habitaciones sin que, por una vez, Danny pusiera pegas. Ya dentro, Nikki y Scott empezaron a hacer las maletas para su vuelo de más tarde.

—Eh, Scotty, chaval, has recuperado tus cosas de Río —dijo Danny al ver el maletín y el portátil de Scott—.

—Sí, hablé con ese joven y amable portero, José de Silva. Por lo visto lo han ascendido a conserje. Tenía todas mis pertenencias empaquetadas y las mandó por FedEx al hotel.

—Genial. ¿Estaba todo?

—Todo salvo el dinero para gastos, que por lo visto desapareció. El hotel Copacabana Palace no va a recibir una buena reseña en TripAdvisor —dijo Scott, frunciendo el ceño—.

—Qué fuerte, tío, ya no te puedes fiar de nadie.

Danny decidió que no estaba de humor para explicar que había cogido el dinero para ayudar a dar con él después de que lo secuestraran.

Ese mismo día volaron en primera de vuelta a Londres; Nikki y Danny se separaron de Scott en el aeropuerto para coger un taxi hasta la casa de Danny en Walthamstow.

—Joder, qué frío hace aquí. Voy a poner la calefacción —dijo Danny en cuanto metieron sus cosas por la puerta—.

—Brrr, quizá deberíamos haber ido a mi casa. En Sídney estamos a unos veintiséis grados —dijo Nikki, siguiéndolo a la cocina—.

—Ahora me lo dices —dijo Danny, tirando algo verde y peludo de la nevera antes de comprobar el té y el café, peleándose para abrir los tarros con una sola mano—.

—Anda, deja que te ayude.

—Está bien, lo tengo. Me bajo a la tienda de la calle principal a por leche y cuatro cosas —siguió Danny, con el dolor en el vientre marcándosele en la cara por mucho que intentara disimularlo—.

—Oiga, señor, tiene que aprender a dejar que la gente le ayude. Voy yo a la tienda, tú descansa. Cuando vuelva, pedimos comida para llevar y hablamos de lugares para la boda —dijo ella, cogiendo el bolso y dedicándole una sonrisa pícara—.

—Vale, pero no te hagas muchas ilusiones. Al paso que vamos, será más bien un dos por uno en el Wetherspoons que la abadía de Westminster.

—Ay, qué seductor estás —gritó Nikki desde el vestíbulo al salir—.

Danny pasó al salón. Por costumbre, se acercó a la ventana a oscuras para bajar las persianas antes de encender las luces. Nunca debes ponerte a contraluz a propósito como un blanco fácil. Justo cuando cerraban las lamas, Danny frunció el ceño y las volvió a abrir lo justo para mirar por una rendija de dos milímetros. Una furgoneta gris lisa se había parado al otro lado de la calle, con dos siluetas en

la parte delantera; pelo corto, sentados bajos en el asiento, lo que sugería que no eran altos. La luz interior se encendió cuando el pasajero abrió la puerta, y su resplandor resaltó su pelo oscuro y unos rasgos hispanos clásicos. El hombre corrió la puerta lateral y sacó una gran bolsa de deporte Nike, a rebosar por el contenido. Por cómo la levantó, pesaba lo suyo.

Cuando cerró la puerta, Danny ya no estaba. Avanzó por el pasillo, deslizando con el brazo bueno su fiel bate de béisbol fuera del paragüero. Echó a correr hacia la puerta trasera, ignorando el punzazo de dolor en el vientre. Danny encajó el bate entre las piernas para abrir la puerta de atrás. Salió a la oscuridad, se deslizó por el agujero de la valla y cruzó el jardín del vecino, yendo por su callejón hacia la parte delantera de la casa. Cruzó la calle a veinte metros de su casa, acercándose a la parte de atrás de la furgoneta desde dos coches más atrás. El hombre de la bolsa casi estaba ya en su puerta cuando Danny se sacó el brazo del cabestrillo. Apretó los dientes cuando el hombro le gritó al agarrar la manilla de la puerta del conductor. Un par de respiraciones profundas y abrió la puerta, encajando la punta del bate de béisbol en el cuello del conductor y clavándolo contra el reposacabezas.

—Como te muevas, te reviento la cabeza como una sandía. ¿Quiénes sois, hombres de Delgado?

El hombre parecía sorprendido, asustado, y negó con la cabeza, levantando las manos en señal de rendición.

El tipo de la bolsa se volvió al oír el ruido y regresó, mirando nervioso arriba y abajo de la calle desde la acera.

—No, señor Pearson, espere. Somos amigos. Edgar Alvarez nos envió para darle algo.

Danny miró de uno a otro.

—Tenga, esto es para usted —repitió el hombre—.

Aflojando el bate del cuello del hombre, Danny retrocedió con dolor, volvió a meter el brazo en el cabestrillo antes de cruzar la calle pasando junto al hombre de la bolsa.

—¿Puede traerla dentro por mí? —dijo, respirando con dificultad y cojeando por el dolor del abdomen—.

Abrió la puerta y señaló la mesa de centro para que el hombre dejara la bolsa. Obedeciendo, el hombre depositó la bolsa y sacó un sobre del bolsillo trasero, entregándoselo a Danny al salir.

—Gracias, señor Pearson, ha hecho algo bueno por nuestro país —dijo antes de cerrar la puerta tras de sí—.

Dejando el bate de béisbol otra vez en el paragüero, Danny entró en el salón y se dejó caer en el sofá, con el sudor resbalándole por la frente. Cuando el dolor remitió lo suficiente como para moverse, rompió el sobre y sacó una carta.

Por salvar a mi querida Tia y por todo lo que has hecho por mi familia. Somos libres para vivir nuestras vidas de nuevo. Gracias. Tu amigo, Edgar.

Dejando la carta a su lado, Danny se inclinó hacia delante y abrió la cremallera de la bolsa. Una larga hilera de Andrew Jackson en billetes de veinte dólares le devolvió la mirada. Cogió uno de los tacos de billetes fajados y los dejó pasar entre los dedos.

—El viejo cabrón, volvió a la cueva y se llevó el lote antes de que llegara la policía —dijo Danny en voz alta, mientras una sonrisa le cruzaba la cara—.

Se abrió la puerta principal y Nikki pasó de largo, llevando la compra a la cocina.

—Vale, ya he traído la compra y un menú del chino de la calle principal. Así que elige lo que quieras, pide la comida y prepárate para hablar de lugares para la boda —gritó entre risas—.

—Sí, vale. ¿Sabes? Creo que la abadía de Westminster vuelve a estar sobre la mesa, después de todo —le contestó Danny—.

—¿Qué has dicho?

CINCUENTA Y SEIS

El funcionario del gobierno conocido solo como Simon caminó a paso ligero por Hyde Park, con el aliento saliéndole en volutas como humo en el aire frío de una mañana de febrero. Siguió el sendero que bordeaba el lago y se dirigió hacia un banco en la parte alta. Simon se sentó junto a un hombre de mediana edad con traje, la cara oculta tras un ejemplar del Financial Times. Se quitó una pelusa del abrigo grueso de invierno con la mano enguantada en cuero y contempló al otro lado del lago el Jardín Conmemorativo de la Princesa Diana.

—Buenos días, Simon. ¿Qué noticias tenemos sobre el incidente de Estambul? ¿Han recuperado ya a su hombre y el maletín? —dijo el hombre sin levantar la vista del periódico.

—No, general, me temo que no. De hecho, la situación puede que haya empeorado bastante.

—¿Cómo demonios podría empeorar la situación? Tenemos a un científico iraní muerto en suelo turco mientras intentaba vendernos la bomba nuclear compacta más potente del mundo —dijo el general, plegando el periódico.

—Parece que Snipe puede haber sufrido una especie de recaída —dijo Simon, entregándole discretamente un sobre marrón al general.

—¿Qué es esto? —dijo, abriéndolo y sacando unas fotos de un cadáver decapitado sentado en una silla, con la palabra Jericho

escrita en grandes letras con sangre en la pared detrás. —Jesús, ¿quién demonios es?

—El doctor Heinrich Mann; era el genetista jefe del proyecto Jericho.

—¿Cuándo y dónde? —dijo el general.

—Stuttgart, Alemania. Los forenses sitúan la hora de la muerte entre las seis y las ocho de la tarde.

—¿Y los demás?

—Tengo hombres vigilando a tres de ellos y a Pearson. Han pasado diez años desde que disolvimos el proyecto. Los demás están bastante dispersos. No se preocupe, lo atraparemos.

—Yo no soy quien debería estar preocupado, Simon. Ya expresé mis reservas sobre usar a ese lunático de Snipe hace meses. El comité, su predecesor y el ministro de Defensa le están pidiendo la cabeza. Le sugiero que resuelva esto, y que lo resuelva rápido. ¿Quizá debería encargarle esto a Pearson?

—Por desgracia, Pearson está convaleciente tras resultar herido en Colombia. Ya tengo a otro contratista sobre el terreno. Uno de los mejores, nombre en clave The Hawk.

—Ah, el serbio; excelente elección. Arregle esto, Simon: entierre a Snipe y recupere ese maletín, y hágalo deprisa.

—Sí, general —dijo Simon.

Siguió un silencio incómodo, hasta que los dos hombres se levantaron y abandonaron el banco, marchándose en direcciones opuestas, aparentemente ajenos a todo cuanto les rodeaba.

CINCUENTA Y SIETE

—Mmm, te encuentras mucho mejor —dijo Nikki, tumbada en la cama junto a Danny justo después de hacer el amor.

Le pasó sus manos suaves por las muchas cicatrices hasta la reciente, al lado del ombligo.

—Sí, ya no me duele el estómago; el hombro aún está bastante rígido, eso sí.

—Eso no es lo único que estaba bastante rígido esta mañana —dijo ella, sonriéndole.

—Tranquila, chica, solo han pasado seis semanas; eres capaz de mandarme de vuelta al hospital —se rió Danny.

Nikki se inclinó y lo besó antes de saltar de la cama y meterse en el baño en suite para ducharse.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —gritó Danny tras ella.

—A las tres y media —respondió ella por encima del ruido de la ducha.

—¿Estás segura de esto, de vender la casa y volver al Reino Unido?

—Sí, ya he tenido mi tiempo en Oz; además, tengo doble nacionalidad. Si tú te fueras a Australia, tendrías que pasar por todo el proceso de inmigración.

—Supongo que sí —dijo Danny, saliendo de la cama.

—A no ser que estés empezando a pensártelo mejor —dijo ella, sacando la cabeza del chorro de agua caliente.

La mampara se abrió y Danny entró, deslizándole las manos alrededor mientras le besaba el cuello.

—El agua caliente me va bien para el hombro; vuelve a estar rígido.

—Ya lo creo —dijo Nikki, mirando hacia abajo y luego hacia arriba con una sonrisa.

Más tarde, ese día, Danny llevó a Nikki a Heathrow y la despidió en su vuelo. Regresó a casa sin prisas, disfrutando de su BMW M4 y de la música del equipo. Un Mercedes negro le llamó la atención a tres coches por detrás. Se movía cuando él se movía, adelantaba cuando él adelantaba, siempre a tres coches de distancia: manual clásico de seguimiento. Frunciendo el ceño, Danny giró bruscamente a la izquierda, pisando a fondo el potente coche en cuanto dobló la esquina, y luego frenando con fuerza para tomar la siguiente a la izquierda. Volvió a acelerar calle abajo, frenando y girando en cada nueva oportunidad, sin darle a su perseguidor ninguna posibilidad de mantener la línea de visión y seguirlo. Inquieto pero satisfecho de haberlos perdido, dio la vuelta para reincorporarse a la carretera de vuelta a casa.

Cuando llegó a su calle, Danny pasó de largo, rodeando la manzana dos veces. Convencido de que no había nadie, aparcó delante. Al entrar en la casa, se quedó en el pasillo escuchando los sonidos de la casa. Nada. Todo en silencio salvo el habitual tic de la calefacción central y el zumbido del frigorífico-congelador. Como si se accionara un interruptor, Danny subió corriendo las escaleras hasta el dormitorio. Abrió el armario, tiró los zapatos y enganchó el dedo en un pequeño agujero del fondo. Alzó y sacó el fondo falso y comprobó que el bolso de deporte lleno de dinero seguía en la caja revestida de metal encastrada en el suelo. Apartándola a un lado, Danny sacó una pistola Glock 17 cargada. Corrió de nuevo el panel y tiró los zapatos encima, cerró el armario y bajó otra vez. Se sentó en el sofá y miró a través de las persianas hacia la calle de delante.

Con el arma sostenida con holgura en la mano, la apoyó en el sofá a su lado y se quedó inmóvil, respirando con calma, con los ojos fijos en la calle. Una hora después, el Mercedes negro se detuvo fuera. Dos hombres con trajes negros permanecían inmóviles

delante. Danny no se movió, esperando a que fueran ellos quienes dieran el primer paso.

Pasaron quince minutos y seguía sin moverse nadie. Danny oyó un sonido mínimo en la cocina, un sonido ajeno, un chasquido metálico. La puerta. Se incorporó rápido, avanzó hacia el pasillo, arma en alto, la mirada afilada alineada con las miras. Se dirigió a la cocina, oyendo cómo el hervidor empezaba a hervir ruidosamente a medida que se acercaba.

—¿Un terrón o dos, señor Pearson? —llegó la voz familiar de Simon.

—Te dije que te metería una bala en la cabeza si volvías a entrar en mi casa otra vez —dijo Danny, bajando el arma y entrando en la cocina para ver a Simon echando bolsas de té en dos de sus tazas, con uno de sus hombres de pie justo fuera de la puerta trasera.

—Eso dijiste, Daniel, pero no queda otra, muchacho —dijo Simon, mirándolo con la cucharilla en el azúcar sobre su taza.

—Una. ¿De qué va todo esto, Simon?

—Tenemos un problema.

—Aquí no hay ningún «nosotros», Simon. El problema lo tienes tú. Yo no quiero saber nada —dijo Danny, frunciendo el ceño a Simon mientras se sentaba a la mesa de la cocina.

—Nicholas Snipe —dijo Simon, dejando las tazas de té sobre la mesa.

—Está muerto. Lo maté yo, ¿y qué? —respondió Danny sin rodeos.

—Me temo que eso no es exactamente cierto —dijo Simon, sacando un expediente grueso del bolsillo interior de su americana y dejándolo sobre la mesa.

POR FAVOR, POR FAVOR.

DEJA UNA VALORACIÓN PARA NO DEJAR NADA AL AZAR

Como autor independiente autopublicado, no puedo enfatizar lo suficiente lo importantes que son vuestras reseñas de Amazon para dar a conocer mi trabajo.

Me encanta escribir estos libros para vosotros, lleva meses de arduo trabajo crear cada uno. Así que, por favor, tomad unos minutos para hacer clic en el enlace del libro, desplazaros hacia abajo hasta las reseñas y dejar una breve reseña o simplemente calificarlo con estrellas.

Muchas gracias

Stephen Taylor

Pulsa para reseñar No Dejar Nada al Azar

ELIGE TU PRÓXIMA NOVELA

Sangre Sobre Londres

La mafia londinense choca con la mafia rusa. La muerte y la violencia aumentan, poniendo a la familia de Danny en peligro. Danny Pearson tiene que acabar con la guerra, antes de que mueran más miembros de la familia…

Ejecución de La Fe

Terroristas y asesinos mercenarios conspiran para cambiar el equilibrio del poder mundial. ¿Podrá Danny Pearson detenerlos o será esta su perdición...

Quién Ostenta el Poder

Mientras una organización secreta mata, corrompe e influye en su camino hacia la dominación global. Danny Pearson debe detenerlos a ellos y a su letal asesino chino en su aventura más peligrosa hasta la fecha...

Vivo Hasta Que Muera

Cuando los recortes gubernamentales amenazan al proyecto Dragonfly. El General Rufus McManus toma medidas directas para asegurar su futuro. Infiltrado en las profundidades con su vida en juego, ¿podrá Danny sobrevivir lo suficiente para llevarlo ante la justicia…

Deporte de Reyes

Cuando el viejo compañero del SAS de Danny desaparece, la unidad de Danny se reúne para encontrarlo. Cuando siguen el rastro de Smudges se encuentran en el lado equivocado de una operación internacional de contrabando de drogas y el deporte de reyes, una cacería exclusiva de naturaleza mortal...

La Sangre Corre Hondo

Hace cinco años (Vodka Sobre Londres) la mafia londinense chocó con la mafia rusa. La muerte y la violencia aumentaron, poniendo a la familia de Danny en peligro. Danny Pearson acabó con la guerra, o eso pensó…

Orden de Matar

Cuando el multimillonario australiano Theodore Blazer se aprovecha del mundo hiperconectado de hoy con intenciones siniestras, Danny viaja al otro lado del mundo para evitar que el mundo se desmorone.

Sin Límite Superior

El periodista David Wallace es asesinado cuando intenta descubrir la identidad de un traficante de armas conocido como el Lobo, la unidad del SAS de Danny Pearson también está intentando impedir que el Lobo venda armas a los talibanes. Cuando se acercan, el Lobo desaparece para siempre, o eso pensaban…

No Dejar Nada al Azar

Cuando el mejor amigo de Danny, Scott, desaparece de su habitación de hotel en Brasil, Danny hace todo lo posible para encontrarlo. La búsqueda lo lleva al corazón de Colombia y a las garras de un barón de la droga conocido como El Diablo.

Muerto No Enterrado

Snipe ha vuelto, despertado de su coma y sin recuerdos de los últimos años. Cuando la instalación lo reacondiciona y lo pone a trabajar, todo está bien hasta que su memoria y su locura regresan.

Hasta Que la Muerte Nos Separe

Danny, su mejor amigo Scott y sus viejos compañeros del SAS viajan a Benidorm para su despedida de soltero, ¿qué podría salir mal?

Enemigo en la Puerta

Desilusionados con el gobierno, el estado del planeta y sus perspectivas de futuro, un grupo de estudiantes universitarios de élite del país toman cartas en el asunto. Con dinero, poder y conexiones, inician su campaña de terror volando el pub Red Lion en Parliament Street.

Cueste Lo Que Cueste

Cuando la hija de Fergus, el viejo amigo del SAS de Danny, Kirsty, es secuestrada por una banda de tráfico de personas eslovena, Danny, Chaz y Scott acuden en su ayuda.

Comprar Ahora en Amazon

ACERCA DEL AUTOR



Stephen Taylor es un exitoso escritor británico de thrillers. Su serie best seller en Amazon, Danny Pearson, ha vendido más de 250.000 copias y ha deleitado a los amantes del género de thriller de acción y aventura. Antes de convertirse en novelista, dirigía su propio negocio instalando equipos audiovisuales para hogares y empresas.

Al acercarse a los 50, Stephen escribió el libro que siempre había querido. Ese libro fueEjecución de Fe. Una montaña rusa trepidante y llena de acción que no se toma a sí misma demasiado en serio. A la gente le encantó tanto el libro que escribió una precuela, Vodka Sobre Hielo de Londres. Debido a la cronología, este se convirtió en el primero de la serie de thrillers de Danny Pearson.

Nacida de su amor por los libros de thrillers de acción: Jack Reacher de Lee Child, Mitch Rapp de Vince Flynn y Victor de Tom Wood, sin mencionar su amor por las películas de acción como Die Hard, el Bond de Daniel Craig y Lock Stock o Snatch de Guy Ritchie. La serie de Danny Pearson avanza con acción dura y rápida, sin relleno y con una buena dosis de humor.